

Paul Hinnebusch O.P.

AMISTAD EN EL SEÑOR

Fr. DIEGO J. CORREA O.P.

271.6

EL. COM. S. DGR. - Dr. Ar.

026527

271.6

R663a

Traducido al español por Brian Farrelly O.P.

Título del libro en inglés: Friendship in the Lord.
Traducción autorizada por el Autor, efectuada
por BRIAN FARRELLY O.P.

Publicación limitada no comercial (300 ejemplares).



FC DIEGO J. CORREA OP.

A todos mis amigos, que me han enseñado cómo regocijarme en el amor.

AMISTAD EN EL SEÑOR

Paul Hinnebusch O.P.

AMISTAD EN EL SEÑOR

Traducido al español por Brian Farrelly O.P.

Título del libro en inglés: Friendship in the Lord.
Traducción autorizada por el Autor, efectuada
por BRIAN FARRELLY O.P.

Publicación limitada no comercial (300 ejemplares).

*A todos mis amigos, que me han
enseñado cómo regocijarme en el
amor.*

Índice

Prólogo	9
"Yo debo decrecer"	9

PARTE PRIMERA

Capítulo 1

El ministerio de la amistad	15
<i>Palabra y sacramento de amistad</i>	17
<i>Señor en alianza de amor</i>	19
<i>Comunidad con una misión</i>	20
<i>La consagración del amor humano</i>	22
<i>Nuestra apertura</i>	24

Capítulo 2

Debemos ser conocidos	27
<i>Necesidad de intimidad</i>	31
<i>Liberado de la preocupación por sí mismo</i>	34

Capítulo 3

La amistad de Catalina y Raimundo	37
<i>La fe especial y la Comunión de los Santos</i>	38
<i>Fe especial y bautismo</i>	39
<i>El orden de la caridad</i>	41
<i>Fe especial y carisma</i>	42
<i>Una especial alianza de amor</i>	43
<i>Fe especial y cálido afecto humano</i>	46
<i>Confianza en el amor de mi amigo</i>	48
<i>Necesidad de amigos especiales</i>	50
<i>Entretejidos en el amor</i>	51

Capítulo 4

La amistad de dos personas que crecen	53
<i>Presunción</i>	54
<i>Temor</i>	54
<i>La revelación de mi debilidad</i>	58

<i>Honestidad en la amistad</i>	61
<i>Sufrimientos de la amistad</i>	64
Capítulo 5	
Amoroso aprecio en amistades adultas	69
<i>Humildad y simplicidad: fruto del afectuoso aprecio</i>	70
<i>Amistades íntimas entre los santos</i>	72
<i>Dejar que el amigo sea él mismo</i>	73
<i>Conversación espiritual y oración compartida</i>	74
Capítulo 6	
La reconciliación entre amigos	77
PARTE SEGUNDA	
Capítulo 7	
De la amistad a la intimidad con Dios	85
<i>Intimidad con Dios</i>	86
Capítulo 8	
La amistad: símbolo del íntimo amor de Dios	91
<i>El símbolo no es la entera realidad</i>	94
Capítulo 9	
Amistad en el Espíritu	99
<i>Amistad para siempre</i>	100
<i>La amistad: imagen y gloria de Dios</i>	101
<i>El testimonio de santa Catalina</i>	102
<i>El testimonio de un psicólogo</i>	103
Capítulo 10	
Adoración: la plenitud de la amistad	107
Capítulo 11	
Plenitud de vida: amor de alianza	115
<i>Morir para vivir</i>	116
Capítulo 12	
El respeto del amor: el espíritu del celibato	121
<i>La distancia del amor: el espíritu del celibato</i>	125
<i>La realidad del celibato</i>	128
<i>Celibato sacerdotal y religioso</i>	129
Epílogo	
“Entretejidos en el Amor”	131
<i>La plenitud de Cristo</i>	133

Prefacio

Este libro trata de una amistad que cuenta su historia. Son amigos que juntos narran sus experiencias de amistad en el Señor.

Una amistad es dos vidas unidas por el amor y vividas como una sola. Pero amistad en el Señor nunca es de dos personas encerradas en sí mismas. Cada uno de los amigos está enteramente abierto hacia el Señor y abierto a otros amigos, de modo que la amistad es siempre parte de una comunidad mayor. La Comunidad cristiana es un enjambre de muchas amistades entretejidas entre sí.

Esta es la autobiografía de tal enjambre de amigos. Es fruto de una reflexión sobre nuestra experiencia de amistad.

Esta amistad fue también una experiencia de vida en el Espíritu Santo y por tanto el libro es realmente una combinación de testimonio cristiano y de reflexión teológica.

Presentamos este libro en forma de testimonio más que de mera reflexión teológica, porque hemos aprendido por experiencia que la única teología que mueve a los demás es la teología que está enraizada en una genuina experiencia cristiana y que ha sido vivida de modo personal. Sólo un testimonio viviente mueve a otros.

También, por mi propia experiencia al enseñar a jóvenes religiosos y seminaristas, me di cuenta que debía hablar primero acerca de la amistad humana antes de hablar de amistad íntima con las Personas de la Trinidad en la oración. Mas supe que hablar de una indepen-

dientemente de la otra sería una distorsión de la realidad cristiana. Debía integrar los dos elementos en un mismo libro. Es difícil hablar de una sin descuidar la otra.

Es por esto que el libro se balancea entre la amistad humana y la divina, con la esperanza de que el lector llegue a comprender cómo los dos aspectos deben integrarse completamente en nuestras vidas si hemos de vivir plenamente la vida del Espíritu. Con otras palabras, la amorosa contemplación directa de Dios debe coexistir con un balanceado servicio amoroso a otros en toda vida cristiana.

Por último, dado que el celibato por amor del Señor es un testimonio carismático que comporta un mensaje para todos los cristianos, hemos intentado aplicar nuestra comprensión a todos nuestros prójimos cristianos, y especialmente a los casados y a su modo de vivir el único misterio de Cristo, el único Esposo de su pueblo.

Estoy convencido de que este libro tiene tanto que decir a los casados como a los sacerdotes y a otros consagrados célibes. Está dirigido a todos los cristianos que buscan una espiritualidad cristiana contemporánea.

Deseo reconocer mi especial gratitud a la Hermana María Ana Fatula, O.P., Jefa del Departamento de Religión de la Escuela Superior Católica del Noroeste, West Hartford, Connecticut. Mientras se escribía este libro, ella y yo sostuvimos una serie de conversaciones en torno a la amistad. Estas fueron una continuación de una tarde de reflexión sobre la amistad en que nos habíamos comprometido con un círculo de amigos. Las conversaciones fueron grabadas y posteriormente incorporadas casi literalmente en el libro.

Al menos 40 páginas del libro ofrecen las palabras mismas de la Hermana María Ana. Otras 20 páginas fueron inspiradas directamente por sus palabras mientras yo respondía, sea durante las conversaciones o en una reflexión posterior sobre lo que ella había dicho. Expreso mi aprecio por su especial contribución a este libro.

Paul Hinnebusch, O.P.
Bishop Lynch Priory
Dallas, Texas 75228

Prólogo

“Yo debo decrecer”

Una vez existió un servidor leal de un gran señor. El Castillo de ese señor se asomaba sobre un tormentoso canal que separaba sus dominios de los de una hermosa señora. El servidor, encargado de los archivos de su señor, halló un antiguo pergamino que probaba que el servidor y no el señor era el verdadero y legítimo heredero del territorio.

El servidor amaba secretamente a la hermosa señora. Llegó a conocerla cuando acompañaba a su señor a visitarla. Cuando encontró el maravilloso pergamino, decidió que en momento oportuno no sólo reclamaría su legítima heredad, sino que pediría también la mano de la señora para desposarla. Pues entonces estaría a su rango y no lo desdeñaría.

Una tarde se enteró de que la señora se encaminaba para visitar al señor a través del canal. Esta sería su oportunidad. A su llegada sacaría el documento de entre los pliegues de su vestimenta y reclamaría a la vez su heredad y la mano de su señora.

Mientras atardecía, el servidor acompañó a su señor a bajar a la orilla del canal, y juntos caminaron a lo largo del muro marino, esperando la llegada de la nave de la señora. Pero se levantó una gran tormenta y la nave fue apresada por la lluvia y los vientos adversos. Una negrura como de azabache cayó sobre el mar y la playa. Temien-

do que la nave no encontrara su camino en la oscuridad, el señor ordenó encender un fuego para servir como guía. Pero nada prendía fuego. La pesada lluvia había empapado todo material combustible. No había madera alguna en que pudiera prender una chispa, ningún musgo seco ni astillas de madera que pudieran usarse para hacer llama.

Temiendo que la señora pudiese ahogarse en la tormenta, el servidor extrajo el precioso pergamino, la única esperanza para asegurar su futuro, y lo encendió. El marinero vio la llama, se encaminó directamente en la oscuridad y condujo a la nave con seguridad al puerto.

La señora desembarcó, y se echó en los brazos del señor rendida de amor. El servidor escuchó la voz del señor que daba la bienvenida a la señora con tiernas palabras de ardiente amor. Su corazón, sobreponiéndose a su propia desilusión, se alegró por la felicidad de la señora que amaba y por la felicidad del señor a quien lealmente servía y amaba como a un amigo. Vinieron a su mente las palabras de Juan el Bautista: "El amigo del esposo, que le está vecino y escucha su voz, se regocija al escuchar la voz del esposo. Este gozo, este gozo completo es ahora mío" (Jn. 3,29).

En la profundidad de su corazón el servidor suspendió el escudo de armas de su verdadera nobleza, que llevaba la inscripción de las palabras de Juan: "El debe crecer, pero yo debo disminuir" (Jn. 3,29).

Esta es la historia de San José aún antes de ser la historia de Juan el Bautista. Es la historia de cada uno de nosotros. Ningún verdadero amador aprisiona a su amada como su posesión. Le otorga distancia, y aun se retira de su vida su fuere necesario, para que pueda llegar a ser aquello que Dios quiere que sea.

El ángel instruye a José acerca del divino misterio que obra en María: "José", le dice, "Dios el Altísimo por el poder de su Espíritu ha desposado a María como a una esposa, y ha formado a la criatura que lleva en su seno. Por reverencia a tu amada María, déjala ser lo que es su mayor nobleza. ¡Déjala poseer su profunda relación con el Señor Dios, y ella será tanto más preciosa para ti!".

La respuesta que José dio en su corazón debió ser una respuesta gozosa: "El debe crecer, y yo debo disminuir". José da a María su lugar. Permanece a su lado dejándola ser plenamente la persona que Dios quería que fuese: esposa del Espíritu Santo y madre de una divina obra de amor, que unía en el amor a toda la humanidad. Y aún, en las maravillas del amor de Dios, José no obstante recibe a María como suya, ¡y con ella recibe también a Dios! "José, hijo de David, no temas en recibir a María como tu esposa en tu hogar. Es por obra del Espíritu Santo que ha concebido a la criatura. Dará a luz un hijo; y le pondrás por nombre Jesús (Mat. 1,20). Como esposo de su madre, tendrás el privilegio paternal de darle su nombre. Le tendrás como tu hijo, pues tendrás a su madre como esposa tuya".

La respuesta a todo esto en el corazón de José debió de ser gozosa: ¡Sí, debo decrecer, pero no es necesario que desaparezca de su vida!" Dejando reverentemente a María que fuera ella misma, el tierno amor de José hacia ella fue enriquecido al recibirla. Voluntariamente aceptó vivir con ella como célibe. Pues en su reverente amor, la respetó como a esposa del Señor Dios, y aceptó la conveniencia de que ella permaneciera siempre virgen. "Aunque deba decrecer, tendré el gozo de continuar amándola y de vivir en su amor".

Puesto que el amor desea que la persona amada sea él o ella misma verdaderamente, y el más verdadero ser uno mismo se encuentra en la comunión con el Señor, todo amor debe poseer el *espíritu del celibato*: ¡profunda reverencia por la persona amada como perteneciente al Señor! Más temprano o más tarde, cada persona que ama debe enfrentarse con la realidad de que el Señor ha entrado en la vida de la persona que amamos, y cada amigo tendrá que decir: El debe crecer, y yo disminuir.

Pues solamente el Señor puede satisfacer al corazón humano. En cada corazón hay infinitas profundidades que sólo Dios puede colmar. Dándose cuenta de esto, el esposo y la esposa cristianos podrán apreciar lo que Pablo quiere significar cuando dice que ellos probablemente querrán abstenerse de relaciones conyugales para dedicarse a la oración (I Cor. 7,5).

Lo que un amigo cristiano quiere sobre todo para la persona amada es la comunión de él o de ella con el Señor. A quien amo, como a esposo, esposa o amigo, pertenece ante todo al Señor. Y en tal sentido soy solamente el amigo del Esposo. Solo él es el verdadero Esposo de todo y cada corazón humano. Debe crecer, mientras que yo debo disminuir.

Si no aprendo tempranamente esta lección en mi amor por otra persona, deberé ciertamente aprenderla cuando yo mismo sea llamado por el Señor en la muerte. Para encontrarle y llegar a estar plenamente unido con él en la gloria, deberé separarme de todos los demás a quienes amo. Cuando muera, deberé dejar a mi mujer o a mi esposo, mis hijos, mis amigos, mis posesiones, mi poder y mis logros, y mi propio cuerpo. Sólo cuando haya dejado todo lo demás podré recibir su abrazo total para el que fui creado.

Para testimoniar este hecho de que el Señor es el verdadero Esposo de toda persona humana, alguna gente no quiere esperar hasta que la muerte les obligue a dejar todas las cosas. En el celibato consagrado, dejan todas las cosas al comienzo de sus vidas juveniles, para que su vida entera y todas sus energías puedan ser una carrera hacia el Señor, el Esposo, el que sólo puede satisfacer el corazón humano.

Pero así como José, aún cuando disminuyó, recibió de nuevo del Señor a María, para ser amada con tierna dilección como esposa, así también al célibe le son dadas para amar muchas personas, y lleva a cabo una misión de amor universal, como mediador del amor de Dios mismo. Cualquiera que dé al Señor el lugar principal en su amor, será por ello tanto más rico en su amor por otros. Y todo aquel que, a la muerte, deja todo lo demás para estar con el Señor, recibirá de nuevo, en el Señor, a todos aquéllos que ha amado rectamente.

Si, en la gran urdimbre de la alianza del amor (Col. 2,2), nos hallamos entrettejidos con más profunda intimidad con algunos que con otros, es siempre el Señor Jesús quien estará más cercano a cada uno de nosotros, más cerca de cada uno que su esposa o esposo u otros dilectos amigos. Si podemos amarnos unos a otros con su mismo corazón, es sólo porque El es el verdadero esposo de todo corazón.

PARTE PRIMERA

Capítulo 1

El ministerio de la amistad

Me habían pedido que hablara de la espiritualidad de un diácono delante de un grupo de 31 candidatos para el Diaconado permanente en la diócesis de Dallas. Veintinueve de estos hombres estaban casados. Esta ocasión me ofreció una excelente oportunidad para reflexionar sobre el tema de la amistad.

La palabra "diácono" significa "servidor". Pero sin embargo Jesús dice: "No les llamaré más siervos, los he llamado amigos". La alocución a los diáconos, preparada en un tiempo en que yo estaba colmado por el resplandor del gozo de la amistad cristiana, resultó ser el fruto de mi experiencia de amistad como ministerio o servicio en la Iglesia.

Había estado en casa visitando a mi familia y a mis amigos. En cada hogar que visité, experimentamos una notable presencia del amor mismo de Dios y de su amistad que se manifestaba en nuestros encuentros. Regresé a mi labor muy animado y con la determinación de escribir un libro sobre el gozo de la amistad como una participación en el gozo que las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad encuentran en su mutua comunión.

La misión de la alegría y de la amistad dentro de la comunidad cristiana es más fundamental aún que la misión de la Iglesia respecto a los pobres y necesitados, porque el amor y la alegría son la fuente de donde debe manar todo ministerio para los que sufren.

No servidores sino amigos

“No les llamaré más siervos; un sirviente no conoce lo que hace su señor; pero les llamo amigos porque todo lo que oí de mi Padre se los he dado a conocer” (Jn. 15,15).

Aunque estas palabras fueron dirigidas ante todo a los apóstoles durante la última Cena, tenían la intención de dirigirse a todos los que creen en Jesús. A cada uno dice: “No les llamo más servidores; los llamo amigos”.

Al decir esto, Jesús no niega que seamos sus servidores, como tampoco niega que él sea Señor. Más bien, muestra la verdadera naturaleza de su señorío, y muestra la verdadera naturaleza de nuestro servicio. Somos servidores de su amor, somos ministros de su amistad, transportamos su misma misión de amor y amistad. Esto podremos hacerlo sólo si somos verdaderamente sus amigos.

El Señor fue enviado por su Padre con una misión de amor: “Como el Padre me amó, también les he amado; permanezcan en mi amor (...) Nadie tiene mayor amor que el de dar uno la vida por sus amigos” (Jn. 15,9.13). Jesús ha mostrado ser verdaderamente nuestro amigo al dar su vida por nosotros en la cruz. Y se ha mostrado nuestro amigo al revelarnos todos los secretos de su corazón: “Los he llamado amigos, porque les hice conocer todo lo que oí de mi Padre” (Jn. 15,15).

¿Y qué oyó de su Padre? No escuchó sólo palabras para transmitirnoslas. Ha experimentado el amor que el Padre le tiene, y ha venido para traernos ese amor: “Como el Padre me amó, así yo los he amado” (Jn. 15,9). Ha escuchado de su Padre una palabra de misión: “Como el Padre me envió, así los he enviado a ustedes” (Jn. 20,21).

La misión en sí misma es una palabra de amor para nosotros, porque es la revelación del amor de Dios por todos nosotros. La buena nueva, el Evangelio, se nos ha comunicado en el mismo amor que Dios nos ofrece al darnos a su Hijo único. El amor es la buena noticia. "Pues Dios amó tanto al mundo que le dio a su único Hijo" (Jn. 3,16). El amor nos es mostrado y dado en la misión que realiza el Hijo al llevar a cabo su misión de amor, dando la vida por sus amigos.

Entonces, el Evangelio no es sólo palabras. Es el hecho del amor redentor obrando entre nosotros, encarnado y manifestado en la persona y misión de Jesús. La misma misión y presencia de Jesús son un mensaje de amor y de comunión. Es la Buena Nueva de la amistad entre Dios y el hombre.

Este mensaje de amor es el secreto que Jesús oyó en el corazón del Padre y que ha compartido con sus amigos.

Palabra y sacramento de amistad

Aunque el Evangelio de Cristo no consiste sólo en palabras, sino que es el amor mismo y la amistad que El en su Persona nos trae del Padre, ha expresado también su amor en palabras, en las palabras de las Sagradas Escrituras. Y nos ha comunicado este amor por nosotros en la Eucaristía, el gran sacramento de su amor: "Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes; este es el cáliz de mi sangre, la sangre de la nueva y eterna alianza".

En el Cantar de los Cantares, la esposa pide al esposo "el amor que es mejor que el vino" (1,2). Este es el amor mismo de Dios que nos es servido en la copa de la preciosa sangre de Jesús. Como servidores de este amor, debemos permanecer en este amor que servimos. Porque al ser ministros del amor mismo del Señor por su pueblo, debemos pertenecer al Señor en íntima amistad.

La espiritualidad de todo servidor y amigo de Cristo debe ser eucarística, y enraizada en la palabra de Dios. Debemos pertenecer al Señor en consagración de fe que siempre escucha su palabra de amor. Y debemos pertenecerle en la consagración que es de amor,

morando en su amor en la comunión eucarística, bebiendo el amor que es mejor que el vino, antes de administrarlo a otros.

Tradicionalmente es al diácono en la Misa a quien corresponde pasar el cáliz de la preciosa sangre al pueblo de Dios. De modo muy especial, el diaconado es un muy especial ministerio de amor. Los diáconos no sólo administran la preciosa sangre, sino también son ministros de las obras de amor que son fruto de la preciosa sangre. El ministerio en favor de los pobres ha sido siempre tarea especial de los diáconos. "Diácono", como dijimos, significa "servidor", servidor del ministerio de amor y amistad de Cristo. El diácono, de todos modos, es un símbolo viviente de todo servidor de Cristo, de todo cristiano. Como ministro ordenado del pueblo de Dios, es un signo sacramental, que no se mantiene aparte del pueblo, sino que se coloca en medio de él. Por vivirlo él mismo, el diácono da testimonio de la realidad del amor cristiano que todos deben vivir.

Todo verdadero cristiano, todo amigo y servidor de Cristo, está enraizado en la fe y fructifica en amor. La fe no es simplemente una adhesión a la palabra de Dios. Es una sumisión al amor de Cristo. Es un morar en dicho amor: "Si permanecen en mí, y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo recibirán. Esa es la gloria del Padre, que lleven fruto en abundancia y de ese modo sean discípulos míos. Como el Padre me ha amado, así yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor" (Jn. 15,7-9).

La fe en su amor se expresa especialmente por la participación en el sacramento eucarístico, que infaliblemente derrama ese amor en nuestros corazones. Así, la liturgia de la palabra, alertando nuestra fe, se completa solamente en el sacramento eucarístico, pues la fe en su palabra se perfecciona sólo por el morar en su amor eucarístico: "Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y Yo en él" (Jn. 6,56).

Tener Fe es recibir su amor, morando en él, viviendo este amor, actuando a partir de él, llevándolo a otros. Este amor es una relación viviente por la que moramos en Cristo y El mora en nosotros. Es una relación que fructifica al comunicar este amor a otros.

Señor en alianza de amor

Aquél que nos llama amigos es nuestro Señor. Y el correlativo de Señor es servidor. Pero es un Señor cuyo reino es una alianza de amor. Mi fe es ante todo mi personal pertenencia amorosa a la persona de mi Señor, rendimiento a su amor: "Mi Señor y mi Dios" (Jn. 20,28). Pero es un pertenecerle con una nueva y eterna alianza en su sangre, y por tanto un pertenecer también a todos los contenidos en esta alianza.

Pues las palabras de mi compromiso en la fe, "Mi Señor y mi Dios" son como un eco de la promesa tradicional de la alianza: "Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jer. 31,33). Jesús también, en sus palabras de la mañana de su resurrección, repite como un eco la alianza prometida cuando dice: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20,17). Así señala la ratificación de la nueva y eterna alianza en su sangre derramada, mientras asciende al Padre por el camino de la cruz.

El Señor Jesús ejerce su soberanía derramando la gracia del nuevo testamento. Esta gracia es la vida en el Espíritu Santo. Sube a la derecha del Padre, y recibe el Espíritu Santo que envía a nuestros corazones.

La vida en el Espíritu Santo es la misma vida de Dios en nosotros. Esta vida sólo puede ser vivida como comunión con Dios, en comunión con los demás. El fruto de la sangre de la Nueva Alianza es el mismo amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom. 5,5). En El, estamos como "entretejidos juntos en el amor" (Col. 2,2).

De este modo, Jesús ejerce su señorío reuniendo a los hombres con Dios en una comunión de amorosa amistad. Sólo en un verdadero amor es la alianza en verdad efectiva. Sólo a través de este amor Jesús es verdaderamente Señor. El reina como soberano tan sólo en la medida en que los hombres se hallan unidos en comunión de amor.

Podemos ver entonces por qué los servidores del Señor han de ser verdaderamente amigos del Señor, al vivir ellos mismos el amor de la alianza. Pues no de otro modo pueden sus servidores ser

efectivamente mediadores de este amor por los demás y adelantar el reino del Señor.

Pues como ministros de su amor somos ministros de su comunión, de la comunión de los hombres con Dios y de unos con otros, en la alianza de amor que se nos da en la preciosa sangre de Jesús. El servicio que prestamos como amigos de Jesús consiste en el favorecer y en ser mediadores de la comunión de los hombres en alianza de amor. Pero la mediación cristiana se cumple sólo con vivir aquello de que se es mediador, siendo mediadores del amor por el sólo hecho de vivirlo. Puedo llevar amistad divina sólo siendo amigo del Señor y haciendo amigos a mis congéneres.

Comunidad con una misión

Es por eso que la Iglesia es una comunidad de amor y de gozo, antes que tener una misión respecto al mundo. Marcos define a los apóstoles como aquéllos que fueron elegidos *para estar con el Señor*, y para ser enviados a predicar (C.3,14). Debían estar con el Señor, compartiendo su misma vida en la comunión de la amistad. Sólo a partir de esta comunión con Cristo y en comunión de unos con otros fueron enviados a predicar.

Esto es verdad respecto a toda la Iglesia. La Iglesia es mucho más que misión y servicio para el mundo. La Iglesia es ante todo una comunidad de amistad con Cristo. Su misión brota de la comunión de amistad, para traer a otros a entrar en comunión. Su misión es la de mediar la amistad divina para toda la humanidad; y esta misión sólo puede ser cumplida gracias a vivir en amistad con el Señor y de unos con otros, extendiéndose para abrazar más y más personas en este amor.

La Iglesia es más ella misma cuando celebra la divina liturgia. Cuando se recoge dentro de sí para celebrar la liturgia, sea la de la Eucaristía o la de la oración de la mañana o de la tarde, semeja una familia antes de que sus miembros salgan para sus tareas diarias, o cuando se reúne después de la labor del día. En la liturgia, se permite el

gozo de vivir su comunión con Jesucristo, en comunión con todos sus hijos. Se regocija ya aquí y ahora con la presencia que alcanzará su plenitud en su segunda venida. De esta vida familiar de los hijos de Dios en comunión con Jesús, su hermano, y con Dios, su Padre, fluye el apostolado para atraer otros a la misma comunión de amor.

Así, aún antes de ser la fuente del apostolado, la comunión eucarística prolonga la comunión espiritual: esto es, la comunión con Dios en la incesante oración de amistad con el Padre en el Santo Espíritu de su Hijo. Es comunión de amor con el Señor, que nos llama no simplemente servidores, funcionarios que realizan su obra, cumpliendo su voluntad, sino amigos, hijos e hijas cuya vocación más alta es la de encontrar su gozo en una amorosa comunión con Dios, hijos que se encuentran cómodos en casa de su Padre, deleitándose en su presencia, hallando su felicidad en estar con El, dándole gracias por su grande gloria.

Sólo de esta plenitud de amistad con Dios y amistad con nuestra comunidad inmediata, brota nuestro ministerio de amor y amistad para todos nuestros prójimos. Puesto que el evangelio del que somos mediadores no consiste sólo en palabras sino en la misma realidad del amor de Cristo, nuestra mediación, nuestro ministerio de amor, es este mismo amor operando en nuestras personas, uniéndonos con el Señor y con su pueblo. Este amor brota de una fuente: del corazón del Señor y de nuestros corazones en que mora el Señor. Nuestros corazones y el suyo son uno. Este amor se extiende hasta abrazar a los demás en esta amorosa amistad.

Pues cuando Jesús dijo: "Hagan esto en memoria mía", hablaba no sólo de la celebración eucarística. Hablaba del amor que había mostrado al dar su vida por nosotros. "Hagan esto en memoria mía" quiere decir: "Amen en el modo como yo he amado, con el mismo amor con que yo les comunico mi sangre eucarística. No hay mayor amor que éste, que un hombre entregue su vida por sus amigos". Por tanto, "Hagan esto en memoria mía" significa: "Por el poder de la Eucaristía, ámense unos a otros como yo los he amado a ustedes". Seremos ministros del amor de Cristo por los demás sólo viviéndolo nosotros mismos, amando como El amó, con su mismo amor.

Jesús enseñó esta verdad poniéndola en obra. Fue servidor al lavar los pies de sus discípulos, simbolizando cómo nos lava a todos con su sangre: "Si yo, el Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo; ustedes han de hacer como yo hice con ustedes" (Jn. 13,14). Hagan esto en memoria mía; esto es, sírvanse ustedes unos a otros por el poder del amor que yo les comunico en mi sangre eucarística.

El sacrificio de sí mismo que incluye el ministerio cristiano es un modo de continuar el sacrificio mismo del Señor. El mismo ejercicio de nuestra misión de amor es un dar la vida con Jesús. Podemos ser ministros de su amor sólo por amar actualmente del modo que El amó.

La consagración del amor humano

El amor del Señor, efectivo en nuestros corazones, redime y santifica nuestro amor humano. Lleva a todo amor humano a su perfección en el amor de la alianza. Cristo vino para redimir y santificar todo amor humano, pues vino a redimir la vida humana y todas las relaciones humanas en esta nuestra vida. Jesús permanece siempre humano, aunque sea por siempre Señor Dios. Como Señor, reconcilia la humanidad con Dios y a los hombres entre sí con un amor fraternal y en la amistad.

Este amor y esta amistad se han de expresar concretamente en todas las relaciones humanas: conyugal, familiar, comunitarias, civiles, sociales, culturales, internacionales. Tal es la voluntad de Dios, su voluntad salvífica. Quiere salvarnos en una comunidad de hermanos y hermanas, hijos de Dios.

Como ministro del amor y la amistad divinas, el cristiano necesita discernir cómo ha de hacer efectiva la voluntad salvadora de Dios en los detalles concretos de la vida diaria. La salvación consiste en vivir la vida de Dios, con verdadero amor en toda situación de la vida. Pues Dios quiere salvarnos en nuestro quehacer diario al realizar

su alianza de amor por nuestro mutuo amor. Tanto la palabra de amor que escuchamos por la liturgia, como el amor "mejor que el vino" que bebemos en la sangre preciosa, han de ser colocados en nuestra vida cotidiana. Por lo tanto debemos ser expertos en discernimiento de fe. El discernimiento de la fe es la habilidad para ver, a la luz de la palabra de Dios, cómo vivir la fe en el quehacer cotidiano.

Vivir la fe es permanecer en el amor de Cristo, viviendo en su amor, obrando a partir de ese amor, difundiéndolo, construyendo con él una amistad universal. "Este es su único mandamiento: que creamos en el nombre de Jesucristo, y que nos amemos unos a otros" (I Jn. 3,23). Este es el ministerio cristiano en que todos los cristianos deben participar. Debemos discernir por la fe cómo vivir y amar, cómo expresar nuestro amor de alianza haciendo siempre todo aquello que promueve la amistad entre los hombres. Este discernimiento sólo es posible si moramos en Jesús y sus palabras moran en nosotros (Jn. 15, ss.).

Discernir su voluntad, entonces, significa discernir en cada situación de la vida, a la luz de su palabra, aquello que favorece el amor y la fraternidad en plena justicia.

En primer lugar, si el cristiano está casado, él o ella, o mejor, ambos deben discernir a la luz de la palabra de Dios cómo llevar a cabo la misión de amor divino y de comunión en su propia familia. Esta es su primera responsabilidad ante Dios. El amor y la amistad divinos, dijimos, pueden ser mediadores sólo cuando son vividos. Pero no puede ser vivido por uno solo. Puede ser vivido solamente con otros, y la persona casada lo vive ante todo con su familia.

Porque el amor cristiano es el mismo amor de Cristo derramado en nuestros corazones en el sacrificio eucarístico; el amor cristiano por su misma naturaleza tiende al sacrificio personal en favor de otros. San Pablo lo expresa de esta manera: "Vivan en amor, como Cristo los ha amado y se ofreció a sí mismo por ustedes como ofrenda y sacrificio cuya fragancia es grata a Dios" (Efes. 5,1). Unos renglones más abajo, Pablo expresa un modo muy específico de vivir el amor sacrificial de Cristo, cuando dice a los maridos y esposas: "Maridos,

amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para consagrarla (...) Esposas, estén sujetas a sus maridos como al Señor" (Efes. 5,25.22).

En otras palabras, la alianza matrimonial cristiana es un modo concreto de vivir la nueva alianza en la sangre de Cristo, un modo de autosacrificio por los demás.

La vida familiar cristiana no es un compartimento cerrado, separado del servicio a la Iglesia y al mundo. Más bien, es su primer área del ministerio de comunión y de amor que es fruto de la Palabra y de la Eucaristía. Nutre así el amor y la amistad cristianos en su propia familia, para que la familia, viviendo esta divina comunión en una maravillosa plenitud, la transmita a otros.

Nuestra apertura

El amor y la amistad que Jesús establece entre los hombres por la gracia de la nueva alianza, son como una gran red de amor en que una multitud de hombres, mujeres y niños son coadunados. En una fábrica de tejidos, cada enlace es el más próximo al siguiente y se une también con todos los demás enlaces. Tal es la red de amor que teje la alianza hecha por la sangre de Cristo. Amo, ante todo, de un modo más inmediato, a los que están más cercanos.

De este modo, la persona casada amará ante todo a su mujer y a su familia. Sin embargo, el "nosotros" que forma en el amor con su mujer es un "nosotros" abierto, abierto en el amor hacia todos los que pueda abrazar: sus hijos, sus vecinos y a todos aquéllos a quienes su ministerio de amor pueda alcanzar. La mujer del cristiano le ayudará en este ministerio, porque en su amor hacia el esposo querrá que él sea plenamente sí mismo, fiel a su vocación como ministro de la amistad de Cristo. Esto significa que querrá que él se abra cuando pueda hacia los demás.

La alianza de Jesús está abierta a toda la humanidad. Nunca se cierra sobre sí misma. Es una mediación de amor y de comunión para todos. Del gozo de amor y de amistad del hogar fluye el

ministerio que fomenta la alegría de la amistad cristiana abierta a los tristes y necesitados, a los ignorantes y a los moralmente débiles.

Jesús podría decir a cada cristiano casado lo que dijo a Zaqueo: "Hoy la salvación ha llegado a esta casa" (Lc. 19,9). Y no sólo al hogar, sino a la entera comunidad. Porque Zaqueo, por su oficio, estaba profundamente vinculado con toda la comunidad de su pueblo. Cuando se convirtió a Jesús, Jesús no le pidió que renunciase a su modo de vida como colector de impuestos, pero le exigió que viviese en justicia y con amor. Lo que Zaqueo comenzó a hacer inmediatamente. "Mira, Señor", dijo, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado en algo a alguien, se lo restituiré por cuadruplicado" (Lc. 19,8). El cristiano deberá administrar su propiedad no sólo en beneficio propio o de su familia, sino también en beneficio de los pobres y necesitados.

Así también todo cristiano, como ministro del amor cristiano, sirve a este amor no sólo en su familia, sino también en su trabajo y en sus negocios, expresando su amor obrando sólo lo que es recto y justo y haciendo de su oficio o de su fábrica una comunidad cristiana, mediante su amor y amistad para con los demás. Todo su trabajo será un servicio de amor.

Para demostrar que toda actividad humana debe ser un servicio de amor en Cristo, el padre Yves Congar escribe: "No deberías decir de un zapatero que hace zapatos, sino que mantiene a los cristianos calzados (...). Hacer zapatos se refiere solamente a la producción e implica que el único objetivo del mismo es su propio provecho personal". Pero nuestro arte o nuestra profesión, y todos los bienes o propiedades adquiridos por ellos, tienen un alcance que va más allá de la ventaja personal. Todo es un servicio, todo es un ministerio.

En francés, lengua en que escribe el padre Congar, la palabra con que se expresa el arte u oficio es "métier". La palabra "métier" deriva del latín "ministerium", ministerio o servicio. Toda labor humana es un ministerio o servicio que ha de ser ofrecido con amor y en comunión. Toda vida y labor humana debería encontrar su consumación y su plenitud en este amor y comunión.

El ministerio cristiano, sea mediante el trabajo cotidiano o en el servicio a los ancianos y enfermos como a los oprimidos, pone de

manifiesto el mandamiento de Jesús: "Hagan esto en memoria mía". Porque la participación en el sacrificio eucarístico es completa sólo por las obras de amor.

"Los he llamado amigos", porque les he encargado, como a mis servidores, continuar mi propia misión de amistad. Los he hecho ministros de mi amor y reconciliación. Este amor y reconciliación es en sí mismo la buena nueva, el evangelio, el misterio escondido antes de todas las edades en el corazón de Dios (Efes.3,9), pero revelado ahora al mundo en el verdadero amor y amistad de aquéllos a quienes Jesús ha enviado como servidores de su amor (Efes. 3,10).

Jesús se mostrará amigo para con nuestros prójimos a través del amor que les tengamos. El amor de ustedes por ellos les transmitirá el mensaje "Ustedes son mis amigos" que les fue dicho por su amor al dar su vida por ellos. Pues su propio amor está presente y obra en el de ustedes, moviéndoles a entrar en el suyo, en su amistad. Cristo está presente en la realidad del amor que está formando en el corazón de ustedes, está presente en su amor que los vincula entre ustedes y con todos aquéllos a quienes aman, está presente en vuestro amor que se extiende a los demás.

Vuestro amor es una revelación efectiva del amor de Dios por el mundo, porque es una presencia activa del amor de Dios. Comunicarán el mensaje del amor de Cristo en el modo como él lo hizo: viviéndolo.

Llevarán a cabo ustedes vuestro ministerio de modo que vuestro propio gozo en Cristo sea perfecto. De acuerdo a Juan, allí se encuentra el motivo de todo ministerio: llevar a los demás a la comunión con Dios, de modo que el gozo propio en esta comunión sea completo. Juan escribe: "Lo que hemos visto y oído lo proclamamos a ustedes, para que tengan la misma comunión que nosotros; y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y les escribimos esto para que vuestro gozo sea completo" (I Juan 1,3-4).

El gozo que se encuentra en la amistad con Dios será completo sólo cuando lleve a cuantos pueda a la misma amistad.

Capítulo 2

Debemos ser conocidos

Dios no nos ama porque seamos buenos. Somos buenos porque Dios nos ama. Su amor nos hace buenos llevándonos al pleno desarrollo de las potencialidades que El mismo ha creado amorosamente en nosotros. Cada uno de nosotros es un maravilloso misterio de su amor. Cada uno es muy especial. Cada uno posee potencialidades inimaginables. La mayoría de entre nosotros no vive siquiera una fracción de las maravillosas posibilidades que Dios nos ha otorgado.

Un pintor expresa su creación sobre la tela, un poeta produce su creación en palabras y en escritos, aun cuando no los muestre a nadie. Pero su trabajo no alcanza la plenitud de su ser mientras que no sea apreciado por otros. La plenitud de toda creación es ser conocida, apreciada.

El maravilloso misterio que eres tú no será completado hasta que seas apreciado. Dios te ha creado como una bella obra maestra, un misterio escondido que aún no ha sido revelado. La plenitud de su misterio no será alcanzada hasta que seas conocido y apreciado amorosamente.

Es tan sólo en el misterio de la apreciación que tus potencialidades llegan a su plenitud. La apreciación es como el sol que hace

florecer y hacer dar fruto a lo que antes existía tan sólo como semilla. Hay cosas en nosotros que ni siquiera conocemos hasta que alguien con amor las saca a la luz. Todos tememos probar algo. ¿Cómo podemos saber entonces que tenemos esos talentos o cualidades si nunca tratamos de hacer algo? Tememos ser rechazados, no queremos fallar, entonces no hacemos nada; de ahí que nunca lleguemos a conocer nuestros poderes. Necesitamos que alguien afectuosamente nos muestre su apreciación para darnos coraje.

Sin aprecio, nunca podríamos crecer hacia la plenitud de lo que Dios nos ha dado, porque quedaría retenido por el temor. Todos los talentos que poseemos y con los que hemos de glorificarle nunca llegarían a actualizarse a causa de nuestro temor de fracasar. El aprecio nos da coraje. La gloria de Dios nunca se alcanzará salvo bajo el sol del aprecio que comunica vida a nuestros poderes.

Por esto el más hondo deseo de nuestro ser es ser conocidos, porque sólo al ser enteramente conocidos y afectuosamente apreciados podemos plenamente ser. El entero impulso de nuestro ser es el ser apreciados. ¡Lo que quiere decir que debemos glorificar al Señor! La plenitud de nuestro ser significa ser para alabanza y gloria de Dios.

Dios no será enteramente glorificado por lo que ha hecho en ti hasta que alguien como yo te aprecie, y alabe a Dios por ti, y le de gracias por las maravillas que ha obrado al hacerte la hermosa criatura que eres. Estoy glorificando a Dios justamente al apreciarte como una obra maestra del amor de Dios.

Pero sólo amándote puedo saborear enteramente la belleza que Dios ha puesto en ti. Sólo amándote puedo conocerte enteramente y estimarte correctamente. Pues sólo los ojos del amor pueden ver tu entera belleza.

Sólo el aprecio amoroso puede sacar fuera tu entera belleza. La belleza, dicen, está en los ojos del que te observa. Más aún, la belleza es de alguna manera creada por el que observa con amor, pues el aprecio amoroso hace que la persona amada florezca con mayor belleza. Al apreciarte con amistoso afecto, te ayudo a ser más hermoso o hermosa. Mi amor por ti, como el de Dios, es creador. Saca a relucir lo mejor de ti.

Cuando toda tu belleza es vista como la obra del amor de Dios, cuando te amo verdaderamente en el Señor, todo el enfoque de mi aprecio por ti es realmente aprecio del Señor. Mi amoroso aprecio de ti redunda en gloria de la Santa Trinidad.

La miseria de no ser apreciado es la miseria de ser víctima de una mentira. ¿Por qué es así? Porque la verdad es que *somos* hermosos, somos la obra maestra de Dios. La mentira está en que la gente me trata como si no fuera una obra maestra. Resulta un insulto a Dios ignorar la belleza que hay en mí. La plenitud de la obra maestra se alcanza sólo por el reconocimiento de la verdad. “¡Esto es digno de ser apreciado!” Pero no basta reconocer la verdad. El reconocimiento debe ser expresado en palabras y en signos de aprecio. Es por eso que Pablo puede decirnos que es justo y virtuoso dar honor al que le es debido” (Rom. 13,7). Este es el modo correcto de aproximarse a los alumnos que debe emplear una maestra. Y ellos responderán a ello hermosamente. La docente amorosa, o la madre, cree con todo su corazón que cada persona a su cargo es una espléndida obra maestra viviente con sus posibilidades, y trata a cada uno de acuerdo a ello. Al apreciarlas, las libera para que puedan esperar grandes cosas de sí mismas, a causa de lo que Dios les ha dado. Las aprecia porque es la verdad; son las obras maestras de Dios. ¡Es una mentira cuando la gente no aprecia a esta juventud!. Todas las personas son dignas de aprecio. El ojo del amor puede siempre detectar el bien latente, el cálido amor puede hacerlo fructificar.

El aprecio de nuestros semejantes está íntimamente relacionado con la contemplación de Dios. El ojo del contemplativo ve la belleza de Dios por todas partes, y especialmente en las maravillas que lleva a cabo con sus hijos e hijas, su nueva creación en Cristo, su Hijo. Tan sólo el ojo que está abierto a esta belleza está enteramente abierto a la directa revelación de sí mismo en las gracias interiores del corazón.

Es por esto que Tomás de Aquino muestra la íntima relación entre el honor dado a los semejantes y la alabanza y culto de Dios. El honor no es sino la expresión de nuestro aprecio por la bondad y belleza que vemos en otros, justamente así como la alabanza de Dios es la expresión de nuestro aprecio por las maravillas que reconocemos en

El. No honramos ni adoramos adecuadamente a Dios si no reconocemos amorosamente y apreciamos las maravillas que obra en nuestros semejantes. No honramos a Dios adecuadamente si no hacemos todo lo que podemos para alentarlos, y por sacar toda la bondad y belleza de nuestros semejantes. Y esto sólo podemos hacerlo con el amor.

La adoración y alabanza de Dios resultan difíciles para alguien que se caracteriza por la falta de voluntad para honrar a sus semejantes cuando se les debe honrar. La deficiencia del honor debido a los semejantes brota de la envidia. Vemos sus perfecciones como una amenaza, porque nos hacen sombra y nos hacen aparecer pobres por contraste. Y así en vez de honrarlo, regocijándonos en su bondad, nos hacemos culpables de detracción, señalando todos sus defectos. Honrar a nuestros semejantes y adorar a Dios es materia de simple verdad y justicia, de ser fieles a las cosas tal como son. La verdad de la vida incluye el reconocimiento y el regocijo por lo excelente donde quiera que lo encontremos, sea en nuestros padres como fuentes de nuestra vida, en la virtud de un hombre santo, en la contribución de los hombres de ciencia por el bien de la humanidad. La misma verdad y justicia nos impele a alabar y regocijarnos por la bondad y santidad de Dios.

Sólo la verdad en todas las relaciones de la vida nos abre totalmente a la verdad y amor de Dios. Rehusar el honor y el regocijo por la bondad, dondequiera que se hallaren nos encierra en nuestra estrechez y nos hace inhábiles para experimentar el amor que viene de Dios o de cualquier otra persona.

Resulta obvio que el espíritu de irreverencia hacia nuestros semejantes, la falta de estima por ellos, la falta de voluntad para serles reconocidos, cuando lo merecen, es un gran obstáculo para la oración y la comunión con Dios. El que permanece egoístamente encerrado en sí mismo no queda abierto para la experiencia de Dios. El hombre que se halla poco inclinado a honrar y alentar a sus prójimos no tiene gusto para alabar a Dios. Y viceversa: el aprecio y la alabanza de Dios nos abre al aprecio de nuestros prójimos.

El gozo del aprecio afectuoso hacia aquéllos a quienes amamos, y el de ser apreciados con afecto por ellos, es la plenitud de

nuestro ser y la realización de nuestra existencia, algo así como el gozo-conocimiento y el vivo aprecio son la plenitud de vida de las tres divinas Personas, que se regocijan infinitamente entre sí.

Como personas, hemos sido hechos para amar, para la amistad y la comunión; pues una persona está completa sólo gracias a sus afectuosas relaciones con los demás. Las relaciones personales consisten en conocer y ser conocidos, revelándose a sí mismos y siendo aceptados, amando y siendo amados. Es por eso que no puedo ser yo mismo hasta que soy conocido y aceptado en una relación de amorosa comunión. La plenitud de la amistad es mi desbordante gozo de apreciar la belleza de la persona amada, a quien he ayudado a que llegue a su perfección por el sol de mi aprecio. En la comunión de amistad, el proceso es mutuo.

Dios mismo experimenta este gozo en sus criaturas. “¡Que el Señor se regocije en sus obras!” (Salmo 104,31). ¿Quién puede conocernos enteramente, amarnos completamente, enteramente apreciarnos? ¿A quién solamente podemos revelarnos sin temor de ser rechazados? ¿No es acaso el Señor, cuya persistente palabra a sus criaturas es “¡no temas!, ¡El Señor está contigo!”? Te ama. Encuentra su gozo en ti. Pero ¿cómo puede uno creer que tal amor es posible, si no ha experimentado nunca el amor de sus semejantes? Es por esto que Dios nos ha confiado la misión del amor y de la amistad, para llevar amor allí donde no existe amor y para revelar el amor mismo de Dios a la humanidad.

Necesidad de intimidad

La necesidad de ser conocido es una necesidad de intimidad. Intimidad significa encontrarse enteramente como en casa con alguien. La casa no es un lugar. Es donde soy plenamente conocido y amado y recibido tal como soy. Es donde me encuentro enteramente libre para ser yo mismo, sin actuar de modo que pueda ganar la aprobación de otros. Sólo en presencia de mi familia y mis fieles amigos me siento en casa. Sólo un amor confiado puede conceder tal intimidad.

Intimidad significa dejarme conocer enteramente, sin temor ni rechazo. Significa mi respuesta al amor de otro mostrándome completamente como soy, confiando implícitamente que el otro amará lo que le muestro. Significa ser enteramente conocido y afectuosamente apreciado.

La completa confianza de la intimidad está simbolizada por la desnudez sin rubor de Adán y Eva en su inocencia. Su desnudez significaba que estaban enteramente serenos ante Dios ante y sí mismos, confiando enteramente en su mutuo amor y aceptación. El temor al rechazo es lo que los impele a esconderse uno de otro después del pecado.

Intimidad es un amor que me acepta enteramente aun cuando ve que estoy lejos de ser perfecto. Es un amor que paciente-mente soporta en mí lo que es imperfecto, un amor que siempre ve mis posibilidades para el bien y ayuda a hacerlas aflorar bajo el sol del aprecio.

La plenitud de la intimidad requiere que el aprecio sea mutuo. Debo apreciar el amor y el aprecio que me está madurando. Y, debo responder procurando ser siempre más merecedor de dicho aprecio, tratando de complacer al que me ama, creciendo en la bondad y belleza, que le producirán gozo.

Sólo en la intimidad, es decir, sintiéndome cómodo con el amor que otros tienen por mí, puedo llenar la necesidad que Dios me da de ser conocido y apreciado. Pues solamente la intimidad provee la plena aceptación, saca de mí las mejores potencialidades que Dios me ha concedido. Sólo en la intimidad puedo llegar a ser el "me mismo". Pues he sido hecho para amar y ser amigo, y por consiguiente mi mejor yo mismo puede lograrse sólo en la íntima comunión de amor y de amistad. Sólo cuando soy afectuosamente apreciado, y respondo a tal aprecio haciéndome mejor y dando alegría a aquéllos que me aman, podré colmar la necesidad que me dio Dios de ser conocido y amado.

La necesidad de ser conocido y afectivamente apreciado en intimidad es simultáneamente la necesidad de dar alegría al Señor. Es la necesidad de ser hermoso, perfecto, apreciado para gloria de Dios. Entonces, en el amable aprecio de aquéllos que me aman, me esfuerzo por complacer no sólo a mis amigos humanos, sino que procu-

ro sobre todo alegrar a mi Padre celestial, de tal modo que, como Jesús, pueda decir con verdad: "Hago siempre lo que le place" (Jn. 8,29).

En la intimidad de la amistad, gradualmente reconozco mi egoísmo, mi pecado. Las exigencias de la intimidad ciertamente han de mostrarme mi debilidad. Por ejemplo, en el fervor del amor con que otro me acepta, gradualmente tomo conciencia de cuán ingrato tiendo a ser, cómo tiendo a tomar demasiado por supuesto el amor y el aprecio del otro. Hasta puedo comenzar a darme cuenta de que he pedido ser aceptado sin hacer el esfuerzo de tratar de hacerme merecedor de tal aceptación. No he estado corrigiendo mis caminos de modo que pudiera alegrar a los que me aman, adquiriendo la bondad que su amor desea para mí.

Gradualmente amanece para mí que el mayor motivo para mejorarme es el deseo amoroso de regocijar a los que me aman, especialmente a Dios, que me ama de un modo que ningún otro puede hacerlo. Les alegro procurando ser el verdadero yo mismo, que ellos, en su amor sin egoísmo, quieren que sea. A través de la experiencia del amor de un amigo, comienzo a caer en cuenta del íntimo amor de Dios por mí, comienzo a creer que encuentra gozo en mi belleza y perfección. Este darse cuenta llega a ser una poderosa inspiración para desear serle fiel.

El deseo de ser conocido y apreciado afectuosamente, luego el esfuerzo por ser bueno y hermoso para complacer a los que me aman, es muy bueno, pues está ordenado a llenar el continuo esfuerzo por dar gozo a los que me aman. No debo tener miedo ni razonarme.

Cierto que debemos evitar los modos pecaminosos de buscar complacer a otros: lisonja, jactancia, uso de poder o despliegue para llamar la atención, obsequiosidad (que puede llegar hasta el extremo de permitir que otro se aproveche de mí por temor de perder su afecto). Los modos pecaminosos de buscar complacer a otros son abusos del amor y de la amistad, pues son abusos del deseo dado por Dios de merecer atención y aprecio.

El deseo frustrado de merecer atención afectuosa y aprecio puede incluso llevar a grandes crímenes. Algunos hombres han

secuestrado aviones, destruido señales o marcas de sus semejantes y cometido otros crímenes atroces, para satisfacer de algún modo su necesidad de atraer la atención. Este hecho muestra cuán desesperadamente nuestro mundo necesita del apostolado del amor de la amistad y del afectuoso aprecio.

El hecho de que el deseo de agradar a otros pueda ser tan abusivo no es razón para matar este deseo por falsa humildad. El deseo de complacer y de dar alegría a los que nos aman es dado por Dios y puede ser llevado a una auténtica plenitud sólo cuando los complacemos con un auténtico amor y por bondad.

Liberado de la preocupación por sí mismo

Sólo cuando he sido conocido profundamente por alguien que no me ha rechazado, quedo libre del temor del rechazo. Si nunca he experimentado la calidez del amor, quedo lleno de temores de ser rechazado, pensando que no merezco ser amado. Sólo la experiencia de la amistad me puede librar de estos temores, y de una excesiva preocupación por mí mismo. Pues hasta que haya experimentado una afectuosa amistad, de un modo subconsciente estaré preocupado por mí mismo, temiendo ser nada, nada digno de amor y atención. Y en verdad, como criatura que de por sí es nada, este temor está bien fundado. Resulta de la experiencia de mi impotencia criatural. Sólo el amor y el aprecio pueden sacarme de esta insignificancia y de mi temor de ser indigno y por eso rechazado.

Sólo cuando soy amado profundamente por alguien que no me rechaza, puedo asumir que no seré rechazado cuando me acerque a otras personas y trate de ser familiar con ellas. El amor de mi amigo me ha liberado del temor al rechazo y por tanto me ha hecho libre para amar a otros, me ha liberado de mí mismo y ha manifestado el desarrollo de mi potencialidad para el amor.

Paradójicamente, pues, la cariñosa atención que me ha prestado una verdadera amistad, lejos de hacerme egocéntrico, me libera de la preocupación egocéntrica, me libera de la necesidad de pres-

tar atención a mí mismo, me libera de la autoconciencia de estar siempre preocupándome acerca de si soy o no digno de amor. Pues hasta que no esté seguro de ser amado, entonces, aún sin saberlo, estoy atado por mis propios temores. No soy libre para amar.

Por tanto si una persona me ama, me libra de todas las preocupaciones de mi autoconciencia de las que ni siquiera tenía conocimiento. No tengo que afligirme más por si soy o no merecedor de amor, porque la amistad me ha probado que sí lo soy. Una persona que me presta amable atención por amistad me libra de mi autoconciencia que paraliza mi capacidad de brindarme a otros con amor y traba hasta mi capacidad para acercarme a Dios. La intimidad de la amistad me libera no sólo para amar a Dios, sino también para amar a todos.

Así, bajo el influjo del amor de otro por mí, quedo libre de la autoconciencia de la necesidad de agradar a otros, y todas las energías de mi amor pueden ahora salir para entregarse a otros. Cuando amo entera y desinteresadamente a los demás de este modo y conscientemente, por fin soy enteramente digno de amor y puedo encontrar mi alegría en hacer alegrarse a otros, amándolos.

Capítulo 3

La amistad de Catalina y Raimundo

La muy profunda amistad en Cristo que debería caracterizar a la entera comunidad cristiana, es posible sólo a través de la red de intercomunicación de amistades especiales inspiradas por una especial fe y expresadas en un especial amor.

Santa Catalina de Siena y el beato Raimundo de Capua se amaron mutuamente con este especial amor. Este amor, explica Catalina a Raimundo en una carta, resulta de una especial fe de cada uno en el otro. Es una fe divina íntimamente conectada con la fe en Dios, pues brota de la caridad. Catalina dice a Raimundo:

“Así como el amor al prójimo procede del amor a Dios, así la fe respecto a las criaturas procede de este amor, sea una fe general o bien especial. Como existe una fe general que corresponde al amor que debemos tener a toda criatura, también hay una fe especial que pertenece a aquellos que se ama más íntimamente, como la fe que ha establecido un estrecho amor particular entre ambos” (1)

(1) Cf. *Santa Catalina de Siena como conocida por sus cartas*, citada en inglés conforme a la edición de la *Vida* publicada por D. SCUDDER (Londres Ed. M. Dent e hijos, 1927, pág. 326).

“Un defecto en este amor -dice Catalina- es signo de un imperfecto amor a Dios y al prójimo”. Claramente, en el pensamiento de Catalina, la fe especial que la une a Raimundo con íntimo amor es una manifestación de la misma fe y caridad con que creen y aman a Dios. “Esa fe especial resulta de un amor tan grande que no puede creer o imaginar que alguno de los dos pudiese desear otra cosa sino el bien del otro. Y lo cree seriamente, pues busca este bien con gran insistencia a la vista de Dios y de los hombres, buscando siempre en el otro la gloria del nombre de Dios y el provecho de su alma” (2).

Si esta fe especial da origen a un especial amor, este amor a su vez tiene fe en que todo lo puede hacer por el amado, esperando y obteniendo para él de Dios todo lo que necesita. “Pues con el amor con que me amo a mí misma, con ese mismo te amo, con una fe viva en que todo aquello que falta de tu parte Dios lo completará por su bondad”(3).

La fe especial y la Comunión de los Santos

Catalina de Siena es Doctora de la Iglesia, y así podemos confiar en que sus ideas concernientes a la fe especial són sanas. En verdad, esta fe especial es una manera muy explícita y concreta de actuar la fe cristiana en la comunión de los santos.

La fe cristiana en Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo, es simultáneamente fe en la entera economía de la salvación, en el misterio total de Cristo. Es fe en Cristo que continúa su obra de salvación a través de los miembros de su cuerpo, la Iglesia, la comunión de los santos. Es una fe en la verdad de que Dios quiere salvarnos a través de nuestro especial amor de unos por otros.

Mi fe en esta verdad genérica necesita hacerse específica y efectiva en mi convicción de fe acerca de que Dios quiere salvarme a través de alguna persona específica, o personas, o grupos de

(2) *Ibid.*, pág. 327.

(3) *Ibid.*, pág. 326.

personas, a cuyo amor me ha confiado especialmente. Así, quiere salvarme a través de mis padres o de mi esposa, a través de mi pastor o la comunidad de mi parroquia, a través de la comunidad religiosa a la que me llama, o a través de las oraciones y sacrificios de una religiosa de clausura, o a través de algún amigo íntimo que me sostiene amorosamente en mi vida en el Espíritu Santo.

Asimismo, mi fe en la comunión de los santos debe concretarse y hacerse efectiva en mi convicción de que Dios quiere salvar a alguien o a varios a través de mí. Debo estar convencido por fe de que me ha dado a alguien, o varios, o muchos encomendados a mi amor. Dios no va a salvar a todos por mí, pero salvará al menos algunos a través de mí, dependiendo de la grandeza de mi corazón.

En otras palabras, puedo vivir mi fe general en la comunión de los santos sólo en un modo concreto y específico. Esta fe y mi amor por todos los hombres no debe permanecer inactivo o inefectivo por ser demasiado vago y genérico. Si digo que amo a todos y no hago nada más, entonces en realidad no amo a ninguno. Necesito de una fe especial que enfoque a aquéllos que el Señor ha confiado a mi especial amor. Con fe viva debo estar convencido de que yo mismo podré salvarme sólo ayudando a salvarlos por mi amor hacia ellos.

Cuando llegue el tiempo para mí de ir al Padre celestial, deberé ser capaz de decir, como Jesús mismo lo hizo en la noche anterior a su muerte: "Padre, no he perdido ninguno de los que me diste" (Juan 17,11). De modo semejante debo tener una fe especial en aquéllos a cuyo amor he sido encomendado, dejándome ayudar por ellos.

Fe especial y bautismo

La fe especial es mi necesaria respuesta a mi gracia bautismal y a mi compromiso. El bautismo, al incorporarme al cuerpo de Cristo, me hace participar en la misión redentora de la Iglesia, no con una participación vaga y general, sino en un modo específico y concreto de llevar a cabo esa misión. Entonces, mi fe genérica y mi gracia bautismal necesitan ser perfeccionadas y hechas específicas por la gracia

de mi vocación personal, que me llama y dirige a mi misión específica, encomendándome específicamente las personas que Dios me ha dado para amar y salvar.

En un sentido profundo toda fe es una fe especial, pues mi fe es ante todo fe en mí mismo; esto es, mi fe en Cristo es la convicción de que El murió por mí personalmente. Yo creo no sólo en Dios, y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, y en el Espíritu santificador. Creo al mismo tiempo en mí mismo como amado y redimido y santificado por estas tres divinas Personas. Convencido de mi gracia de fe personal, de mi íntima vocación personal recibida de Dios, digo con Pablo: "Vivo mi fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí (Gál. 2,20).

Me ha llamado personalmente a su cuerpo místico, para ser amado allí y ser conducido a la salvación en la comunión de los santos, que es el místico seno de la Madre Iglesia.

De este modo, yo mismo soy objeto de mi fe cristiana. Creo con fe divina que yo personalmente he sido llamado para ser de Cristo en el Cristo total, su cuerpo místico.

De modo similar la Santa Iglesia Católica, el cuerpo místico, es un objeto de esa misma fe. Creo que esta comunión de los santos, este cuerpo de Cristo al que estoy llamado personalmente por Dios, es la fuente de mi salvación, pues Cristo quiere salvarme encomendándome al amor de sus elegidos.

Mas la misma fe y bautismo que me confían al amor de otros por mí, me confían también la responsabilidad de amar a mi vez y no meramente de un inefectivo modo genérico. Mi vocación específica en la Iglesia me manifestará qué personas el Señor me ha dado, confiándolas a mi especial fe y amor.

En otras palabras, debe existir el real, concreto don de sí mismo a Dios, por el total don de sí mismo por la salvación de alguna específica persona, o personas, o grupo de personas, tal como mi mujer y mi familia, mi comunidad religiosa y aquéllos que Dios quiere que salve en y a través de esa comunidad, o alguna clase de necesitados, como ser los enfermos y moribundos a los que estoy dedicado como médico o enfermera.

El orden de la caridad

¿Cómo he de saber qué personas Dios ha especialmente encomendado a mi amor? Rodolfo Bultmann escribe: “El hombre ama escoger para sí el objeto de su amor, mientras que el precepto divino del amor significa que debo amar al prójimo que Dios coloca en mi camino. Entonces mi amor se hace obediente” (4). “Si amas sólo a los que te aman -dice Jesús- entonces no haces más que los paganos” (Mat. 5,47).

Sin embargo, cada cristiano pronto descubre que los necesitados que claman por su amor y ayuda parecen ser infinitamente numerosos. No dispone de suficientes medios para ir y dar a todos los que se presentan en su camino, no tiene suficiente tiempo y energía para dedicarse amorosamente a todo necesitado que conoce. Las necesidades físicas y espirituales del mundo que le rodea no tienen fin. ¿Deberá entonces dejarlo, por la desesperanza de no saber dónde comenzar y a quién amar?

Debe darse cuenta humildemente de que su amor, con el que quiere amar a todos, tiene sus limitaciones, y debe escoger a quién ha de amar especialmente; de otro modo acabará por no amar a ninguno. Para hacer esta elección, ha de ser guiado por el llamado orden de la caridad delineada por Tomás de Aquino, que era tan perspicaz en comprender que el amor cristiano para ser efectivo ha de centrarse en personas específicas, que se han de amar con acciones específicas(5).

El primer principio para hacer esta elección es la verdad de que Dios me ha encomendado algunos para ser amados y cuidados de un modo especial. Eso es de la misma naturaleza que la comunidad cristiana, el cuerpo místico, en que cada uno tiene una vocación única, su papel especial. Por tanto estoy obligado a amar primero a todos aquéllos que dependen de mí en el cuerpo místico, y a aquéllos de quienes dependo. Entonces, debo tener un amor especial por mis padres, mi mujer, mis hijos, mis parientes.

(4) *Glauben und Verstehen*, I (Tübingen, 1964) pág. 240.

(5) *Summa theologiae*, III, q.26.

O si soy un religioso, debo amar no sólo a quienes elijo para amar, sino a todos aquéllos que Dios me ha dado para amar como hermanos y hermanas al llamarme a una misma familia religiosa. Y debo amar a aquéllos que Dios quiere salvar en y por la comunidad a la que me llama. Esto lo hago de un modo práctico al cooperar con mis hermanos y hermanas religiosos para que mi comunidad llegue a ser efectiva tanto en su vida interna de amor y amistad como en su trabajo apostólico.

El orden de la caridad, sin embargo, no es tan simple como eso. Existe un segundo principio que se debe aplicar al hacer la elección de aquéllos en quienes he de concentrar mi acción de amor. Dado que no puedo hacerlo todo, debo escoger en mi amor los que están en una necesidad más apremiante. Pero aún este principio debe ser aplicado en armonía con el primer principio, que me obliga a amar especialmente a aquéllos que me están más cercanos a causa de mi vocación. No he de abandonar mi familia para trabajar por los pobres en la lejana India. No dejaré mi comunidad religiosa y su apostolado dado por Dios, para comprometerme con otro apostolado de mi propia elección, no obstante cuán meritorio pueda ser ese apostolado.

Queda fuera de nuestro propósito examinar aquí el orden de la caridad en detalle. Queremos solamente recordar que existe tal orden de amor que asegura que mi amor ha de cumplir con sus responsabilidades fundamentales. En verdad, el amor generoso pronto descubre que puede hacer mucho más de lo que nunca había soñado que fuese posible. Puede cumplir sus obligaciones básicas y además gran número de otras. Lo único que puede obstaculizarme es la timidez egoísta.

Fe especial y carisma

A veces la persona a quien amaré con una fe especial se me manifestará por una inusitada gracia carismática, como en el caso de santa Juana Francisca y san Francisco de Sales. Como respuesta a las oraciones de santa Juana por tener un director espiritual, en una visión se le manifestó Francisco, de modo que más tarde cuando lo

encontró por primera vez, lo reconoció como aquél a cuyo amor Dios la había encomendado. Un estrecho vínculo de afecto brotó entre ambos, facilitando la labor divina que ambos habían de llevar a cabo. La fe y el amor especiales entre personas como Francisco y Juana o entre Catalina y Raimundo, fueron carismáticos, en el sentido de que estos amigos fueron un don para la Iglesia, y su amor fructificó mucho más allá de la mutua santificación personal que les envolvía. Un carisma, por definición, es una gracia concedida para el bien común de la comunidad cristiana (I Cor. 12,7). La especial atracción de la gracia entre Juana y Francisco fructificó en la fundación de las monjas de la Visitación, que por tres siglos y medio han estado enriqueciendo el cuerpo místico de Cristo. Las gracias carismáticas que acercaron a estos santos pertenecían, es claro, a la gracia de su vocación, que ordenaba su misión general bautismal de amor por canales muy especiales.

Una especial alianza de amor

Cada fe y amor especiales tienen expresiones concretas de la nueva y eterna alianza en la Sangre de Cristo, en la que penetra cada cristiano por la fe y el bautismo. Puedo vivir la nueva alianza del amor cristiano sólo si lo hago concreto y específico, enfocando mi caridad ante todo en aquéllos que Dios me ha dado para amar. Pues, como hemos visto, mi alianza con Cristo me obliga a amar a mis semejantes no de modo abstracto como una masa indeterminada de humanidad, sino como definidas personas concretas. Ensamblo mi alianza con Cristo y su pueblo al amar a estas personas específicas que Dios puso en mi camino para que las amase. En consecuencia, todo auténtico amor cristiano es una expresión concreta de la nueva alianza en la Sangre de Cristo.

Mas esto es verdad con especial vivacidad cuando dos personas, o un grupo de personas, se ven mutuamente como específicamente elegidos por Cristo para continuar su obra en algún modo grandioso; por ejemplo, los que se vinculan juntos en una orden religiosa. La profesión religiosa en tal comunidad es un modo de hacer

muy concreta la participación del bautismo en amor comunitario y apostólico.

Del mismo modo, los cristianos casados deberían ver su amor el uno por el otro como una incorporación concreta al amor entre Cristo y la Iglesia. El amor del uno por el otro es el modo principal para hacer efectiva su alianza de amor con todo el pueblo de Dios. Cuando dos personas como santa Catalina y el beato Raimundo se sienten atraídos en su fe y amor por una gracia carismática, entonces el amor por cada uno llega a ser una especial incorporación a la alianza en la Sangre de Cristo. Dentro de la alianza, los dos forman una alianza especial para trabajar como uno solo en un mutuo darse para el progreso de la obra de la salvación.

El amor especial de Catalina por Raimundo vio en él un vaso de elección para continuar la obra del Señor, y ella se vio a sí misma hecha una con él colaborando con su ministerio y con el ofrecimiento de sí misma a Dios en un mismo sacrificio por el éxito de su obra. Por esa fe dada por Dios en Raimundo como instrumento de El, estuvo animada de amor por él y fortalecida en su entrega por su bien.

Rectamente, entonces, podía contar a la vez con fe en su amor por él. Cuando una vez Raimundo falló en su misión, Catalina le reprendió porque trató de excusar su fallo pensando que el amor de ella por él había disminuido. Catalina le dice que en realidad fue su cobardía lo que le hizo fallar: "Has dudado de mí, pensando que mi afectuoso amor por ti había disminuido. (...) En realidad, mi amor por ti se ha acrecentado. (...) No dejaré de trabajar por ti. (...) Cuando tus fallos te son mostrados, alégrate, y da gracias a la divina bondad que ha asignado alguien para que trabaje por ti, que vela por ti bajo su mirada" (6).

Y tanto más cuanto que Raimundo había mostrado tanta debilidad, Catalina sintió que quizá ella lo había abandonado de algún modo no siendo suficientemente heroica en su ofrecimiento por él. Las fallas de Raimundo eran en cierto modo las de ella, pues había llegado a ser uno con él en su mutua fe y amor. Por eso recurre a él renovando su especial alianza en la Sangre de la nueva alianza: "Mi querido Pa-

(6) SCUDDER, *op. cit.* pág. 331.

dre, te ruego que pidas insistentemente que tú y yo juntos podamos purificarnos en la Sangre del humilde Cordero, que nos hará fuertes y fieles" (7).

Catalina no perdió indebidamente su coraje por el fracaso de Raimundo en su misión, y la falta de fe de él en el amor que ella le tenía: "Me conservé en paz, porque estoy segura de que nada sucede sin el misterioso designio de Dios" (8). Ella podía sólo intensificar su ofrecimiento a Dios por Raimundo.

No sabía que más tarde Dios haría que su alianza con Raimundo fructificara de un modo más maravilloso. En su última carta a Raimundo, antes de su muerte, Catalina describe lo que podríamos llamar su última agonía, aunque sucedió algunas semanas antes de su muerte. En medio de intensos sufrimientos acerca del miserable estado de la Iglesia, ella gritó: "Oh Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida por el místico cuerpo de la santa Iglesia". El sacrificio fue inmediatamente aceptado, y sufrió cruciales dolores.

Cuando se recuperó suficientemente como para poder escribir sobre esto a Raimundo, le contó cómo su ofrecimiento por la Iglesia fue simultáneamente un ofrecimiento por él y por su misión, y por el renovamiento de la Orden dominicana.

Pocas semanas más tarde, en el momento mismo en que Catalina moría en Roma, Raimundo se hallaba en Génova arrodillado ante una estatua de la Santísima Virgen. Estaba por partir hacia Bolonia para asistir al capítulo general que le elegiría como cabeza de la Orden dominicana. En el momento en que Catalina murió, Raimundo escuchó su voz diciéndole muy claramente repetidas veces: ¡"No temas! ¡Yo estoy contigo!"!. Estaba con él después de su muerte como había estado con él en vida, pero aun más efectivamente que antes. Como maestro de la Orden dominicana, Raimundo, ayudado desde el cielo por Catalina, hizo tanto por la renovación y restauración de la Orden que se le llama el segundo santo Domingo.

(7) *Ibid*, pág. 326.

(8) *Ibid*, pág. 328.

Fe especial y cálido afecto humano

La fe especial en el otro tal como la que existió entre Catalina y Raimundo exige prácticamente un profundo afecto humano entre ambos. Calidez de afección es un elemento integral de su vínculo especial en el amor divino. Los dos estaban verdaderamente “entrelazados en el amor” (Col. 2,2). Alguien que se sacrificaba tan completamente como Catalina lo hizo por Raimundo, no pudo amarle tan ardiente y humanamente, como él no pudo amarla en retorno con tanto amor, si realmente no apreciara su amor. La profundidad del afecto de Catalina por Raimundo se manifestó en sus copiosas lágrimas cuando se despidió de él en San Pablo Extramuros, al partir éste para su viaje.

San Francisco de Sales admitió con franqueza que tuvo un profundo afecto humano por santa Juana Francisca: “Soy siempre tuyo en Jesucristo, y me maravilla el crecimiento de este afecto. (...) ¿Por qué pensamos que Dios ha querido hacer un sólo corazón de nosotros dos, sino porque este único corazón pudiese ser extraordinariamente audaz, valiente, inspirado, constante y amante de su Creador y su Salvador”... (9).

Le escribe de nuevo: “Siento con fuerza siempre creciente la unión de nuestros corazones, que ciertamente no me permitirá olvidarte jamás hasta después, mucho después de que me haya olvidado de mí mismo para sujetarme mejor a la cruz” (10). Su corazón -le dice- se regocijaba en el de ella como en el suyo propio (11).

A causa de su profunda calidez humana, Francisco pudo difícilmente no notar el encanto femenino de Juana. Un día de su temprana amistad, cuando ella era aún una joven viuda, Francisco la vio mucho mejor vestida que de costumbre, y le dijo: “Señora mía, ¿desea Ud. casarse de nuevo?”. “No, ciertamente”, replicó ella. “Muy bien”, dijo el obispo con una sonrisa, “pero entonces debería Ud. arriar su bandera”. Ella aceptó la sugerencia.

(9) El autor cita a S. Francisco de Sales según la traducción de H.B. MACKEY, *Letters to persons in religion* (Westminster, MD; Newman, 1943) pp. 93-94.

(10) *Ibid.*, pág. 159.

(11) *Ibid.*, pág. 94.

Porque Dios le había dado a Juana para que la amara con un afecto especial, Francisco podía amarla ferviente y humanamente y con completa pureza de celibato, así como san José debió amar a la Virgen María, que le fue dada por Dios para ser amada por él: "José, hijo de David, no temas en recibir a María por esposa" (Mat. 1,20). Dado que el amor de Francisco y Juana era un amor de personas emocionalmente maduras y porque ambas eran completamente fieles a su consagración a Dios, podían amarse uno a otro con verdadera afectación humana y también permanecer célibes. Nada pretendían de su amor sino la gloria de Dios y su mutua santidad. "Trataré de mantenerte siempre exaltada sobre el trono que Dios te ha dado en mi corazón, un trono asentado sobre la cruz", le escribe él (12).

Encontramos también el bello amor de dos dominicos, la beata Diana y el beato Jordán, sucesor de santo Domingo. Las cartas que Jordán escribió a Diana han constituido una literatura famosa a través de siete siglos (13). Jordán escribe a Diana: "Yo no correspondo enteramente a tu amor, de eso estoy profundamente convencido. Tú me amas más de lo que yo te amo a ti. Pero no puedo soportar que estés tan afligida y apesadumbrada en tu mente por razón de este amor tuyo que es tan precioso para mí".

Porque Jordán y Diana, Francisco y Juana, Catalina y Raimundo estaban totalmente consagrados a la persona de Cristo y a su obra salvífica, sus corazones eran capaces de unirse en un acendrado amor por sus semejantes. Unidos como "*uno*" en el amor, lograron tener éxito al amar a una multitud de sus semejantes y trabajar efectivamente juntos por su salvación.

Tal es la libertad que es fruto del amor celibatario, escribió Francisco a Juana: "Este es pues el vínculo que nos une, éstos los lazos que nos mantienen juntos, y cuanto más nos acercan tanta mayor tranquilidad y libertad nos darán. Sabe, pues, que me mantengo estrecha-

(12) *Ibid*, pág. 159.

(13) GERALD VANN, *To Heaven with Diana* (New York, Pantheon, 1960) pág. 84. En este volumen se pueden hallar todas las cartas de Jordán.

mente unido a ti, y no busques saber más, salvo que este vínculo no es incompatible con otros vínculos, sea de votos o de matrimonio” (14).

Cada uno de nosotros necesita de alguien, o de algún grupo con quien podamos tener una especial fe y un mutuo amor especial. Pues si otros me necesitan y están encomendados a mi fe y a mi amor, al mismo tiempo yo tengo mucha necesidad de otros y he sido encomendado a su amor por mí. Si mi fe y amor han de ser efectivos al máximo para ayudar a otros, han de ser vividos en relación mutua con la fe y amor de otros por mí. Pues soy salvado por otros aún cuando estoy salvando a otros. Estoy sostenido en mi labor de salvación por otros que me aman, rezan y se sacrifican por mí y me ofrecen el amor humano y el valor que necesito.

Entonces, por ejemplo, soy sostenido por mi esposa y familia aun cuando yo los sostengo; o estoy apoyado por mi comunidad religiosa aun cuando yo los apoyo; o, si soy un sacerdote, estoy sostenido por la fraternidad sacramental del presbiterado al mismo tiempo que ayudo a su santificación personal y a su apostolado.

Pero especialmente me sentiré bendecido por Dios si me concede una íntima amistad con alguna persona que está llena de gracia de Dios y de amor divino, y que haya recibido una fe, esperanza y amor especiales por mí. Con ella puedo hacer una alianza especial por la que intensificamos nuestra participación en la nueva alianza de la Sangre de Cristo.

Confianza en el amor de mi amigo

Si gozo de tal especial amistad dada por Dios, puedo tener verdadera fe y esperanza en este amor que se preocupa tanto por mí. Puedo decir a la persona que me ama, que me ve con una fe especial como encomendado a ella: “Creo en ti, espero en ti, te amo”. en la medida en que nuestra amistad es auténtica caridad divina, esta fe,

(14) Citado por A. PLE, *El Celibato y la vida emocional*, en *Clergy Review* 55 (1970), pág. 42.

esperanza y amor son una participación en nuestra fe, esperanza y caridad teologales.

Pues el amor que mi amigo dado por Dios tiene por mí es en sí mismo un acto de fe especial concentrado sobre mí, una fe y amor que me ven personalmente como amado y redimido y llamado por Cristo, o me ve como un instrumento escogido por Dios, tal como un sacerdote o misionero o líder de una comunidad. Este amor especial por mí, espera obtener de Dios para mí todo lo que necesito para mi crecimiento en santidad y para mi fidelidad a mi misión de amor. Puedo tener esperanza en la esperanza de mi amigo con respecto a mí, porque su amor por mí brota de su divina esperanza por mi salvación.

Pablo nos dice que la fe funda su amor al prójimo sobre la común participación en una misma esperanza: "Hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y en el amor que tienen por los santos por causa de la *esperanza* reservada para ustedes en el cielo" (Col. 1,3-4). La fe en la común esperanza nos impulsa a comprometernos en un efectivo amor al prójimo.

La caridad en la Iglesia ama a los semejantes precisamente a causa de su elección y como *conciudadanos de eternidad*. La caridad ejercita el ministerio de amor que se esfuerza por llevar a cada uno a la comunión de vida con la Santísima Trinidad.

La fe y la esperanza en el amor de otra persona son posibles no meramente en los maravillosos casos de fe y amor carismáticos como existieron entre Catalina y Raimundo. Un hombre, por ejemplo, puede tener especial fe en su mujer obviamente si es una mujer de extraordinaria fe y amor a Dios. Alguien puede tener especial fe y esperanza en su comunidad religiosa si ella es verdaderamente una comunidad de fe cuyos miembros son conscientes vitalmente de su recíproco compromiso por la salvación unos de otros. O un sacerdote puede confiar en el amor de sus hermanos sacerdotes por él, si éstos se preocupan unos por otros tal como lo reclama su común participación en el presbiterado.

Puedo ciertamente creer y esperar en el amor de mi amigo por mí, en la medida en que él manifieste un amor divino inspirado por el Espíritu Santo. Como Raimundo y Catalina, puedo hallar signos

dignos de fe de que el amor está inspirado y que el amigo me ha sido dado en verdad por Dios.

La fe especial de Catalina respecto de Raimundo tuvo sus comienzos en su obediencia religiosa. Fue el Maestro de la Orden quien la colocó bajo la guía espiritual de Raimundo, y de consiguiente, por fe vio a Raimundo como alguien dado a ella por Dios mismo, por medio de la Orden a que Dios la había encomendado al llamarla a la vocación dominicana.

Así también la fe especial de Raimundo en Catalina estuvo arraigada en su obediencia a su designación, pues la fe y la caridad obran siempre dentro de la comunión de los santos y nos obliga a amar de modo especial a aquéllos que están bajo nuestro cuidado. La dirección espiritual puede tener éxito sólo si existen un profundo amor y confianza mutua entre quien dirige y los dirigidos. En estas condiciones, ambos se benefician mutuamente en gran manera.

Necesidad de amigos especiales

Es importante que todos tengamos amigos especiales dentro del amplio seno de nuestra comunidad religiosa, o de nuestra comunidad parroquial, o presbiterio, o en cualquier otro grupo en que Dios nos haya colocado. Pues una comunidad grande puede amar efectivamente a sus miembros con el amor especial y el sostén que necesitan, sólo a través de la mediación de este amor especial entre individuos o entre los miembros de grupos más pequeños como una clase de seminario o un noviciado. Un novicio, por ejemplo, debería ser sostenido por el amor intercomunicado de sus pares, y de modo semejante debería ser capaz de encontrar un amigo íntimo en el maestro de novicios, quien debería amar verdaderamente a los que se hallan a su cargo y fomentar su espíritu de afectuosa amistad entre ellos.

De modo similar los miembros de un equipo apostólico deben estar unidos por profundos lazos de amistad. De ahí que San Gregorio Magno diga que nadie debería ser enviado a realizar un trabajo apostólico si no es capaz de tener un verdadero amor por sus colabo-

radores: “Queridos hermanos, nuestro Señor envía a sus discípulos de dos en dos para predicar. Al obrar así, nos indica silenciosamente que quien no ame a su prójimo, de ningún modo debería asumir el oficio de la predicación”.

El amor de la comunidad cristiana, respaldando al predicador, se hace presente de modo tangible y efectivo en él a través del amor de su compañero de predicación.

Entretejidos en el amor

Pablo dice que la entera comunidad cristiana debería estar “entretejada en el amor” (Col. 2,2). Pero entretejer el entero tejido que se hila quedará terminado sólo cuando cada enlace esté enlazado con los que inmediatamente lo circundan; cada uno a su vez tiene conexiones con otros. Así el entero tejido fabricado se mantiene compacto en el amor.

En sus varias cartas, Pablo indica que tal tejido existe entre todas las comunidades cristianas. El mismo estaba unido por amor con todas las iglesias cristianas que nunca lo habían visto cara a cara, aunque sí por la mediación de sus colaboradores que amaban a estas comunidades y que estaban ellos mismos ligados íntimamente con Pablo por amor.

Pablo escribe a los Colosenses, por ejemplo, que ellos y sus vecinos de Laodicea habían de leer ambos la carta (Col. 4,16), regocijándose a causa del amor que tenían unos por otros. No ha visto personalmente este amor, sólo ha sentido acerca de él, pues dice que tanto los colosenses como los laodicenses “no han visto mi cara” (2,1). No obstante está íntimamente unido a ellos por el amor a través de Epafras, el misionero que Pablo les había enviado: “Es un fiel ministro de Cristo en beneficio vuestro y nos ha hecho conocer vuestro amor en el Espíritu” (1,7-8). Al oír que ellos también son ahora “elegidos de Dios, santos y amados” (3,12), Pablo no puede menos que amarles y rogar por que su red de amor fuese consolidada y llenada con la inteligencia y conocimiento del misterio de Cristo” (2,1-3).

Del mismo modo Epafrodito es la conexión entre los Filipenses y Pablo. El fue “vuestro mensajero y ministro en todas mis necesidades” (Fil. 2,25). “Pero ahora debo devolverlo a ustedes pues ha estado ansioso por todos ustedes y apenado porque ustedes habían oído que estaba enfermo” (2,26). Es evidente que la ansiedad de Epafrodito por los Filipenses manifiesta el profundo afecto humano que les tenía como don del amor de Dios por ellos.

Del mismo modo Pablo obra a través de Syzygo, “mi fiel compañero de esclavitud” (4,3), en orden a reconciliar en el amor a las querrellosas Evodia y Syntyque.

Tales son las ligaduras más pequeñas de íntimo afecto en la comunidad cristiana, gracias a las cuales la totalidad queda entretejida en el amor. La misma profunda amistad en Cristo que debería caracterizar a la entera comunidad cristiana, resulta posible sólo por la red de intercomunicación de las amistades especiales inspiradas por la fe. Maslow señala que las amistades íntimas entre personas maduras son relativamente poco numerosas. Sólo la persona inmadura está enamorada del amor y espera tener relaciones “yo-tú” con cada miembro de su comunidad. Cada miembro debería estar ligado íntimamente con pocos otros, cada uno de los cuales estará ligado con otros pocos, y así la entera red de amor queda entretejida íntimamente. La calidad y la profundidad del amor en la entera tela fabricada depende de la alta calidad de cada amistad individual.

Cuando la amistad se encuentra totalmente inspirada por una especial fe carismática, llega a formar una alianza apostólica en la que los amigos trabajan por la salvación de otros, y así llevan amor a muchos.

Capítulo 4

La amistad de dos personas que crecen

El verdadero amor siempre promueve el crecimiento de la persona amada. Sólo crecemos amando y siendo amados. El propósito de la amistad, entonces, es ayudar a dos personas a crecer enteramente en su verdadero ser. Los amigos saben desentrañar las posibilidades de cada uno, llevando a cada uno a la plenitud de su ser. Si la amistad no lleva a esto, entonces no es una amistad real, no es desinteresada, no tiene preocupación por el otro, no le permite ser lo que debe ser. Si los resultados de la amistad son celos o constantes riñas y desasosiego que les hace inhábiles para su trabajo, entonces no es realmente una amistad. La verdadera amistad tendrá siempre por resultado el crecimiento de los que la comparten, haciéndolos más libres, más responsables.

Pero hay grados en la amistad, como hay etapas en el crecimiento de un individuo. Es importante estar convencido de esto, por dos razones: para calmar los temores que impedirían el crecimiento de la amistad, y para prevenir cierta clase de presunción que impediría un crecimiento futuro. El temor impide el crecimiento por no dejarnos ir más allá de donde estamos, y la presunción nos impide progresar porque presumimos que la amistad ha llegado a su cumbre; pensamos

que esto es todo lo que hay, no nos abrimos a la posibilidad de un desarrollo futuro.

Presunción

Es sabio darse cuenta en cada estadio que éste es sólo un estadio más bajo, y no tener nunca la presunción de decir: "Esta es la última experiencia". Debemos introducirnos en una estructura mental que espera y promueve un progreso continuo.

Detenerse en un estadio inferior, y no crecer, es regresar. Si una pareja de casados, por ejemplo, se detiene en la expresión sexual de su amor y piensa que no hay más que eso, van a retroceder, se disgustarán, se destruirán mutuamente en vez de promover el crecimiento del otro. su descansar en los bienes menores de su amistad es pereza, fracaso, por no hacer el esfuerzo de ir más allá de los goces de la luna de miel. El amor no debe detenerse nunca. Si no adelanta, retrocede. Descansar en el disfrutar de los bienes inferiores de una amistad es deteriorarla.

En la amistad, entonces, la actitud debería ser de expectativa, de apertura siempre mayor, nunca de cerrarse por completo, ni por temor ni por una sutil forma de presunción que dice: "Hemos llegado a lo último, ¿qué más podría haber que eso?" ¡Hay todavía más! No debemos tratar de recuperar y revivir las mismas viejas experiencias de amistad en el mismo modo repetidamente. ¡Todo es nuevo! La infancia es buena, pero si tengo 30 años y quiero revivir mi infancia, algo anda mal. He retrocedido.

Temor

En la amistad, no sólo debo vivir en la expectación de mayores cosas en el porvenir, sino que debo evitar también el temor. El temor impide el crecimiento reteniéndome de los riesgos que implica amar a los otros. Para aliviar este temor, debo estar convencido de que

la amistad tiene sus estadios imperfectos, y estar dispuesto a aceptar más imperfecciones sin descorazonamiento. La maravillosa plenitud de la amistad a la que aspiro con viva expectación puede ser alcanzada sólo por grados.

En estos estadios experimento mi debilidad humana y mi egoísmo, que impiden la plenitud de la amistad. Tiendo a desalentarme o aun a disgustarme conmigo mismo pensando que quizás no soy cristiano porque mi amor por mis amigos no es enteramente desinteresado pues estoy todavía buscando llenar mis propias necesidades. El hecho es que posiblemente no puedo darme enteramente ni ser plenamente desinteresado en mi amor hasta que mis necesidades hayan sido atendidas y esté recibiendo el amor que necesito. Por su misma naturaleza como favorecedora de crecimiento, la amistad cuida de mis necesidades al mismo tiempo que me hace capaz de darme al otro. El amor sabe cómo dar. Y esto es absolutamente cierto respecto a mi amor a Dios, que es siempre recibir. No puedo estar enteramente abierto al infinito amor y generosidad de Dios si no he aceptado mi indignidad y desamor.

No debo desalentarme pensando que no soy cristiano porque no he alcanzado todavía el ideal, así como un niño no debe desalentarse por ser niño. Pero debo esforzarme con coraje para alcanzarlo, como un niño ha de esforzarse por alcanzar la adultez, mas no con tirantez, como una criatura nunca trata conscientemente de forzar su crecimiento.

En mis amistades con otras personas, especialmente con las del sexo opuesto, no debo tener una idea demasiado angelical ni maniquea acerca de la pureza del amor. Debo aceptar mi sexualidad como inseparable de mi humanidad, y algo que ha de ser reverenciado, no temido. Mi saludable aceptación de mi sexualidad minimiza los riesgos involucrados en la amistad. La reverente aceptación de mi cuerpo y de mi sexualidad como parte normal de mi humanidad y necesariamente operativa en mi comunicación con mis semejantes, disminuye el riesgo de abuso de los elementos emocionales que pueden entrar en juego en las relaciones con mis amigos.

Entonces, si dos personas en los tempranos estadios de su amistad viven intensas experiencias emocionales, eso es natural. Podrían sentirse tentados a separarse de esa amistad por temor, y con eso destruir toda posibilidad de crecimiento.

Pero si quieren aceptar esa situación como un estadio normal de la amistad, se sentirán tranquilos con ella y no le darán mucha importancia. Este estadio desaparecerá a medida que crezcan a un nuevo estadio en que los corazones de los amigos se unirán a un nivel más profundamente espiritual. Este crecimiento de un nivel a otro no sucede automáticamente. Por ejemplo, si los amigos permanecen en un nivel emocional como si ese fuera el último de su amistad, su relación, como dijimos, se deteriorará más bien que desarrollarse. Deberán esforzarse en la búsqueda de niveles espirituales profundos, y no desalentarse si demora el crecimiento que va más allá de la fuerte implicación emocional de los comienzos. Deberán tener un saludable sentido del humor entre sí, y esperar pacientemente el crecimiento.

Con demasiada frecuencia la misma habilidad para crecer en el amor y amistad cristianos ha sido herida o muerta por un excesivo temor de los riesgos involucrados. Si en una amistad cada persona posee una profunda reverencia por la otra como perteneciente a Dios, y cada una es fiel tanto a Dios como a la persona amiga, la excesiva posesividad emocional pasará y evolucionará a un estadio menos egoísta. Nada de lo que ahora experimentamos es definitivo. Si somos fieles a Dios y uno a otro, entonces habrá aún más por venir. Este pensamiento va a mitigar los temores paralizantes. El temor es aún mayor enemigo que la presunción del crecimiento de la amistad.

Lo que hemos dicho acerca de la presunción en la amistad humana de creer que nos encontramos en el vértice de nuestra amistad y de haber alcanzado la experiencia más alta, es verdad también respecto de nuestra amistad con Dios. Si trato de detenerme en las experiencias emocionales de la oración, por ejemplo, estoy entonces bloqueando el camino y no voy a crecer en oración contemplativa.

Debo tener una fe ilimitada en la bondad de Dios. La fe es como si obtuviera un nuevo par de ojos. El nuevo par consiste en esto: darme cuenta de que en la amistad con Dios, lo mejor está aún por

venir, no poner límites al amor y generosidad divinas y esperar siempre algo más.

En la oración, la experiencia de la amistad con Dios presenta ciertos momentos de intensa comunión con Dios en los que pienso que ésa es la plenitud de todo lo que pudiera experimentar. Tiendo a descansar en estas experiencias, tratando de recuperarlas nuevamente como fueron dadas. No me abro a siempre más profundas experiencias por dejar andar las menores. Esto es pereza, descansar en los dones menores de Dios, contentándonos con ellos. Pero el pecado, la presunción, consiste en no darme cuenta de que éstos son sólo dones menores. El pecado está en la falta de voluntad para creer que el amor con que Dios me ama, no pone límites a lo que su amor quiere hacer aún por mí.

Dios quiere que esperemos infinitas riquezas de su generosidad, pero quiere al mismo tiempo que nos abramos a estas riquezas vaciándonos de todo lo demás que se encuentra en el camino del don completo de sí mismo. Mi pecado es no dejar que Dios sea Dios, de no esperar que pueda hacer aún más por mí. "No dejar a Dios que sea Dios" significa no dejar que su amor sea infinitamente generoso conmigo. Porque una experiencia en la oración es lo último que he experimentado hasta el momento, tiendo a decir que esto es lo último en absoluto. Por eso es todo lo que espero de Dios. Esto, es claro, es una forma de ingratitud, una falta de aprecio de sus dones como prenda de cosas mayores por venir.

Inconscientemente formo mi imagen de lo que espero de Dios según lo que ya he experimentado, como si eso fuera lo único que Dios tiene para ofrecerme. En otras palabras, hago de lo experimentado la medida de lo que Dios es. Me hago yo mismo el criterio, la medida de lo que Dios quiere darme. Lo encajono dentro de una pequeña cápsula, limitando su amorosa generosidad en la estrechez de mi falta de fe y de deseo. No puedo dar el salto de fe para creer que hay cosas que yo nunca he experimentado y que Dios tiene intención de que experimente. Rehusó creer a los otros que me dicen que estas experiencias mayores existen. No quiero creer en el testimonio de otros que me cuentan de estas experiencias mayores. No quiero reci-

bir su testimonio, que debería abrir mi fe y mi deseo por lo que pensaba era increíble. Me hago la medida de lo que es real y ha de serme dado. Dios está tan lejos de todo lo que podría esperar, que creer en ello requiere esos nuevos ojos que nunca ponen un límite a lo que se espera. La fe expecta siempre más, mas no sabiendo qué es.

En cada estadio debo darme cuenta de que, comparado con lo que está por venir, este estadio es sólo un don menor. Nunca debo pensar que este estadio es el último.

La revelación de mi debilidad

Mi compromiso de amistad hace salir lo mejor de mí mismo, alienta mi crecimiento. El sol del amor de alguien por mí extrae todas mis potencialidades. El ánimo que da el amor y mi respuesta en el modo de usar el potencial que Dios me ha dado, me llevan a un nuevo reconocimiento de todo el bien que hay en mí. Siento mis poderes y estoy ansioso por usarlos plenamente en darme a los demás.

Mas otro importante estadio en la amistad, correspondiente a mi creciente conocimiento del bien que hay en mí, es el aumento consciente de mi debilidad y egoísmo. Mi compromiso con una amistad viva me revela muchas sutiles formas de flaquezas. Precisamente a través de mis relaciones con otros, me son revelados los obstáculos para mi entera posesión por Dios. Nunca vería estos obstáculos si no hubiese cultivado una amistad humana. Es a través de nuestras relaciones con otros que llegamos a conocernos a nosotros mismos.

Nunca hubiese conocido mi sutil dominio sobre otros, y posesividad, mi deseo de apegarme y de utilizar a otros, sino a través de mis profundas relaciones con otros. Por sutil dominio sobre mis hermanos entiendo que, defectuosamente, tiendo a señorear en vez de dejar al Señor que lo sea, suyo y mío. Trato de someter a mis amigos a mis propios deseos. Trato de inclinarlos a mi idea de lo que deberían ser, más bien que dejarlos libres para llegar a ser, alentándolos, el verdadero sí mismo que el Señor desea que sean. Trato de hacerlos a mi propia

imagen más bien que dejar al Espíritu del Señor hacerlos a semejanza de Dios.

O establezco un sutil dominio aceptando mi tendencia a hacer de mí mismo el centro de la atención. Como un niño antes de que se desarrolle, necesito ser el centro de atención hasta adquirir confianza en mí mismo. En tal estadio, casi necesito señorear y tratar de atraer la atención, de modo que pueda llegar a convencerme de que soy digno de amor y de estima. Mas una vez que estoy convencido de mi valor intrínseco, entonces puedo olvidarme de mí mismo y prestar atención a otros. Una vez que tengo una saludable autoestima, puedo abrirme a otros y amarlos desinteresadamente, y llevarlos a través de los mismos estadios a abrirse al Señor.

Existirá un natural proceso evolutivo. En mis amistades con el Señor y con mis prójimos, no tengo que forzar un estadio para seguir otro; en verdad, no puedo forzarlos. La niña deja a un lado su muñeca después de cierto tiempo, al crecer hacia una experiencia de algo distinto que le da aún mayor satisfacción. Pero debe pasar por las etapas previas que la han de librar para experimentar cosas más profundas. Así, pues, a los tres años de edad debe ser el centro de la atención. Eso es bueno y saludable. Pero si está continuamente buscando la atención y tiene ya 30 años y todavía debe señorear, entonces hay algo que funciona mal.

Lo que en una etapa más temprana de mi desarrollo psicológico era necesario, más tarde puede ser pecaminoso si continúo indebidamente en ese estadio, descansando en él, siendo indulgente con él cuando podía y debía haber pasado a un estadio mejor. Una religiosa, por ejemplo, que debería haber cultivado una atención total al Señor y haber crecido lo suficiente para olvidarse de sí misma, culpablemente tratará de dominar en lugar de él, por sus galanteos para ser ella misma el centro de atención. sus amistades sinceras con otros deberían haberle ayudado a ser más consciente de malas tendencias como ésta.

Si los amigos son verídicos, a medida que crezcan en la amistad crecerán en sensibilidad respecto de sus tendencias pecaminosas. Se volverán más y más sensibles a las sutiles formas de dominio que cada uno ejerce o acepta del otro. Lo que en las etapas más

tempranas de la amistad era necesario en su expresión al tener cuidado de las necesidades de los amigos, se verá en estadios más avanzados como una sutil forma de dominio egoísta, como un posesivismo y atención que ya no son más necesarios.

El sincero y leal amigo abandonará lo que ya no es necesario. Lo que un niño necesita a los tres años de edad no lo necesitará cuando tenga siete; estas necesidades y deseos se desprenderán naturalmente. La niña que ama las muñecas y quiere abrazarlas no tendrá que forzarse para dejar de amar y acariciar sus muñecas pues, a medida que crece, su necesidad y deseo de muñecas caerá naturalmente. Tampoco nosotros debemos temer las “necesarias” etapas de la amistad. En el honesto y saludable crecimiento de la amistad, las etapas más imperfectas, egoístas, caerán a medida que crezcamos a estadios más ricos. No podemos forzarnos a lo que es perfecto sin atravesar las necesarias etapas del crecimiento.

Cuanto más familiar llegue a ser mi amistad con otra persona, tanto más me conoceré a mí mismo. En mis relaciones vivas con otros, me veré en acción y reconoceré mis faltas, mi pecaminosidad como también mis buenas cualidades. Es solamente viviendo una relación que descubro mis malas tendencias a abusar de la relación. Hasta que estas malas tendencias sean descubiertas y arrancadas, mi relación con Dios quedará trabada por ellas. Al experimentar amistades profundas, se me revelan mis faltas ocultas, que nunca hubiese conocido de otro modo. En el “toma y daca” de las relaciones humanas, en el conflicto de repetidos encuentros que sacan chispas, me doy cuenta de mis aristas ásperas y sé que debo educarlas. La persona que nunca está comprometida con otros sino que se encierra en su caparazón, nunca conocerá ni su fuerza ni su debilidad.

Tomás de Aquino, con su usual penetración psicológica, hace mucho que señaló cómo las relaciones humanas nos preparan para la contemplación de Dios. Muestra cómo aún más que la abstinencia y castidad y las virtudes que controlan los apetitos corporales, las virtudes sociales, las que nos ubican rectamente con nuestros semejantes en nuestras relaciones con ellos por amor, nos preparan para nuestra comunión con Dios. Son las virtudes que regulan debidamente nues-

tras relaciones humanas por el amor, las que más efectivamente matan en nosotros al egoísmo y la autoconcentración, que son obstáculos para la autorrevelación de Dios a nosotros en la oración contemplativa. El compromiso profundo de una amistad cristiana puede, entonces, muy efectivamente revelarme mis tendencias pecaminosas, de modo que pueda desarraigarlas; o más bien destruirlas por la ausencia de egoísmo en un nuevo estadio de la amistad. Adelanto hacia el nuevo estadio al morir al egoísmo por la paz y reconciliación con mi amigo.

Honestidad en la amistad

Honestidad para enfrentar a las malas tendencias que se revelan en las alternativas de la amistad es el único modo de superarlas. El demonio nombrado es el demonio exorcizado. Cuando un amigo se da cuenta de una mala tendencia en sí mismo, trata de ocultarla al otro y a sí mismo. El remedio será la honestidad, y un saludable sentido del humor. Necesitamos de humildad y de buen humor para darnos cuenta de que no somos santos consumados. Debemos aceptar nuestras limitaciones con paciencia, esperando que nuestro crecimiento y progreso se realice por etapas.

“Sí, aquí es donde estoy”. Debo encarar honestamente mis limitaciones, mis faltas, mis fuertes deseos. Debo reconocer y admitir todos mis sentimientos.

Hay con frecuencia deseos y sentimientos que yo no puedo vivir en el modo como mis sentimientos me conducirían a vivirlos. Por ejemplo, podré sentirme enojado y podré tener ganas de hacer trietas a alguien. O podré tener fuertes sentimientos sexuales, pero no tengo derecho de expresarlos. Mas justamente porque no puedo manifestar estos sentimientos no debo negar su existencia. Debo admitirlos, y reintegrarlos, y sublimarlos. Nunca alcanzaré la completa integración de mi persona, si niego tener estos sentimientos humanos que brotan de mi misma naturaleza y son claves para mis necesidades humanas.

Sólo al enfrentar honestamente mis sentimientos puedo integrarlos adecuadamente en la totalidad de mi vida. Nuestros sentimientos son nuestros amigos, no importa cuán vergonzosos e imperfectos estos sentimientos puedan parecer, no importa cuán débil pueda parecer el tenerlos. Los sentimientos no pueden mentir. Existe una causa para cada sentimiento que tenemos. Nuestros sentimientos son nuestros amigos porque son la clave de las necesidades que tenemos.

Si colocamos nuestros sentimientos fuera de nuestra mente, si pretendemos que no los tenemos diciendo: "Yo no debería sentirme así", nos mentimos a nosotros mismos. El hecho es que sí nos sentimos de este modo, y existe una razón para ello. Es parte de nosotros mismos sentir de este modo. Debemos averiguar por qué nos sentimos así, y entonces podremos trabajar en buscar una solución.

Si miramos honestamente nuestros sentimientos y no tenemos miedo de hablar de ellos nosotros mismos y a nuestros amigos y a Dios, entonces estaremos en camino para encontrar una solución a nuestro problema y para crecer a un nuevo estadio en que esta necesidad haya sido cuidada para integrarla en la unidad de nuestra personalidad.

Por la amistad podemos ayudarnos unos a otros para sobrellevar nuestras malas tendencias y para integrar nuestros sentimientos y nuestros deseos en nuestra entera personalidad. Debemos ayudar a nuestro amigo a superar sus defectos ayudándole a enfrentar la verdad sobre sí mismo. Para ayudar a mi amigo a enfrentar sus fallos, debo valientemente ser honesto en revelarle mis propios sentimientos acerca de sus defectos. Este es un punto muy importante en todo nivel de amistad, tener el coraje de hablar de lo que tengo dentro.

Supongamos, por ejemplo, que mi amigo está en un estadio de posesividad. Todos queremos adherirnos a alguien y tenerle a él o a ella como cosa nuestra. Este es un estadio natural. Pero debemos darle muerte de alguna manera. Debo ayudar a mi amigo a sobreponearse de esto ayudándole a enfrentar la verdad. Debo estar dispuesto a arriesgar el desfavor de mi amigo por hablar de mis sentimientos al respecto. "Estás asido a mí demasiado estrechamente. Dame espacio para ser yo mismo. Necesito distanciarme un poco de ti".

Mi amigo ha de estar dispuesto a morir un poco a sí mismo, y al permitirme vivir, al permitirme existir, llega a ser también él, él mismo. Al concederme cierta distancia, ésta le permite ser él mismo. Porque se encontrará trabado en su crecimiento si depende excesivamente de mí.

Cuando quiero que algunas personas sean mis amigos y trato de hacerlos tales y no responden del modo que yo quiero, trato entonces de obligarlos a responder. Les solicito cosas. Todo eso los aleja. Debo llegar a estar firmemente convencido de que la única verdadera amistad es la que se da libremente. Si los otros no responden del modo que yo quiero, no lo harán ciertamente porque se lo pida. De modo que no puedo perder con dejarlos libres. De ningún modo puedo perder al obrar así, y éste es el camino por el que puedo ganarlo todo. Pues, o bien a cierta distancia uno de otro se darán cuenta de cuánto se aman uno al otro y se acercarán por propia voluntad, o bien se alejarán. Eso es lo mejor, porque yo no hubiese podido conservarlos de modo alguno pidiéndoselo. No hay nada que pueda perder por permitir a mi amigo que pueda ser él mismo.

Todo esto se aplica también a la amistad con Dios en la oración. En la oración no puedo estar exigiendo a Dios. Debería mantenerme dispuesto a recibir, con completa confianza en su amor.

Dejar libre a mi amigo es el mayor don de la amistad que puedo darle, el don de la confianza. En realidad estoy diciendo: "Confío en tu amor". Si estoy de continuo pidiendo tu atención, es porque no creo que me amas. No dejándote libre por temor de que no respondas a mi amor, sería una ofensa para ti.

El amor tiene que pasar por ese estadio, porque esta posesividad es sólo una manifestación de mi inhabilidad para creer que soy verdaderamente amado. Cuando estoy seguro de ser amado, pasa el posesivismo. Las personas no pueden crecer, no pueden ser libres para amar a otros, hasta que hayan superado el estadio posesivo del amor. Pero no pueden superarlo hasta que hayan experimentado un amor genuino.

Por consiguiente, cuando somos generosos en el amor y en ser un verdadero amigo (apartando amablemente a éste de nuestro

posesivismo) estamos creando en él el poder de amar a otros a su vez, le damos libertad para amar. Debemos ser generosos y pacientes al amar a aquéllos que todavía están inmaduros en su amor. Pues si no son amados, no pasarán a través de los varios estadios del crecimiento, ni crecerá en ellos el poder de ser un verdadero amigo y de poder amar a otros a su vez.

Pues no hay flor alguna que no haya necesitado del sol para florecer. Nada malo hay en atravesar los estadios del posesivismo, o en el estar excesivamente comprometidos. Son estadios normales que debemos atravesar porque somos lo que somos, y si alguien me ama atravesando esto estadios, experimentará su fruto. No se puede amar a una mariposa si no se ama a su larva. De modo que es necesario amar a esta oruga, y dejarse amar como tal, sabiendo que un día seremos mariposas.

Todo estadio de crecimiento pasará si poseo una saludable familiaridad con él. En vez de temer al estadio, o de sentir disgusto porque tengo todavía estas debilidades humanas, debo ser ante todo sincero y decir: "Sí, aquí me encuentro". He de tener una especie de gentileza y paciencia conmigo mismo, esperando también que este estadio pase. Convencido de que mi estadio imperfecto no durará por siempre, permaneceré libre y permanentemente abierto al crecimiento.

Debo tener una actitud de familiaridad con mi naturaleza humana, y alegrarme de ser humano, dando gracias a Dios por haberme hecho hombre o mujer, no un bastón o una piedra.

Sufrimientos de la amistad

Puede encontrarse mucha felicidad en los primeros estadios de mi amistad, tal que me haga pensar de que no necesito nada más que mi amigo, y que encontraré en él la plenitud de cuanto deseo.

Pero ningún amigo humano puede colmar el vacío del corazón humano. Sólo Dios puede hacerlo. Si todo lo espero de una amistad, sufriré el dolor de la desilusión. Cuántas veces, en un matrimonio por ejemplo, el esposo o la esposa se sienten como caídos en una

trampa cuando ha habido una primera ruptura: "Después de todo, no es la plenitud de lo que deseo". Tal persona debe desarrollar otros intereses y otras relaciones humanas, juntamente con una relación profunda con Dios. Ninguna persona humana puede ser la total plenitud para cualquier otra.

Si busco satisfacer todas mis necesidades con mi amigo y espero de él que sea absolutamente todo para mí, más pronto o más tarde se apartará de mí. Pues le exijo demasiado, quizá no en el modo más obvio, sino de modo sutil haciendo de él más y más la persona que espero que cada día colme mis necesidades. Al hacer depender excesivamente de él mi felicidad, comienzo a aislarme de otros influjos y escapes, y coloco todo el peso de mi felicidad sobre sus espaldas. Le estoy pidiendo un imposible. Estoy colocando sobre sus hombros más de lo que puede soportar. Lo estoy endiosando, esperando de él lo que ningún amigo humano puede dar, o aquello que no tengo derecho de esperar de él.

Porque le pido demasiado, se verá obligado a resentirse por mis pedidos. Si a su amor por mí se le pide demasiado, aunque me ame, comenzará a retirarse de mí al resentirse por mis peticiones excesivas. Si nada quiero hacer sin él, ni ir a ninguna parte voy sin él, como por ejemplo, la esposa que no tiene interés alguno sino en su esposo; su desordenada dependencia llega a hacerse para él una carga intolerable.

Porque me ocupo tanto de él, no tengo interés en otros proyectos o en otra gente, y me alejo de potenciales amigos. De ese modo me empobrezco a mí mismo y a él, pues por mi falta de compromiso con otra gente disminuyo como persona, y tengo menos para aportar a su felicidad y a la mía.

Cuando detecto su resentimiento por el peso que coloco sobre él y que lo hace comenzar a retirarse, sufro profundamente y pienso que ya no me ama más. Y sufro porque mis necesidades, o más bien mis requerimientos no han sido satisfechos.

Mi amigo sufre por no querer herirme. Quizá continuará tratando de serlo todo para mí, pensando que un amor fiel debe soportar

semejante peso. Pero mientras trato de ser fiel a esos deseos míos, él continuará resintiéndose.

Está tomando un camino equivocado si trata de continuar siendolo todo para mí. El verdadero amor no debe soportar este peso porque está hiriendo a la persona amada al tratar de hacerlo. Mantener a la persona que amo en excesiva dependencia no es vivificante, sino mortal. El verdadero amor hace que el otro crezca.

Uno de los signos de crecimiento es la expansión del campo de interés y compromiso. Si alguien limita su atención a un solo amigo, su personalidad se contraerá. Podemos ver esto en el caso patético de la esposa cuyo marido le permite depender de él como una criatura. Queda retardada, no posee personalidad alguna. Al tratar de seguir siendolo todo para ella, la deja morir; puesto que él no es Dios, no puede serlo todo para ella.

Esto se ve con claridad por analogía con la criatura a la que se permite sujetarse demasiado al delantal de la madre. Para algunos estados de la vida es bueno y saludable ser dependiente. A los dos o tres años de edad, ser dependiente es vital. Pero a los ocho o nueve o diez, si está siempre en casa con su madre, sin compañeros de juego, sin intereses constructivos, no se desarrollará como persona. La madre debe hacerlo salir de su exclusivo influjo, aún cuando esto le duela. Esto no le será dañino, sino vital.

Así también un amigo que siente el peso de la excesiva dependencia de su amigo respecto de él, debe tener el coraje de conversarlo abiertamente con el amigo. La tentación será retirarse completamente de esa amistad. La fidelidad le exige continuar. Por amor, debe estar dispuesto a herir temporalmente al amigo rompiendo con la excesiva dependencia e invitándolo a nuevos enriquecimientos gracias a otros intereses y relaciones.

Hemos visto que por su propia naturaleza la verdadera amistad ayuda a los amigos a crecer permitiéndoles abrirse a otros. Cuando alguien ha adquirido seguridad y autoestima al ser amado, es capaz de amar también a muchos otros. Cuando se ha llegado a ese punto, un amigo debe vincularse con otros; de otro modo, detendrá su

crecimiento. Deja de crecer porque erróneamente ha sujetado todo su interés en un solo amigo.

Mas así compromete la existencia misma de la amistad. En obsequio de la amistad misma, cada uno de los amigos debe ampliar sus intereses y enriquecer su vida y personalidad. En caso contrario, el otro tenderá a perder interés en él.

Pues los amigos se sienten atraídos en primer lugar por el misterio y la plenitud que hallan el uno en el otro. Tenemos sed de un ser pleno, percibimos que somos muy limitados e incompletos en nosotros mismos. Nos sentimos atraídos a otro que parece tiene algo que ofrecemos. Nos atrae el misterio de la otra persona, por la plenitud del otro que de alguna manera nos llena de lo que necesitamos.

Si tal atractivo y relación han de continuar y profundizarse, debemos ser capaces de encontrar siempre algo nuevo en la otra persona, algo que mejorará nuestro propio ser. Pero si la otra persona deja de crecer, entonces su amigo perderá su interés por él. No habrá nada nuevo que descubrir en él, nada emocionante, nada excepcional. Habrá una espera de que su amigo dé todo, mientras él mismo no tiene nada nuevo que ofrecer.

La condición misma para mantener la amistad es el crecimiento continuo y progresivo de cada uno de los amigos. Por respeto a la continuidad de la amistad, entonces, un amigo debe agujonear a su amigo para que se vincule con otras personas y proyectos. Sólo por el crecimiento continuo resultante, el amigo conservará la razón inicial de la amistad, la riqueza y el misterio que hicieron a la persona atractiva para él, interesante y enriquecedora.

Los amigos se sienten atraídos en primer lugar con temor por el misterio del maravilloso ser del otro; el mayor gozo en la amistad consiste en el continuo asombro y admiración por la creciente riqueza y hermosura de la persona amada. Mas yo mismo no puedo adecuadamente producir este desarrollo en mi amigo. De ahí que mi amor y aprecio por él, le animarán para desarrollar una variedad de otras relaciones, pues el completo desarrollo de uno mismo no puede ser alcanzado sino dentro de una red de relaciones con la totalidad de la comunidad humana, y sobre todo dentro de una profunda relación con el Señor.

Nunca deberé yo minimizar el dolor que mi amigo padece cuando me rehusó dejarle concentrar excesivamente en mí. Liberarse de un asimiento demasiado estrecho conmigo no será fácil para él, y debo tenerle paciencia -¡mas no siempre!-. Cuanto con mayor rapidez se relacione con otros intereses, tanto más llevadero le resultará el dolor de quebrar su excesiva dependencia de mí. Se quejará de que mi mismo intento de librarlo de una excesiva preocupación ha destrozado para él el valor de cualquier otra cosa; porque quería compartir conmigo todas las otras cosas. Sin embargo, deberá recuperar el valor real de todos los compromisos precisamente al experimentar su valor intrínseco por su real vinculación con ellos.

Todo sufrimiento en la amistad se relaciona con un llamado al señorío del Señor Dios. Cualquier cosa a la que nos asimos demasiado apretadamente, sea a un amigo, o a bienes, o a nuestros éxitos, es un obstáculo para que el Señor tome plena posesión. Sólo la fe en el Señor hace posible desprendernos de otras cosas en que encontramos seguridad y satisfacción falaces. Hago un favor a mi amigo al rehusarme a señorear sobre él, pues sólo el Señor Dios puede colmar acabadamente en definitiva el deseo de amistad de mi amigo. Entonces, en el Señor, hallaré de nuevo a mi amigo, y mi amigo me hallará renovado, en un modo más maravilloso.

Capítulo 5

Amoroso aprecio en amistades adultas

En una familia afectuosa, un niño llega a sensibilizarse para amar y aprende a responder con amor. La experiencia del aprecio afectuoso en el hogar le comunica cierta medida de autoestimación, lo libra de una excesiva preocupación por sí mismo, y esto le facilita el amor a Dios y al prójimo. El amor familiar le abre directamente al amor de Dios mismo que encuentra en la imagen de la familia, y le capacita para abrirse más y más al amor de sus prójimos.

Pero no basta que una persona sea amada y apreciada sólo en su niñez. Para un completo crecimiento en el amor de Dios y del prójimo una persona necesita ser amada y apreciada no simplemente como una criatura por sus padres y mayores, sino como adulto por otros adultos. Necesita ser amado y apreciado como adulto de manera que pueda florecer y dar fruto en la madurez del amor adulto, el amor que es una total donación en contraste con el amor del niño por sus padres, que es casi un total recibir. Para una completa madurez, es

menester ser amado no sólo en una relación de padres-niños, sino en una íntima relación de amigo a amigo.

Para una completa madurez en la vida del Espíritu, se necesita ser amado en amistades con personas que viven enteramente en el Espíritu. Las amistades adultas son necesarias para que madure nuestra íntima amistad con Dios. La relación de un niño respecto de Dios, y la relación de cualquier persona inmadura con Dios tiene muchas de las características de la dependencia de un niño respecto de sus padres. Todo lo que corresponde a su condición es bueno, pero no es suficiente para una relación de adulto con Dios. Antes de que podamos relacionarnos con Dios al nivel de estrecha amistad y no simplemente como hijo inmaduro de Dios, debemos aprender a relacionarnos con nuestros semejantes, al nivel de amistad con nuestros pares.

A veces hasta sacerdotes y religiosos han sido infantiles, como muchachitos o chicas en su relación con Dios, porque se comportan como muchachos y chicas en sus relaciones con los adultos. No han tenido experiencia de estrechas amistades con otros adultos, con sus pares. Y con demasiada frecuencia los superiores los han tratado como niños.

Por eso, no obstante cuán grande haya sido el afectuoso aprecio y estima que hayan recibido de sus padres y maestros en su niñez, en casa y en la escuela, necesitan de amistades adultas si han de madurar en su amistad con Dios. Sus amigos adultos han de ser de modo diferente la imagen de Dios que fueron sus padres.

La intimidad de la amistad adulta en el Espíritu puede enseñarnos a aspirar a la mayor intimidad posible con el Señor mismo. La ternura de un amigo por el otro es imagen de la propia ternura de Dios, cuando los amigos se aman sinceramente en el Espíritu.

Humildad y simplicidad: fruto del afectuoso aprecio

El aprecio afectuoso que recibimos de un amigo puede ayudarnos actualmente para alcanzar las cualidades evangélicas de simplicidad de niños y de apertura hacia Dios, que no son el infantilismo de

que hemos hablado más arriba, sino una alta forma de madurez cristiana.

Decir que debo sobrepasar mi relación de niño respecto de Dios, no es decir que debo sobrepasar la actitud de "niño" en sentido evangélico, que representa en verdad una relación adulta con el Señor. Debo pasar de "infantil" a "como niño", de la inmadurez a la madurez de una completa simplicidad de corazón, la simplicidad que no necesita más de la duplicidad de pretender ser dignos de amor. La duplicidad, es la actitud de alguien que verdaderamente es amado. La duplicidad, pretensión, engaño, son características de los no amados que buscan desesperadamente ganar la atención bajo una fachada de falso valor.

Si nuestros amigos nos aman verdaderamente en el Señor, es comparativamente fácil para nosotros permanecer humildes e insofisticados, semejantes a niños en el sentido evangélico. Pues podemos olvidarnos de nosotros mismos, sin más necesidad de asegurarnos con falsas pretensiones en orden a llamar la atención, sólo cuando somos amados y apreciados sinceramente por nuestro verdadero valor, y este valor se incrementa y hace real bajo el sol de esta apreciación. Este valor para ser amado consiste sobre todo en nuestra generosa respuesta al amor.

¡La atención ganada por orgullo o pretensión es un pobre sustituto de la afectuosa apreciación! Si los amigos nos aman de verdad, es comparativamente fácil para nosotros permanecer humildes e insofisticados, como niños en el sentido evangélico, libres de la inseguridad de dudar de nuestro mérito para ser amados, rendidos a Dios con absoluta fe en su íntimo amor por nosotros, ese solo amor que puede hacernos enteramente amables.

Una vez más podemos ver la importancia que tiene el apostolado de la amistad. Cuando hemos experimentado una amistad en el Espíritu en que el amor del amigo por nosotros es nada más que total donación y gozoso aliciente y aprecio de nuestro valor, entonces llegamos a tener un mayor aprecio del generoso amor del mismo Señor, reflejado para nosotros en el amor del amigo. Esto no puede sino resultar en nuestra liberación total para dar indistintamente, gozosamente, de todo corazón amor a todos los demás.

La amistad con el Señor nos abre para el amor a todos. Nos abre a la experiencia de Dios. Nos mantiene humildes y sin pretensiones, nos salva de la necesidad de edificar muros defensivos, que subconscientemente estarían destinados a protegernos de ser heridos por nuestros semejantes, pero que al mismo tiempo son muros entre nosotros y Dios. Pues el no amado no puede creer que alguien, ni siquiera Dios, pueda amarlo.

Amistades íntimas entre los santos

En especial si queremos elevarnos a las alturas de la comunión con Dios en la plena madurez de la vida en el Espíritu, necesitamos tener amigos íntimos en el Espíritu, gente que ellos mismos se están aproximando a estas mismas alturas o que ya las hayan alcanzado. Sólo que con demasiada frecuencia personas que están muy avanzadas en la vida del Espíritu no encuentran alimento adecuado en la comunidad que sirven. La palabra de Dios tal como es predicada en la asamblea o participada en el culto, con demasiada frecuencia se dirige solamente a los principiantes, porque los que hablan son ellos mismos principiantes.

Cuanto más haya avanzado la persona, necesita por ende estrechas amistades espirituales en las que los amigos puedan encontrar el alimento de la palabra en su propio nivel más profundo, compartida entre sí por conversación espiritual a este nivel.

Tales amigos, a su vez, deben participar en el culto de la comunidad para compartir con otros lo que han encontrado, elevando gradualmente a los otros al nivel más elevado. Con el tiempo, la comunidad entera será enriquecida, y tendrán más que compartir entre sí. Muchos santos han tenido estrechas amistades con otros santos, como vimos en el tercer capítulo. Nos atrevemos a decir que ningún santo alcanzó jamás las cumbres sin la asistencia de amigos en el Espíritu.

Dejar que el amigo sea él mismo

La amistad no es una total identificación de dos personas que son exactamente iguales. Más bien, es una enriquecedora relación de personas que conservan su individualidad y que poseen sus propios carismas específicos. Tan cercanos y tan uno como quieran ser uno y otro, no pueden vivir cada uno la vida del otro.

Esto es verdad sobre todo respecto de la amistad entre personas célibes, cuya consagración primaria es al Señor directamente y a su misión de amor universal. A nuestros amigos que son célibes se les debe permitir una total libertad para amar a todos aquéllos que les han sido dados por Dios para amar, y para ocuparse en la labor del Señor. Se les debe permitir asimismo una total libertad para responder directamente al Señor en el modo distintivo en que les llama. Porque cada uno está dotado de sus propios carismas específicos, los amigos se complementan unos a otros. Esto es porque el misterio de Cristo es inagotable. Las riquezas de Cristo son inagotables (Col. 2,3). Por consiguiente ningún cristiano singular puede reflejar por completo a Cristo para sus semejantes. Cada uno refleja un aspecto diferente de las infinitas riquezas del Señor. Y es por eso que ninguno puede reflejar a Cristo en modo alguno adecuado excepto por la comunión con los demás.

Así, pues, permitiré a mi amigo que sea plenamente él mismo. Entonces podrá aportarme más en nuestra comunión, compensando mis propias deficiencias. Por el aspecto de Cristo que hubiese quedado probablemente sin desarrollar en mí sin el fervoroso influjo de mi amigo.

Desde que el modo femenino de recibir y reflejar a Cristo difiere en muchas maneras del modo masculino, la amistad entre varón y mujer será probablemente más enriquecedora que entre dos personas del mismo sexo. Sólo una mujer puede abrir al hombre a ciertos aspectos del misterio divino, así como sólo un hombre puede descubrirle otros aspectos. Sin duda esto explica por qué muchos de los grandes santos han tenido estrecha amistad con personas del sexo opuesto. Dios hizo a imagen de Dios al varón y a la mujer, y es por eso que prácticamente

siempre una orden religiosa tiene una rama femenina a más de la masculina. Cuando su vida religiosa fue verdaderamente ferviente fue porque ambos mutuamente se influyeron para bien.

Conversación espiritual y oración compartida

Los amigos reflejan mutuamente a Dios no sencillamente dejando que Dios brille a través de sus personas respectivas, sino sobre todo por una reflexión en otro sentido: ponderando juntos, en conversación espiritual, las maravillas que Dios está obrando en sus corazones, revelando mutuamente los secretos de sus corazones unos a otros en amorosa confianza (1).

Las más profundas realidades interiores que experimentamos cuando Dios obra en el secreto de nuestros corazones, podrán ser apreciadas enteramente sólo cuando reflexionemos sobre ellos. Y la reflexión es óptima cuando se intercambia con otra persona, que testimonia quizás sobre la misma experiencia interior, pero que ha experimentado diferentes aspectos de ella. Tendemos a ser unilaterales y mentalmente estrechos en la evaluación de nuestras experiencias espirituales y a enfatizar un aspecto en detrimento de otro.

Pero cuando reverencio enteramente a mi amigo y lo dejo ser verdaderamente él mismo, pronto descubro que ha asido el misterio de Cristo desde un punto de vista diferente del mío.. Cuando él me presente este aspecto del Señor, soy conducido a integrar estas nuevas riquezas en mi propia vida.

Además, el amor desea experimentar al Señor como experimenta al amigo, si tal es la voluntad del Señor. Pues la belleza del Señor resplandece en la experiencia del amigo. Al amigo, que corre hacia el Señor, su amigo le dice: ¡"Arrástrame contigo! ¡Corramos

(1) Santa Teresa recomienda firmemente el participar en conversaciones espirituales, especialmente a aquellos que son principiantes en una seria vida de oración (El Autor cita según la traducción de Peers: *Life. Complete Works of St. Teresa of Jesus*, ed. Sheed and Ward, 1944, pág. 46 ss.).

juntos!" (Cantar de los cantares, 1,4). Todos recordamos cómo la virgen santa Lucía llevó a su esposo a Dios contándole acerca del ángel del Señor con que el Señor la rodeaba para guardarla para sí. El esposo deseó ver al ángel, ¡y vio al Señor!

No obstante, dijimos, la amistad no es nunca cabal identidad de dos personas. Es más bien una preciosa relación entre dos individuos que son diferentes, y que se enriquecen mutuamente al compartir esas diferencias. Debo desarrollar mi individualidad si quiero tener algo que compartir con mi amigo. De ahí que mi amigo no deba ser posesivo, sino que debe permitirme que yo sea yo mismo, de otro modo no tendré nada que pueda enriquecerlo al compartirlo con él.

Para que pueda ser yo mismo, mi amigo debe permitirme cierta privacidad y soledad para que pueda crecer. El sol retira su calor y su luz regularmente para no matar la planta con algo demasiado bueno. La lluvia debe detenerse si no quiere ahogar a la planta a la que da vida. El verdadero amigo permite a su compañero permanecer a solas por algún tiempo, de modo que por una tranquila reflexión puedan germinar mayores experiencias. Es por eso que las pequeñas comunidades deben garantizar a cada miembro un santuario interior donde él o ella puedan gozar de soledad y quietud. En comunidades mayores es relativamente fácil encontrar esta soledad.

Privacidad y soledad son absolutamente necesarias hasta para las amistades más íntimas, como la de un esposo con su esposa. Una de las bendiciones del celibato consagrado es la exención de la presencia excesiva de los seres queridos, que pueden privarnos de la soledad necesaria para ser plenamente humanos y vivos en el Espíritu. Las más profundas experiencias de nuestra vida, especialmente en la oración, no pueden ser comunicadas. No pueden ni siquiera desarrollarse o existir excepto en el silencio. Sólo después de haber germinado y crecido en privado podrán nuestras más ricas cualidades humanas y divinas ser compartidas de algún modo para enriquecer a otros.

Es por eso que lo que está plantado en nuestros corazones con íntima participación y comunicación deberá después desarrollarse en una tranquila separación de los demás. La gracia de Dios que llega a nosotros como una semilla en la liturgia de la palabra y en el sacra-

mento eucarístico, o en una reunión de oración compartida, o en una conversación espiritual, produce sus frutos más enriquecedores sólo en la quieta reflexión y en la silenciosa oración interior. Luego, cuando ha madurado en privado, puede ser compartida con otros de modo más pleno cuando nos conduce de regreso a la oración o conversación en común con otros. La oración compartida en comunidad es la más enriquecedora cuando brota de una serena adoración interior que llena el tiempo que transcurre entre los encuentros de oración y las asambleas litúrgicas.

Capítulo 6

La reconciliación entre amigos

En la cercanía que produce la amistad, como hemos visto, crece el conocimiento de nuestro egoísmo y de nuestras fallas.

“Si decimos que no tenemos pecado -dice san Juan- nos engañamos a nosotros mismos” (I Juan 1,18). Si de nada nos remuerde la conciencia y decimos que no tenemos pecado, puede ser porque no hayamos realmente vivido; no hemos amado lo bastante para comprometernos estrechamente con otros. Eso mismo podría ser nuestro pecado. Hemos vivido demasiado como ermitaños, separados de nuestros contemporáneos, retirándonos de ellos por temor de ser heridos. Sin el roce de las relaciones humanas diarias, nunca echaremos llama como el fuego; y sin embargo nos sentimos sin falta y perfectos...

Mas esto puede significar solamente que no estamos realmente viviendo porque no estamos realmente amando. Y por eso no estamos creciendo en el Señor. ¡Si no crecemos siempre, ya estamos como muertos!

En el sufrimiento de las relaciones humanas descubrimos que somos pecadores, que necesitamos siempre del amor redentor del Señor. Sólo descubriendo que somos pecadores comenzamos realmente a crecer en el Santo Espíritu de Amor. A través de la experiencia de

nuestras deficiencias descubrimos que nosotros somos los que echamos a perder cualquier amor de que somos naturalmente capaces. En los conflictos con nuestros amigos aprendemos por fin que sólo Jesús y su Santo Espíritu pueden hacer que los hombres sean por siempre fieles unos a otros.

Pues sin Jesús y su Espíritu, los amigos se hieren unos a otros con demasiada frecuencia. Hasta que no lleguemos a amar enteramente en el Espíritu Santo, la “carne” ciertamente se manifestará. Habrá malentendidos, y heriremos a los que más amamos.

El mayor sufrimiento es saber que hemos herido a una persona amada, por nuestro atrevido egoísmo, o nuestra pecaminosa estupidez. No queremos hacerlo. Pero no conocemos plenamente nuestra capacidad para el pecado y egoísmo hasta que hemos herido a alguien. Y parece que hemos de herir precisamente al que más amamos, antes de darnos cuenta de lo pecadores que somos. Cuando herimos a los que no están cercanos a nosotros, demasiadas veces ni nos damos cuenta de lo que hemos hecho. Pero cuando amamos a alguien con grande amor, el ojo avisador del amor pronto discierne el dolor de la persona que hemos herido, y por fin conocemos lo pecadores que somos (y también cuán grande es el amor por aquél que hemos herido), y cuán grande es la necesidad que tenemos del Redentor, el único que puede remediar el dolor que hemos infligido al otro, y nuestro dolor por haber causado ese dolor.

El remedio que será por la gracia del Espíritu Santo puede producirse sólo por un cierto morir por parte de los amigos, un morir uno por otro en la muerte de Cristo. Pues la muerte a mí mismo que necesariamente ha de estar contenida en el darse a sí mismo en la verdadera amistad y reconciliación, sólo es posible por el don del Espíritu Santo, que nos es dado por el Redentor.

Si mi imperfección de amor por mi amigo es señal de que no vivo todavía enteramente en el Espíritu, la pronta reconciliación con mi amigo, que comprende una muerte del egoísmo, es el signo de que ambos estamos madurando en el Cristo Redentor y en su Espíritu Santo vivificador.

La muerte a sí mismo debe ser mutua, porque tanto el pedir como el otorgar perdón incluyen una muerte a sí mismo. Sólo de este modo existe una resurrección del amor y una presencia renovada y profundizada del uno por el otro.

Cualquier don de sí mismo que incluye la muerte de sí mismo por amor a otro, atrae el Espíritu Santo al que de ese modo muere a sí mismo. El amor en el Espíritu Santo es siempre amor en el Redentor. Es amor redentor, es amor liberador.

Al pedir perdón, el que ha ofendido debe sufrir una doble muerte a sí mismo; una muerte a su egóico orgullo, y una muerte al específico tipo de egoísmo que causó la injuria.

El que perdona entra también en la muerte del Señor, al darse en el Señor por el pecador, por quien me ha ofendido. Este amor, que recibe al amigo por quien Cristo ha muerto, es un nuevo modo de pasar en Cristo de la muerte a la vida.

Esto se verifica solamente cuando la reconciliación incluye la admisión de un pecado contra el Señor, además del cometido contra el ofendido. El mismo llegar a ser reconciliado con la persona amada es un llegar también a Dios nuestro Padre. El hijo pródigo dice a su padre: "Padre, he pecado contra Dios y contra ti" (Lucas 15,21). El retorno del esposo a la esposa que ha ofendido, o de una esposa a su ofendido esposo, o el retorno de un amigo a un amigo que ha ofendido, es siempre también un retorno a Dios. "Querido, he pecado contra Dios y contra ti".

Si no es un retorno tanto a Dios como al amigo, entonces no es una reconciliación auténtica y duradera, no es una reconciliación en el amor redentor del Señor y de su Espíritu. Si es verdaderamente una reconciliación en el Señor y en su Espíritu, entonces el amor de los amigos, al ser mutuo, ha obrado en ellos una resurrección llevándolos a un amor más profundo que el de antes.

Todo esto muestra cómo el Señor debería ser siempre el foco principal de nuestro mutuo amor. Sólo en su amor redentor por nosotros que nos es dado en el Espíritu Santo podremos ser fieles por siempre unos a otros. fuera de su amor redentor, seremos fácilmente presa de nuestro propio egoísmo, del "viejo yo" de naturaleza pecami-

nosa, que con tanta facilidad nos enfrenta aun con los que amamos profundamente.

De aquí que san Pablo insista en que todas las relaciones humanas deben ser “en el Señor”. “Ustedes, niños, obedezcan a sus padres en todo de modo aceptable *en el Señor*” (Col. 3,20). “Las que sean esposas, estén sumisas a sus esposos. Esto es vuestro deber *en el Señor*” (Col. 3,18). “Esposos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Efes. 5,25). Pero esto sólo es posible en el Señor, en el propio amor redentor del Señor.

El amor en el Señor es siempre un amor que redime. Redime a la vez al que ama como al que es amado. En su mismo amor en el Señor, alguien muere a sí y queda redimido de su pecaminoso egoísmo. Libera también al que ama, por solicitar desinteresado amor en retorno. De un modo especial nuestro amor es redentor cuando perdona, porque lleva el perdón del mismo Señor en el nuestro, y nuestra muerte a nosotros mismos al perdonar es una muerte redentora con Cristo.

Los amigos en el Señor aprenden a hablarse de este modo: “El Señor es nuestro vínculo de amor, y El es fiel. Si no puedes fiarte de la fidelidad de mi amor, porque soy un débil pecador, cónfía en la fidelidad del amor del Señor que me guarda ¡y a ti! Nuestro Señor nos es tan fiel que nos hace ser fieles a El y mutuamente entre nosotros. Nuestra mutua fidelidad es la fidelidad del Señor para con nosotros”.

Esto es verdad de dos maneras. En primer lugar, su amor fiel por nosotros nos otorga la gracia de ser fieles unos a otros a pesar de nosotros mismos. En segundo lugar, su fiel amor por nosotros nos es dado *en* nuestro fiel amor mutuo. Cada uno de nosotros es en verdad para el otro una imagen del amor de Dios: una presencia y manifestación del amor de Dios.

Si nuestra mutua fidelidad es la fidelidad del Señor para con nosotros, es también nuestra fidelidad al Señor. Al pecar contra nuestro amigo, pecamos contra el Señor. Al amarnos unos a otros verdaderamente, amamos al mismo Señor.

Sólo cuando comenzamos a ser infieles al Señor podemos comenzar a dudar del cuidado fiel de uno por el otro. En el momento en

que salimos del Señor por nuestro egoísmo, comenzamos a dudar del amor del otro por nosotros, porque en nuestro egoísmo, esperamos de él aquello que él no tiene derecho alguno a dar, o lo que no tenemos derecho de esperar.

Si nuestro amigo nos ofende, con total confianza en el Señor, con pronta disposición para perdonar, aguardaremos pacientemente el retorno del pródigo.

“Sólo cuando dejo de hablarte acerca del Señor deberías dudar de mi amor por ti, ¡porque tú eres su más maravilloso don para mí!”

PARTE SEGUNDA

Capítulo 7

De la amistad a la intimidad con Dios

El propósito de la amistad, dijimos, es la ayuda mutua para crecer hasta la plenitud. Dios nos ha hecho de tal modo que podemos crecer interiormente sólo bajo el influjo de otros, sólo si somos ayudados gracias al amor de alguien por nosotros, como una planta que crece sólo bajo el influjo del sol.

De un modo especial, la amistad cristiana intenta hacer-nos crecer en nuestra relación con el Señor, como amados íntimamente por El. Se propone darnos alguna pequeña experiencia de lo que es sentirse "como en casa" en la comunión con la Santísima Trinidad. Tan sólo en la intimidad con el Señor seremos del modo más profundo "lo que somos". Sólo por comunión con El llegamos a ser verdaderamente nosotros mismos.

El modo usual con que Dios nos hace crecer en nuestra amistad con El es a través del amor de la amistad cristiana. Todo crecimiento espiritual es una respuesta amorosa al amor de Dios, de modo que la esencia del crecimiento en el Señor es el conocimiento y la fe en cuán íntimamente somos amados por Dios, y en la respuesta a

ese amor. Pero de ordinario no podemos creer que Dios nos ame íntimamente si no hemos experimentado la intimidad de modo humano (1).

En nuestro más profundo ser nosotros mismos estamos hechos para participar en la Trinidad. Mas eso mismo es el otro motivo de que estemos hechos también para la amistad humana. La intimidad con Dios puede ser alcanzada del mejor modo en la intimidad con nuestros semejantes, y la amistad humana en el Señor está ordenada a conducirnos a la intimidad con Dios. Las Escrituras nos enseñan enfáticamente que no hay amor de Dios sin amor del prójimo. Jesús enseña manifiestamente que podemos ser sus amigos sólo siendo amigos entre nosotros: "Ustedes serán mis amigos si hacen lo que les mando. Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros como yo los he amado" (Juan 15,15.14.12).

Aunque la amistad humana está destinada a conducirnos a la intimidad con Dios, esta amistad no es un mero medio para lograr dicha intimidad. No es un mero andamiaje que se quita toda vez que estamos unidos íntimamente con Dios. Es una participación de la misma amistad que une a las tres divinas Personas, y por tanto ha de permanecer para siempre.

Intimidad con Dios

La amistad, dijimos, me libra de estar preocupado conmigo mismo, y acerca de si soy merecedor de amor. En esta liberación de autoconcentración, quedo abierto al toque de Dios.

Hay personas que, aún en la oración, están tan preocupadas consigo mismas que no pueden quizá quedar libres para experimentar los más íntimos toques interiores de la presencia de Dios. Resulta inútil hablar con ellos de oración interior. No serán capaces de orar

(1) La palabra "intimidad" para algunas personas puede tener connotaciones sexuales, y por tanto señalamos que siempre que en este libro usamos la palabra "intimidad", lo hacemos en el sentido anteriormente descrito. Intimidad, dijimos, significa ser enteramente familiar con alguien. Es en familia donde soy enteramente conocido y amado y aceptado tal como soy. Sólo en un amor confiado tengo intimidad.

realmente hasta que hayan sido liberados de la preocupación por sí mismos. Como hemos visto, una fervorosa amistad es quizás el mejor camino para llegar a esta libertad.

Algunas personas están tan preocupadas consigo mismas en su oración que se enojan cuando Dios no les concede lo que le piden. El es un Dios al que dirigen peticiones, porque realmente no confían en su amor por ellos. Obviamente no han tenido ninguna experiencia profunda de su amor. Quizá sea esa la causa por la que se encuentran tan esclavizados por sus dudas acerca de ser amados que no pueden rendirse a su amor, no pueden abrirse al toque íntimo de su presencia amorosa. La experiencia liberadora del amor humano en el Señor, les ayudaría a abrirse sometándose al amor de Dios.

El misterio más profundo de la revelación es que Dios nos ama a cada uno íntimamente., ¡y con tan íntimo amor! Pero la palabra “íntimo” describe una experiencia de Dios, una realidad que es misteriosa y profunda. Si nunca he tenido una experiencia de lo que es la intimidad, si nunca he sido conocido y amado en un modo humano ¿cómo puedo saber lo que significa que Dios quiere amarme con un amor íntimo?

La experiencia de ser conocido y amado en un modo especial por un amor humano me libera de mi incredulidad, me abre a creer que Dios podría amarme de un modo especial. Si ningún ser humano -y todo ser humano es infinitamente menos que Dios- me ha prestado atención o me ha apreciado, ¿puedo creer que Dios, el Hacedor infinito del universo, me va a prestar una íntima atención? Si nunca he conocido el amor y la intimidad humanas ¿cómo puede interesarme si me dicen que las tres divinas Personas quieren amarme y habitar en mí? La doctrina de la íntima inhabitación de las tres divinas Personas en mi corazón carece para mí de sentido si nunca he experimentado intimidad de ninguna clase.

Hay gente que proclama, es claro, que aunque no hayan tenido ninguna amistad íntima humana, han experimentado íntimamente a Dios. Admitimos que Dios puede hacerse experimentar a quien le place, y en cualquier modo que le parezca conveniente. Mas aquí estamos hablando de su modo de obrar más habitual. Aun en estos casos

inusuales, la amistad hubiese sido de gran utilidad para llevar a una mayor plenitud lo que Dios ha comenzado en el secreto de esos corazones.

La amistad cristiana, haciéndome sentir familiarmente íntimo con el Señor, me impele en realidad hacia esa intimidad. Pues me revela que en definitiva sólo Dios puede colmar mi más honda necesidad de intimidad. Sólo en la Trinidad estamos completamente "en casa". Cuanto más experimento la intimidad humana, tanto más me doy cuenta de sus límites. Más y más me doy cuenta de su inhabilidad para satisfacer totalmente la capacidad infinita de mi corazón. Por eso, experimentando las limitaciones de la intimidad humana, ansío más y más la intimidad con Dios, aunque no me de cuenta de esa ansiedad.

La intimidad humana es siempre limitada, pues no puedo ser totalmente conocido por otro ser humano, ni puedo estar unido en perfecta comunión con él. Aun los esposos experimentan esto, y es por lo que san Pablo sugiere que quizá deseen abstenerse de intimidad sexual a intervalos para entregarse a la oración (I Cor. 7,5). La misma intimidad que han experimentado entre sí, les hace ansiar la intimidad con Dios. Los mismos cuerpos, mediante los cuales expresan su comunión en espíritu, parecen a veces obstaculizar la total comunión mutua que desean.

La misma necesidad de un cuerpo para expresar su más profunda comunión mutua muestra que esta comunión misma es limitada por su inhabilidad para fusionarse espiritualmente entre sí. Entonces, aunque sus cuerpos son necesarios para expresar la comunión de sus personas, no obstante estos cuerpos de algún modo obstaculizan la total fusión del uno en el otro. Sólo Dios puede sumergirse completamente en otras personas con su presencia amorosa.

Hay áreas de mi propio ser que no pueden ser comunicadas en modo alguno a un ser humano, áreas que pueden ser dadas sólo a Dios, y dadas a El sólo cuando toma posesión de ellas al darse enteramente a mí, viniendo a mí, penetrando mi más honda sustancia con su propia sustancia, llenándome de sí, poseyéndome totalmente, regocijándose amorosamente en mí, deleitándose en mi amor dado por El como respuesta a su amor por mí. En mi amor por El yo puedo sólo rendirme

a su amor transformante, llegando a ser enteramente suyo en un raptó de comuni3n de amistad divina.

Mi deseo profundo de ser conocido con la mayor intimidad posible, de quedar enteramente abierto al aprecio afectuoso, puede ser colmado solamente por el conocimiento amoroso que Dios tiene de m3. S3lo El penetra las profundidades de mi ser, no simplemente escudriñando con afectuosa aprobaci3n lo que ve, sino por su misma presencia en m3, haciéndome merecedor de su amor. Es su presencia amorosa en m3 y su autocomunicaci3n conmigo, que me hacen en verdad amable, amable como su propio hijo en quien se deleita como en el Hijo amado, como en el servidor a quien llama amigo, digno de amor como esposa suya que une a s3 en uni3n transformante. El Padre se deleita en m3 como en su hijo o hija; su Hijo mi Señor se deleita en m3 como en su servidor y amigo; el Esp3ritu Santo se deleita en m3 como en alma esposa.

La amistad humana en el Señor siempre llevar3 consigo una maravillosa experiencia, pero juntamente la experiencia de sus propias limitaciones, la experiencia de la separaci3n, de cierto grado de frustraci3n, el sufrimiento de no ser capaz de ser *uno* con el amigo como quisiera serlo. As3, cuanto m3s profunda sea mi amistad humana, tanto m3s experimentar3 el anhelo por la Trinidad. Pues en la plenitud de la amistad cristiana llegar3 a gustar, en cuanto fuere posible, esa plenitud; mas al mismo tiempo tendr3 una experiencia de lo que no es posible en la amistad humana. Entonces, sea que lo sepa o ignore, tendr3 ansias de la Sant3sima Trinidad.

La misma experiencia de la limitaci3n que padece la amistad humana, es un impulso hacia la Sant3sima Trinidad, 3nica fuente dadora de la plenitud para la que fui creado. El sufrimiento de la separaci3n de un amigo humano es signo y s3mbolo del dolor de la separaci3n y del ansia por la Sant3sima Trinidad. Es solamente en el Señor que puedo hallarme completamente satisfecho, pues s3lo El puede conocerme y apreciarme hasta la mayor profundidad de mi ser.

Es s3lo en la oraci3n, en las formas m3s profundas de la oraci3n interior que puedo experimentar por completo esa familiaridad con las tres divinas Personas. Eso no puede en verdad ser experimen-

tado enteramente al mismo tiempo que estoy prestando atención a otra cosa. La forma más profunda de intimidad ha de ser entre el Señor y yo. Aún durante la oración litúrgica hay algo entre mí y el Señor tan profundo en mi interior que no puede ser compartido con nadie, a causa de su intimidad.

La amistad cristiana, entonces, nos hace saborear algo de lo que significa sentirme familiar, totalmente conocido, completamente aceptado y amado y libre. Mas en última instancia, sólo con el Señor podemos experimentar realmente lo que es hallarse finalmente "en familia". Sólo en el Señor se satisface por entero la necesidad de intimidad que me ha dado Dios. El es el único que me ama íntimamente de verdad, de un modo que no es posible para una mera criatura, pues sólo El puede penetrar mi más profunda sustancia, uniendo la misma sustancia de su propio ser con la mía, haciendo posible entonces para mí conocerle hasta como soy conocido por El. "Ahora vemos como por un espejo y oscuramente, pero entonces le veremos cara a cara. Al presente conozco sólo parcialmente, pero entonces le conoceré como soy conocido" (I Cor. 13,12-13; ver también Gál. 4,9).

Capítulo 8

La amistad: símbolo del íntimo amor de Dios

¿Es verdad que no podemos experimentar la intimidad divina hasta que hayamos experimentado la intimidad del amor humano?

Parecería que la intimidad humana de modo alguno es necesaria para experimentar la intimidad de Dios, pues puedo experimentar la intimidad divina sólo cuando El directamente se une a mí, obrando en mi corazón sin intermediario alguno. Pues Dios no puede ser expresado adecuadamente por algo creado.

La intimidad divina es una experiencia directa de Dios. Es el efecto directo de la misma presencia del Espíritu de Dios en mi corazón, es el toque inmediato de la Palabra, del Hijo de Dios, es el Padre mismo que me sostiene en su seno. Es por eso que una persona que no tiene amistades humanas profundas puede sin embargo pretender que, haya tenido alguna experiencia de intimidad con Dios.

Y sin embargo es verdad que a través de la mediación de la intimidad humana Dios nos lleva a la plena apreciación de la intimidad divina. Pues lo que Dios está haciendo directamente en nuestros corazones muchas veces excede nuestro conocimiento. Su toque es a veces tan delicado, tan tierno, que apenas podemos notarlo. Por esta falta de conocimiento no llegamos a responder enteramente a su presencia en nuestros corazones. De consiguiente, no logramos obtener en pleno su beneficio.

Es de la mayor importancia cultivar la percepción de su toque íntimo. La más poderosa motivación para alcanzar un fiel, pleno amor de Dios, es el amoroso descubrir su tierno amor por nosotros. Si hemos de experimentar el toque íntimo de Dios, deberemos cultivar la quietud, el silencio, la soledad, porque el toque del Señor es con frecuencia blando y delicado como una suave brisa. Una ligera brisa no puede ser percibida por una persona que se está moviendo incesantemente en la actividad.

Pero el silencio y la oración interior no son el único medio para percibir el tierno amor de Dios por nosotros. Hemos notado cómo la preocupación por sí mismo impide percibir el toque interior recibido de Dios. La experiencia del amor humano en el Señor, puede llevarnos a una mayor percepción del obrar de Dios en nuestro corazón al menos de dos maneras:

Primeramente porque la amistad humana nos hace más tiernos y sensibles a los demás, y por consiguiente a Dios. Nos abre, nos saca de nosotros mismos, nos libra de preocuparnos por nosotros, de modo que estaremos más alertas y responsables respecto de los demás y del Señor.

En segundo lugar, el amor humano en el Señor es un símbolo o sacramento del amor de Dios. Por símbolo no queremos significar un signo que está completamente separado de la realidad que representa, al modo que un anillo de compromiso es algo distinto de la promesa que significa. Por símbolo queremos significar un signo que es una encarnación y expresión de la misma realidad que simboliza, porque es una participación de esa realidad. El verdadero amor cristiano del esposo y su mujer, por ejemplo, simboliza la realidad del amor de

Cristo por su Iglesia y no sencillamente porque es una semejanza de ese amor, sino porque es una participación real del amor de Cristo por su pueblo. Así pues, el amor del marido y de su mujer entre sí en el Señor es una expresión y manifestación del amor de Cristo por su Iglesia y por esta pareja. Cristo expresa su amor a través del amor en el Espíritu de este hombre y de esta mujer.

Así, el amor humano en el Señor es una concreta y tangible imagen del mismo amor de Dios, pues el amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5,5). Y así el amor de mi amigo por mí en el Espíritu Santo es una sola cosa con el amor de Dios por mí, hasta el punto que brota simultáneamente del corazón del amigo y del Espíritu Santo que mora en ese corazón.

De ese modo, la amistad en el Señor es una incorporación que se hace presente en el amor mutuo de los amigos. Eso explica por qué la amistad puede hacernos advertir el amor personal de Dios por nosotros, y puede conducirnos a creer firmemente que Dios quiere darnos una experiencia más profunda, más directa, de su intimidad.

Pero aunque el amor de Dios por mí esté simbolizado y me sea manifiesto en el amor de mi hermano por mí, la realidad simbolizada, que es el amor íntimo personal de Dios por mí, obra sus más maravillosos efectos directamente en mi corazón, sin mediación humana. Así como la palabra de Dios obra simultáneamente en la intimidad de mi corazón por la "palabra" de su gracia, así también el amor humano es mediador del amor sólo si al mismo tiempo el amor de Dios está obrando directamente en mi corazón. Su palabra predicada es símbolo y prenda del obrar más profundo y continuo de la palabra interior de gracia en mi corazón. Del mismo modo, el amor humano que mediatiza y simboliza el amor de Dios por mí es símbolo y prenda de un obrar más íntimo y directo de su amor en el secreto de mi corazón.

Así, la experiencia del amor humano en el Señor puede ayudar a hacernos más plenamente conscientes de las maravillas que Dios ya obra secretamente en nuestros corazones por la presencia de su Santo Espíritu, pero que todavía no hemos apreciado adecuadamente. Las operaciones de Dios en nuestro corazón son tan profundas y

divinas que sobrepasan todo conocimiento humano y por eso pueden pasar fácilmente inadvertidas y no correspondidas. La ternura humana en el Señor puede llevarnos a apreciar la ternura de Dios para con nosotros, que quizá hayamos tenido por obvio y no hemos apreciado. Puede ayudarnos a desear estar más con el Señor en quietud, de modo que podamos advertir más y más lo que está haciendo en el secreto de nuestro corazón por su amorosa presencia.

El símbolo no es la entera realidad

Aunque la experiencia del amor humano puede sensibilizarnos para el tierno amor de Dios, dijimos que la más profunda intimidad de Dios es dada y experimentada sólo en la unión directa con su Palabra y con el Espíritu que mora en las mayores profundidades de nuestro corazón. Su toque espiritual se da y es apreciado enteramente sólo en la más profunda interioridad.

Esto no quiere decir que su toque espiritual interior nunca va acompañada por, o incorporada en, o mediada a través del toque del amor humano. Sucede con frecuencia que estando en íntima comunión con un amigo humano alguien experimente auténticamente la comunión con Dios, que se manifiesta en el seno de este mismo amor. Pues el amor desinteresado en el Señor es una participación del amor mismo de Dios y un símbolo del mismo. Y todavía, como símbolo, es sólo una participación en el amor de Dios y no la divina plenitud de ese amor. El símbolo no es la plenitud de la realidad que simboliza.

Aunque sea una participación real en esa realidad y una manifestación suya, la realidad total es inconmensurablemente mayor que el símbolo. La comunión de Cristo con la Iglesia, por ejemplo, obviamente sobrepasa de modo infinito la comunión de un hombre con su mujer, comunión ésta que simboliza a la primera. Así también el amor en el Espíritu que une a Cristo con su Iglesia está simbolizado y expresado por el amor que existe en una comunidad religiosa, mas la realidad total del amor que une a Cristo con su Iglesia no puede ser contenida en una comunidad.

Como símbolo de la más maravillosa realidad interior de la intimidad divina, la intimidad humana apunta e invita a una más profunda realidad. Por eso aunque nos alegramos y apreciamos el toque humano que puede conducir al toque divino, nos equivocaríamos si nos detuviésemos en el toque humano como si fuese la última experiencia de la ternura de Dios. No debemos olvidar que se trata solamente de una invitación a algo mucho más divino, que podrá sernos otorgado únicamente cuando nuestros corazones estén totalmente orientados hacia el Señor solo, en la soledad profunda de la oración interior.

Nunca podemos decir, entonces, que nuestra plena comunión con Dios se experimenta en nuestra comunión de unos con otros. Bonhoeffer se dio cuenta de este hecho, y dijo que tener ansias de la trascendencia cuando alguien se encuentra en los brazos de la esposa, *muestra, para decirlo suavemente, una falta de buen gusto. Así como la plenitud de la oración distraería a un hombre de su esposa, así la plena atención a su esposa le distraería de la plena intimidad con Dios.*

No sólo Bonhoeffer, sino toda la tradición cristiana, que retrocede hasta san Pablo (I Cor. 7,32-35) sabe esto. El antiguo prefacio para la consagración de vírgenes, compuesto en el siglo quinto por san León Magno, constata que un matrimonio cristiano es símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia su Esposa. Pero la virgen consagrada sobrepasa el símbolo y procura vivir la plena realidad de la unión directa con Cristo. Aquello a que apunta el matrimonio, la virgen busca vivirlo directamente. La virgen consagrada es ella misma un signo de que el matrimonio es un símbolo, no la plenitud de la realidad. Su vida sin un esposo es un signo perpetuo para las casadas de que deben estar atentas a no perderse tanto en el símbolo que pierdan la realidad más profunda.

Podríamos señalar aquí el peligro de confundir la experiencia inferior con la experiencia de Dios. Una experiencia estética, por ejemplo, no es necesariamente por sí misma una experiencia de Dios, aunque a veces se la tome por tal. Un joven puede afirmar, por ejemplo, que escuchar una música sinfónica es todo lo que necesita para experimentar a Dios y que el culto litúrgico le resulta superfluo. O una persona puede desdeñar la palabra inspirada por Dios de los sal-

mos, diciendo que encuentra la belleza de Dios contemplando la belleza de una puesta de sol, y que eso le basta. No hay duda de que una experiencia estética puede maravillosamente sensibilizarnos para la experiencia de Dios y que Dios puede y a veces comunica una experiencia de sí mismo en medio de una experiencia estética o en el poder de una tormenta. Mas ambas no necesariamente van juntas, y una profunda experiencia estética es posible sin ninguna verdadera experiencia de Dios en absoluto.

Mas aún, estaría equivocado descansar en la experiencia estética como si fuera la más grande experiencia. Como la experiencia de la intimidad humana, la experiencia estética apunta a una más profunda experiencia interior de Dios que sólo puede darse en el profundo silencio y soledad del corazón.

Conozco a un hombre que siempre experimenta tristeza en medio de una experiencia estética, pues la gloria de una bella puesta de sol o de una composición musical es sólo un tan débil reflejo de la gloria de Dios que sólo le hace anhelar a Dios mismo. En medio de esas otras experiencias tiene ansias de Dios mismo y de perfecta unión.

En verdad, a veces en medio de la belleza de la naturaleza o de un canto, uno se ve distraído por ello del toque interior de la presencia de Dios en el corazón, y uno tiene que apartarse de la música o de la belleza natural para prestar plena atención al Señor directamente y para experimentar el toque de su propia inmanente presencia en el corazón.

También el éxtasis del amor humano, así como la experiencia estética, no necesariamente trae consigo una experiencia de Dios, y aún si alguna vez lo hace, es sólo un símbolo que señala algo más grande a que Dios nos llama. Las experiencias menores, no obstante, por cierto que pueden ayudar a sensibilizarnos para las experiencias mayores, y un tema persistente en este libro es que el amor humano en el Espíritu nos hace más abiertos al toque directo del Espíritu en nuestros corazones.

En adición a la intimidad de la amistad humana en el Señor, el cristiano, entonces, deberá emplear tiempo en la adoración directa del Señor mismo. Tan sólo en silenciosa adoración se puede

experimentar la plenitud de la divina intimidad. Si los amigos hubiesen de permanecer en su mutua intimidad como si ella fuese la más alta experiencia, si tuviesen hambre de mantenerse en esta intimidad, privándose de otra forma de experiencia de más profunda intimidad con Dios en la oración y adoración, se harían culpables de ser perezosos.

Pereza es entonces detenerse en el goce de los dones menores de Dios de modo que se descuidan o rechazan sus dones más divinos. Es por adherirse a los dones menores demasiado estrechamente que uno no se abre para recibir los dones mayores. Es la falta de voluntad para morir a algunas de esas alegrías menores dadas por Dios en orden a vivir de los dones mayores que Dios tiene almacenados. Es rehuir al crecimiento. Es permanecer en la experiencia inferior como si fuese la suprema.

En las relaciones humanas es pereza fallar en llevar al amigo a cosas mejores, porque nos demoramos en el placer de poseerle, de adherirnos a él, de retenerle, cuando en su lugar deberíamos urgirle a alcanzar cosas mayores. Los amigos en el Señor se dicen unos a otros: “¡Vengan, corramos hacia el Señor!” (Cántico 1,4).

Capítulo 9

Amistad en el Espíritu

La amistad en el Espíritu es la más grande obra del Señor, porque es la perfección de la imagen de Dios en la humanidad. Como imagen y símbolo de la amistad divina, la amistad cristiana es ya un gusto o una experiencia de la amistad divina que existe entre las tres Personas de la Trinidad. Por eso nos hace ansiar siempre más la plenitud de la amistad divina. El símbolo apunta a la realidad más profunda, y nos invita a penetrar más y más en ella.

Aun cuando los amigos no descansen en el símbolo, sino que se alienten y ayuden unos a otros hacia la realidad de la directa intimidad con Dios, no por eso abandonan el símbolo como si fuese sólo temporalmente un medio para ir a Dios; permanecen siempre en estrecha amistad.

En el silencio y la adoración profundizan su intimidad con Dios, mas vuelven a encontrarse otra vez para expresar y simbolizar su intimidad divina en su amistad humana. Cuando más penetren en la plena realidad de la comunión directa con Dios, tanto más rica será su amistad humana, el símbolo en el cual expresan su amistad con Dios.

Amistad para siempre

Puesto que el símbolo es una expresión del amor de Dios mismo, que obra en el amor del uno para con el otro, éste continúa aun en la eternidad. El amor permanece siempre, aunque los carismas se desvanezcan (I Cor. 13,13).. A medida que los amigos crecen en mayor intimidad con Dios y entre sí, su amistad como símbolo expresa siempre más plena y perfectamente la realidad del amor de Dios mismo que obra en los corazones de los hombres.

De por sí, su amistad abre a los amigos para amar también a otros, y no tan sólo el uno al otro. La amistad con Dios produce este efecto aún más cumplidamente. Cuanto más nuestra amistad esté enraizada en el Señor y exprese su amistad, tanto más ampliamente nuestros corazones se abrirán para amar a otros muchos. Mas si el amor por un amigo nos da poder para amar a otros, entonces ciertamente acrecienta nuestro poder para amar al amigo mismo.

De este modo, la amistad está hecha para durar para siempre. No es un estadio que decae cuando lo hemos usado para llegar a la intimidad divina y al amor universal de nuestros prójimos. No es un mero medio para llegar a Dios que ha de ser apartado cuando haya servido su propósito. Pues no amo a otros sólo como medios para llegar a la amistad de la Trinidad. Una persona nunca es un medio para un fin. Es siempre un fin en sí mismo, para ser amado por sí mismo. Le amo con el amor mismo de Dios, como imagen de Dios, como hijo del mismo Dios, como magnífica creación del amor de Dios, maravillosamente amable en sí mismo, para ser amado siempre.

Porque una persona es completa y enteramente ella misma sólo gracias a sus relaciones con otros, así también el amor y la amistad que une a las personas y les lleva a su plenitud, nunca es medio sino siempre fin. La amistad es la plenitud y la consumación de las personas. No es algo añadido a las personas para unir las, y no es meramente su mutuo amor. Es su misma vida llevada a perfección por estar unidos en el amor, y vivida justamente como si fueran uno solo.

Por esto, la amistad humana nunca es un simple medio para ser usado, es un fin para ser disfrutado por su misma razón. Como fin en sí misma, claro, está subordinada al último fin. Es parte de la plenitud del último fin, que es nuestra comunión con Dios y con todos sus amigos.

La amistad: imagen y gloria de Dios

Así la imagen de Dios, tres Personas en una misma vida, es perfeccionada en las personas humanas tan sólo en la medida en que son amigas, dado que son solamente plenamente personas por la relación de amor y amistad al compartir su vida en el Espíritu. Esto es así porque la amistad en el Señor, como mutua plenitud de conocimiento y amor, es la plenitud de la imagen y semejanza con Dios. Puesto que los amigos en el Señor son uno en la Palabra del conocimiento divino y en el Espíritu Santo del amor, su amistad es una participación en la amistad de las tres divinas Personas y es una expresión de dicha amistad. La hermosa expresión de la Santísima Trinidad en el mutuo amor de los amigos es una manifestación y glorificación de la Trinidad. La amistad en el Señor es entonces "la imagen y gloria de Dios" (I Cor. 11,7).

Las palabras "imagen" y "gloria" son prácticamente sinónimas. Cada una denota una presencia y manifestación de Dios. Pero "gloria" aún más que "imagen" connota una manifestación de Dios en poder y esplendor. La amistad cristiana en el Señor atrae poderosamente a otros al amor de Dios. La amistad en el Señor es una participación en la vida del Espíritu que los amigos han recibido de Dios. La vida del Señor en nosotros, enraizada y fundada en su presencia personal en lo más hondo del corazón de cada uno, se expresa enteramente sólo en la amorosa comunión de los que están en el Señor (Efes. 4,14-17).

La plena dimensión del amor en el Espíritu puede ser experimentada sólo en la comunidad cristiana en pleno. Cuanto más cercanos estemos a Jesús como a nuestro Señor personal, tanto más lo estaremos de todos los que están en el Señor. Pero nuestra intimidad

con todo el pueblo de Dios se expresa y manifiesta en nuestra amistad con esos amigos que son los más cercanos a nosotros en el Señor. La belleza y la alegría de una auténtica amistad cristiana son un testimonio de la belleza y del gozo de Dios, y atraen a otros a este amor y gozo.

Porque la amistad en el Espíritu es una obra magnífica del Señor que glorifica a la Santísima Trinidad, los amigos en el Señor no desaparecen de la vida de uno y otro para ser reemplazados solamente por el Señor. Más bien, su amistad manifiesta la presencia del Señor y de su Espíritu de amor. Ellos "disminuyen" al morir al egoísmo, para ser llenados por el Señor y su amor en el Espíritu. El Señor "crece" mientras mi amigo y yo "decrecemos", porque su amor más y más llena el nuestro, no destruyéndolo, sino transformándolo en su propio amor divino. Nuestro amor como amigos es transformado totalmente en su amor, llegando a hacerse un amor con el suyo.

Esto explica por qué los amigos en el Señor -y es ciertamente verdad respecto al marido y su mujer- pueden aspirar a recibir juntos la unión transformante con Dios. La unión de cada uno con el otro será entonces transformada en unión con Dios. Y así será unión eterna de uno con otro en Dios. Ni siquiera la muerte será capaz de separarles uno de otro. Dios será glorificado en el amor del uno por el otro, en su amoroso aprecio y gozo de cada uno en el otro.

El testimonio de santa Catalina

Tal es la enseñanza de santa Catalina, Doctora de la Iglesia. Pensaba sin duda en su círculo de amigos íntimos, y especialmente en el beato Raimundo, cuando nos dice en su *Diálogo* que la amistad perdura por siempre. Con las palabras siguientes describe la vida de gloria en el cielo. Es Dios quien habla: "En el amor, los bienaventurados se regocijan al contemplarme, compartiendo juntos el bien infinito que soy yo mismo. Esto es así porque en la tierra han vivido en mi amor y en el amor de unos por otros. Además de gozarme juntos, ellos se regocijan y exultan cada uno en los otros, compartiendo el bien que hay en ellos con amoroso afecto."

Y tienen una participación especial con aquéllos que han amado de cerca con particular afecto en el mundo. Pues en este afecto de unos por otros ellos crecieron en gracia y aumentaron en virtud. Cada uno fue la ocasión de manifestar al otro la gloria y alabanza de mi nombre, en sí mismos y en sus prójimos. En la vida eterna no han perdido el amor de unos por otros, sino que lo conservan todavía, compartiéndolo íntimamente entre sí con mayor abundancia que antes. Su amor mutuo es añadido al bien universal en que todos participan. (...) Cuando una persona llega a la vida eterna (...) se regocija en mí y con las otras personas que están con él y con los espíritus bienaventurados. Porque en los otros ve la belleza y gusta la suavidad de mi amor" (1).

No sólo en la eternidad, mas también en la tierra la amistad en el Señor revela la belleza y la suavidad del amor divino. Los amigos glorifican a Dios en su amor mutuo cuando aprecian y se regocian unos en otros precisamente como obras maravillosas del Señor. La amistad en el Señor es la mayor de las obras del Señor porque es la perfección de la imagen y gloria de Dios en el hombre. Es la participación en y la manifestación de la vida y amor de las tres divinas Personas, y por consiguiente es una glorificación de la Santísima Trinidad.

Manifiesta y glorifica a Dios más maravillosamente que el resto de la creación entera. Es la plenitud del mismo Hijo de Dios, en quien Dios es glorificado, pues cada amistad en el Señor es parte integrante de la gran red del amor de la Alianza en que todas las cosas son reunidas en Cristo y en su amor.

El testimonio de un psicólogo

El psicólogo Maslow describe al amor humano maduro como, en primer lugar, un amor apreciativo, un amor lleno de admiración por las perfecciones de la persona amada. El distingue dos clases

(1) Presento las palabras de Catalina ligeramente parafraseadas, para destacar mas claramente su pensamiento y para que éste pueda ser entendido con mayor claridad para el lector moderno (cita el *Diálogo de S. Catalina de Siena* según la edición de Westminster, Md.; Newman, 1950, p. 110 ss.).

de amor: el amor deficiente de una persona inmadura: amor D y amor B (2).

El individuo corriente de tipo medio suele estar motivado por razones deficientes. Busca asegurar sus necesidades básicas de autoestima y respeto, de pertenecer y de ser amado. Es capaz del "amor D", amor deficiente, necesitado y egoísta. Percibe a la persona amada como un objeto útil, como medio para satisfacer a su deficiencia. Por tanto es pedigüeño y centrípeto en su amor. Configura a los demás en modo abusivo para servir a sus propósitos.

Pero la sana persona madura, porque sus necesidades han sido cuidadas, está motivada primariamente por la necesidad mayor de desarrollar plenamente su potencial dándose a otros, expandiendo su capacidad creadora que acrecienta la vida de los demás. Es capaz del "amor B", amor por el ser mismo de la persona amiga, amor generoso e interminable.

El amor B percibe a la persona amada como una experiencia terminal, amándola por sí misma. Está fascinado por ella y por el respeto y el valor intrínseco de quien ama. En consecuencia, el B posee una admiración espontánea, una admiración desinteresada por la persona amada. Es creador para la persona amada, proporcionándole una imagen, una aceptación, una autoestima que le harán crecer.

En la amistad madura en el Señor, los amigos están llenos de admiración por la belleza del otro precisamente en cuanto es una obra del Señor. Cuando los amigos san conscientes de esta mutua admiración, por las maravillas que el Señor ha obrado en ellos, entonces el Señor es plenamente Señor en su relación. No se enseñorean sobre el otro, haciéndose a sí mismos el centro de la atención y de los requerimientos.

En su consciente afección se concentran en el misterio del amigo, inundados de admiración por la belleza del Señor que se revela en el amigo, por lo que el Señor es plenamente glorificado. Por-

(2) MASLOW, *Toward a Psychology of Being*, New York, Van Nostrand, 1968, c. 3. N. del T. en: Maslow "D"= amor deficiente; "B"= amor maduro.

que es glorificado por el aprecio mutuo de los amigos, eso intensifica su aprecio por el Señor. Tienen un motivo más para su alabanza a Dios en la oración, pues han gustado su suavidad y visto su belleza en el amigo.

El amigo sin embargo no se concentra continuamente en su amigo. Pues debemos sobre todo glorificar al Señor prestandole directa atención, concentrándonos en El. Pero nuestra vida es un ritmo. Dios ha hecho tantas exquisitas maravillas que parte del ritmo de la vida es alabarle por su gloria que se manifiesta a nosotros en cada una de esas maravillas. El cristiano ha de glorificar a Dios en directa comunión con El en profunda oración interior. Mas a veces ha de tomarse el tiempo para gozar de las maravillas de la gloria de Dios en la creación, especialmente en su gloria manifestada en la familia humana en que se aman unos a otros en el Espíritu Santo.

De este modo, nuestro total aprecio del Señor es grandemente magnificado. Pues conocemos a Dios no solamente en la experiencia directa de su presencia en nuestros corazones sino también en cuanto revelado en su imagen y gloria, en los seres humanos unidos por el amor.

Y así, las personas santas celebran su amistad como un valor en sí mismo. Dios es glorificado en este amor pues en él se refleja como en un espejo la imagen de la Santísima Trinidad. Los cristianos no son meras personas separadas que contemplan a Dios en sus corazones separados. Son corazones unidos que, en su mismo participar entre sí lo que es más profundo en ellos -su vida en la Trinidad- no son sólo un espejo sino que se ven captadas en el mismo intercambio eterno que es la Trinidad bendita.

Los amigos en el Señor, entonces, se vuelven unos a otros para adorar al Señor directamente. Mas también le alaban los unos por los otros. No pueden efectuar esto adecuadamente salvo que verdaderamente aprecien y gocen de la vida y belleza de Dios tal como es reflejada en ellos. Dios quiere por ende que algunas veces focalicen su atención unos en otros con amoroso aprecio, amando su gloria como se manifiesta en ellos.

Es claro, entonces, que los amigos no deberán desaparecer el uno para el otro en sus vidas, sino que han de regocijarse en su

amistad y disfrutar de ella. Pues la imagen y reflejo de Dios no ha de desaparecer, sino continuar para siempre para gloria de Dios.

Todo deleite entre ellos se referirá al Señor en forma de alabanza, pues somos su obra. Es El quien nos ha unido estrechamente por el amor de su Hijo. El aprecio mutuo por ser obra de Dios ya es en sí mismo alabanza, aunque no se exprese en cantos religiosos. ¿Cuál sería el valor de un canto religioso si nunca encontrásemos alegría por aquéllos que Dios espera que amemos, y si no hacemos esfuerzo alguno por nutrir y amar la imagen de Dios uno en otro? ¡En nuestras mismas vidas, entrelazadas en el amor, Dios ha de ser glorificado!

Si nos alegramos correctamente en todos aquellos que hemos ayudado por nuestro amor, entonces ¿por qué no regocijarnos especialmente en nuestros amigos más cercanos, cuyo amor por nosotros nos ayudó para abrimos al amor de todos los demás? Si los amigos deben regocijarse por todos aquéllos que han llevado a Dios como fruto de su amor mutuo, entonces podrán concederse algunos momentos para alegrarse entre sí como en un precioso don de Dios.

Por tanto “debo disminuir” no quiere decir “debo desaparecer” de la vida de mi amigo cuanto más este crezca en intimidad con Dios. Aunque mi amor por mi amigo desee sobre todo que él o ella sea tan del Señor cuanto es posible, eso no significa que debo salirme de su vida. Al contrario, me hallaré más íntimamente unido con mi amigo de lo que haya estado antes, cuanto más enteramente cada uno sea del Señor. Puesto que el Señor es nuestro más profundo ser, y es nuestro más íntimo vínculo de unión.

Yo “desaparezco” en el sentido de que me pongo a un lado a fin de dar al amigo plena libertad para fructificar amando a otros, igual que a mí, en el mismo amor de Dios. Regresará a mí con el gozo de haber ayudado a otros; vuelve a mí como a su hogar; pues la vecindad de la amistad significa encontrarse “como en casa”. Pero ya que mi amigo es amigo del Señor, cuanto más se vuelva hacia El, tanto más me hará volver a El. Y, juntos en el Señor, nos hacemos creativos al amar a otros. Juntos, somos una presencia del Señor para nuestros prójimos. Juntos, alabamos al Señor por las maravillas que ha realizado en nosotros a través de nuestra mutua amistad.

Capítulo 10

Adoración: la plenitud de la amistad

Los amigos en el Señor se vuelven siempre hacia el Señor. No están continuamente mirándose a sí mismos sino que juntos miran al Señor y a sus hermanos y hermanas en el Señor.

Ninguna criatura ha de ser amada jamás como un ídolo. Juan, en el Apocalipsis, estaba tan arrebatado por la belleza del ángel que se le apareció, que se postró delante de él: "Caí a sus pies para adorarle, pero me dijo: ¡No!, ¡Levántate! Yo soy solamente un consiervo tuyo y de tus hermanos que dan testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios solo!" (Apoc. 19,10).

Una vez, en una reunión de oración, alguien leyó un pasaje de S. Pablo acerca del rechazo de la adoración de los ídolos, para no hacer del dinero, del placer o poder su ídolo. Una de las mujeres presentes, después de reflexionar un poco sobre este pasaje, dijo: "Cuando me casé con mi marido, estaba tan arrebatada de amor por él que hice de él un ídolo, no en sentido figurado sino en la realidad. Lo adora-

ba como mi dios. Traté de poseerle tan total y exclusivamente que no me importaba si amaba a Dios o a alguien más. Y quería que él me prestase atención de tal modo que yo fuese su dios, como él era el mío.

Su actitud fue igual a la mía. Estábamos tan envueltos uno en el otro que no había lugar para nadie más, ni siquiera para Dios, en nuestras vidas. El amor por el otro no nos llevaba a Dios. Porque nos amábamos de modo equivocado. El amor no necesariamente lleva a los que se aman a Dios. El amor no es de por sí mismo una experiencia de Dios, como proclaman algunas personas. En verdad, como lo sé por experiencia, puede ser usado para excluir a Dios de nuestras vidas”.

La mujer hablaba en un tiempo en que el celibato era atacado malignamente hasta en las mismas filas del sacerdocio católico. Incluso algunos sacerdotes y religiosas proclamaban que una persona no puede amar a Dios si no ha experimentado la unión sexual. Mientras la mujer hablaba, era obvio para todos los presentes que lo hacía carismáticamente, dirigiéndose a aquellas personas que pensaban que la experiencia sexual era esencial para llegar a Dios. Continuó entonces su mensaje:

“Por la misericordia y la gracia de Dios, mi esposo y yo atravesamos ese estado egoísta de “egoísmo para dos”. Ahora estamos orientándonos mutuamente al Señor, y en nuestro amor estamos abiertos igualmente al amor de nuestros semejantes. Todo lo que sacrificamos en morir al otro por amor del Señor, lo poseemos ahora más maravillosamente en el Señor de lo que nunca lo hubiéramos poseído antes.

Todo tipo de amistad, como vimos, encierra el propósito de ayudarnos a crecer en nuestro más auténtico ser. La amistad en el Señor nos ayuda a crecer en lo que verdaderamente somos: a saber, personas íntimamente amadas por el Señor.

En la amistad con el Señor, el proceso que sucede es un alejamiento de un total y exclusivo centrarse en el otro, como dos amantes que se mirasen fijamente siempre a los ojos. Más y más, los que aman se hacen conscientes de que es el Señor quien de verdad los ama íntimamente.

Así, la plenitud de la amistad cristiana tiene lugar sólo entre aquéllos que permiten al otro ser enteramente del Señor. Lo procuran con toda la plenitud de su ser. Nada quieren exclusivamente para sí, quieren solamente que el amigo pertenezca enteramente al Señor. Cuanto más se atiende al Señor y cuanto más es alabado por el otro, tanto más se alegra el amigo. El mayor gozo es ver al amigo totalmente centrado en el Señor, y encuentra mayor gozo aún en ello que en que el amigo le preste atención a él mismo.

Los amigos en el Señor no ejercen ningún dominio sobre el amigo, no tienen deseo alguno de endiosarse. Quieren que sólo el Señor sea plenamente adorado. Por eso la plenitud de la amistad es la adoración; no la adoración mutua, sino la adoración de ambos juntos al Señor. Si los amigos mueren al deseo de dominarse, de modo que el Señor Jesús sea el Señor de ambos, entonces recuperarán la mutua posesión de un hermoso modo nuevo- en el Señor.

En los primeros estadios de su amistad, los amigos estarán dominados por la belleza que ven los unos en los otros, y eso es bueno y normal en esa etapa. Tratar de convertirlo en un fin es ponerle límites a una experiencia que no debe detenerse allí. Es obrar como si esto fuera la suprema experiencia de la amistad, como si no hubiese nada más que poseer y compartirse ellos mismos.

En realidad, la belleza de la otra persona es sólo un gustar de lo que Dios es. Deberá ser vista como una imagen de Dios y una incitación a buscarle. Si los dos tratan de gastar su vida en mirarse sólo a sí mismos, nunca quedarán abiertos a la absoluta plenitud en Dios, de lo que el amigo no es más que una muestra. Gradualmente la amistad ha de ser menos dos personas que se miran a sí mismos y más y más dos personas que se han liberado mutuamente por Dios, dos que miran conjuntamente hacia Dios.

San Agustín expresa esto comparándolo con los dos ojos del cuerpo humano. Todas las partes del cuerpo están entrelazadas por el amor: “Hermanos, nuestros ojos no se ven entre sí. Pero en el marco del ser corporal ¿no se conocen entre sí?

“¿Quieren una prueba de que se conocen en virtud del amor que los enlaza juntamente? Cuando ambos ojos están abiertos, el

ojo derecho no puede posarse sobre algún objeto sin que lo haga también el izquierdo. Trata de dirigir la mirada del ojo derecho sin el otro, si puedes. Juntos se encuentran con el objeto, juntos se dirigen a un objeto; su objetivo es uno, su colocación diversa.

“Entonces, si todos los que contigo aman a Dios tienen un mismo objetivo, nada importa que en el cuerpo se hallen separados por el lugar; porque tienen la mirada del corazón de modo semejante en la luz de la verdad” (PL 35,2025).

Esto es así porque la intimidad con las tres divinas Personas es lo que intentan todos. Estamos todos destinados a entrar en la intimidad de la vida divina.

Pero en un sentido real, esta vida divina son las tres divinas Personas en mutua adoración de unas a otras. Decir que las divinas Personas se adoran mutuamente puede sonar como a herejía. Es solamente un modo sorprendente de expresar una profunda realidad de amor. Un amor que es la vida íntima de Dios. Cada una de las tres divinas Personas es totalmente para la Otra, en una especie de divina humildad y deferencia respecto de la Otra. Eternamente, cada una es arrebatada por la belleza de la Otra, cada una se regocija en la Otra.

El Padre está totalmente concentrado en el Hijo. El Hijo se concentra enteramente en el Padre: “En el comienzo era la Palabra, y la Palabra era con Dios” (Juan 1,1). La palabra griega traducida como “con” es en realidad una palabra dinámica, que indica un ímpetu hacia algo. El Hijo es eternamente “hacia el Padre”, atento a El con amor, alabándolo, glorificándolo, contemplándolo.

Es por eso que al comienzo del tiempo el Hijo como Palabra está continuamente revelando al Padre, iluminando a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1,9).

Ese es el misterio del amor, y Dios es Amor. El amor humano maduro, como hemos visto, está lleno de admiración y asombro por la belleza del amado. Ese es también el secreto de la Trinidad. El misterio de la Trinidad es tres Personas que se han vaciado las unas en las otras, cada una glorificando la Otra, como si fuese olvidándose de sí misma.

Que eso sea verdad en su vida íntima, queda indicado por su gozo, señalándose unas a otras al manifestársenos. El evangelio habla del gozo del Padre al revelarnos su Hijo: “Sí, Padre, porque te plugo” revelar el misterio de tu Hijo “a los pequeños” (Luc. 10,21). Y el gozo del Hijo es revelar al Padre: “Nadie sabe quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quiere revelarlo” (Luc. 10,22).

Lucas y Pablo indican cómo esta revelación del Padre y del Hijo es obra del Espíritu Santo dado a nuestros corazones por el Padre y por el Hijo: “Jesús exultó de gozo en el Espíritu Santo” (Luc. 10,21), dando gracias al Padre por revelar sus secretos a los pequeños. El Espíritu del Hijo revela al Padre, haciéndonos clamar por su abrazo: ¡“Abbá, Padre”! (Gál. 4,6). El Espíritu revela al Padre y al Hijo: “El me glorificará pues tomará de lo mío y se los declarará. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso he dicho que tomará (el Espíritu) de lo que es mío y se los declarará (Juan 16,14-15).

Por último el Espíritu se manifiesta a sí mismo, pues sin su autorevelación, su revelación del Padre y del Hijo sería incompleta.

Una amiga mía, que es íntima amiga de las tres divinas Personas y conoce a cada una explícitamente, dio testimonio de esta realidad al escribirme: “¡Qué increíble vida y amor debe haber en la Trinidad, al desear solamente que la Otra sea conocida y amada y glorificada! Y es así que el Espíritu se me ha revelado a sí mismo después de haberme mostrado las otras dos Personas a quienes señala y ama íntimamente”.

Lo que esta amiga de las tres divinas Personas experimentó en su vida interior de oración corresponde a lo que las Escrituras dicen sobre este punto.

Como las divinas Personas quieren revelarse mutuamente, así también los amigos en el Señor quieren mostrar a sus amigos todo lo que ellos mismos han visto en Dios. “¡Ven y ve!” dijo Felipe a su amigo Natanael (Juan 1,46). Cuando hemos sido introducidos a la intimidad de la vida divina, nosotros también, como las divinas Personas, nos olvidamos por completo de nosotros mismos y queremos ocuparnos enteramente en glorificar y alabar al Otro, glorificando las tres divinas Personas, mostrándolas a otros. Los amigos en el Señor, en vez

de ocasionarse distracciones, se liberan unos a otros para una oración cada vez más profunda.

Si son verdaderos amigos, eso es lo que quieren sobre todo, los unos para los otros. Dejan al otro en libertad para con el Señor. Y otorgan esto no como una concesión, sino de todo corazón. Es esto lo que más quieren para el otro. No quieren ser señores de los otros, no quieren que su amigo les preste atención exclusiva de manera que no puedan contemplar al Señor. Quieren que el otro conozca y alabe a Dios.

Y todavía, aunque de alguna manera se vuelvan olvidados de sí mismos para estar más atentos al Señor, en otro modo se sustentan unos a otros por esta atención al Señor. El gozo de cada uno se acrecienta precisamente porque su amigo es tan amigo del Señor. Juntos, y no como separados unos de otros, adoran al Señor. La plenitud de su amistad es esta adoración conjunta a las tres divinas Personas, esta plena participación en la misma íntima adoración y gozo de contemplar y amar al Otro.

Esto es lo que sucede en la liturgia cristiana, que es un comienzo sobre la tierra de la liturgia eterna del cielo en que los santos se dicen mutuamente y participan unos con otros su propio éxtasis en el Señor.

¿Pero no es una tontería comunicar a otros aquello mismo que los otros ya gozan? ¡De modo alguno! Nuestro propio gozo es tanto más hondo cuanto más sabemos que otros gozan de las mismas cosas que nos proporcionan tanto deleite. Una vez participé en un seminario en los Alpes franceses, en un monasterio sobre una montaña que tenía justo enfrente al Monte Blanco. En vez de disfrutar de una pausa de café entre las sesiones, nos sentimos maravillosamente reanimados con sólo salir y contemplar la gloriosa cima blanca rodeada por las cimas de los picos menores. Mas no pudimos gozar de esta belleza en silencio porque un simpático dominico francés nos tomaba del brazo y, señalando al majestuoso picacho, clamaba: “¡Voilà! ¡Le Mont Blanc!” No podía permanecer quieto. Podía disfrutarlo solamente mostrándolo a nosotros, sólo al estar seguro de que el resto estaba disfrutándolo también.

Tal cosa sucede también con los amigos en el Señor. Su gozo en el Señor ahonda cuando lo disfrutan con sus amigos. De modo semejante, dado que cada amigo es un símbolo y una presencia del amor de Dios por el otro, no es sino justo que Dios sea glorificado en el amigo a través del gozoso reconocimiento de Dios presente en esta amistad.

La amistad alcanzará su plenitud sólo en la eterna liturgia de alabanza y acción de gracias del cielo, cuando nuestro amor se regocije en eterna gratitud a Dios por todas las maravillas que ha obrado en nuestros amigos. Esta liturgia ha comenzado ya en nuestros corazones en forma de gozo por la amistad en el Señor, el gozoso aprecio de lo que Dios ha hecho y está haciendo en el amigo. Nos damos cuenta de que gran parte de ello se ha realizado, a través de la amistad, a través del amor del uno por el otro en el Señor.

Alegrarnos con nuestros amigos en el cielo, regocijarnos en Dios mismo, en Dios comunicándose a su pueblo entero, en la familia completa de todos sus hijos. Tal como nuestro gozo en algo es mayor cuando podemos disfrutarlo en unión con aquellos que amamos, así nuestro gozo en Dios será en cierto modo intensificado porque le gozaremos en compañía de todos nuestros amigos.

Capítulo 11

Plenitud de vida: amor de alianza

“Ofrece a Dios tu alabanza como un sacrificio (...). Aquél que me ofrece alabanza como un sacrificio me glorifica” (Salmo 50,14.23).

El más sincero sacrificio de alabanza que podemos ofrecer a Dios es una vida vivida en toda su plenitud. Pues sólo viviendo nuestra vida del modo más elevado podemos mostrar enteramente nuestro aprecio por el don de Dios que es esa vida. Las alabanzas nada significan si no expresan una vida vivida para gloria de Dios.

El amor de la vida y la alegría de ser humano, glorifica a Dios en la medida en que expresa reverencia por la vida como don de Dios, y aprecio por su amable bondad al concedérmola. Nos ha dado esta vida al crearnos a cada uno. El redimió esta vida por sí mismo viviendo como hombre y regocijándose en su humanidad y dando su vida por cada uno de nosotros.

El mejor modo de mostrar nuestro aprecio por la vida es dejarla crecer bajo el sol del amor de Dios, y hacer lo posible para

favorecer este crecimiento. Deseamos devolver nuestra vida a Dios en toda su plenitud, de modo que pueda complacerse en nosotros. “¡Que el Señor se regocije en todas sus obras! ¡Que la gloria de Dios dure por siempre!” (Salmo 104,31).

“El hombre vivo es la gloria de Dios”, dice san Ireneo. Mas la plenitud de vida es una alianza de amor: es amistad con Dios y amistad con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Alianza de amor es sobre todo una amante intimidad con las tres divinas Personas, con gozoso aprecio y aceptación de su amor por nosotros. La intimidad con Dios no es garantizada en la nueva alianza por la sangre de Cristo. En esta sangre somos reconciliados con Dios y se nos da la gracia de la adopción como hijos en el Hijo amado. Somos hechos partícipes de la íntima vida trinitaria de Dios. Sólo viviendo esta vida el hombre vive enteramente.

Pero amor de alianza es también amor y aprecio de todos los que participan con nosotros en esta vida de las divinas Personas. Pues sólo con nuestros hermanos y hermanas en Cristo somos enteramente a imagen y gloria de Dios.

Tal es, entonces el sacrificio de alabanza, la ofrenda que place a Dios y que El acepta con gozo. Dios es plenamente glorificado y alabado cuando aceptamos la vida que es su don en toda su plenitud, apreciándola, desarrollándola, dejándolo formarla en nosotros más enteramente, expresándola completamente en una alianza de amor; y reconociendo y alabando la gloria de Dios tal como se manifiesta en la unión del pueblo de Dios en este amor.

Morir para vivir

El temor a los sufrimientos es la otra cara de la medalla del amor por la vida. Si amamos la vida, si nos llenamos de alegría por estar vivos y ser humanos, es claro que temeremos los sufrimientos que son una amenaza para el amor por la vida y el impulso hacia la vida plena dados por Dios.

Aceptar la vida en su plenitud, sin embargo, incluye la aceptación de las limitaciones y sufrimientos que inevitablemente acompañan a la vida, soportar los crecientes dolores que son inevitables al pasar de un estadio de la vida a otro.

Como la madre y sus siete hijos del Libro de los Macabeos, aceptamos aun los sufrimientos por Dios, sabiendo que cualquier grado de vida que tengamos es una prenda de una plenitud inmortal en la vida por venir. En las palabras con que exhorta a sus siete hijos a dar sus vidas valientemente por fidelidad a la alianza con Dios, la madre da testimonio al mismo tiempo de cuán precioso don de Dios es realmente la vida. Dirigiéndose a sus hijos que están siendo torturados a muerte por su fe en el Dios de Israel, dice: “Yo no sé cómo llegaron a existir en mi seno; no he sido yo quien les ha dado el aliento de vida, ni yo tampoco establecí el orden de los elementos que la componen. Pues dado que es el Creador del universo quien moldea el comienzo de toda vida humana, al dar existencia a todas las cosas, El, por su misericordia, les devolverá al aliento y la vida, porque ahora se desprecian a sí mismos por causa de su Ley (II Mac. 7,22 ss.).

Existe una profunda reverencia por la vida humana en estas palabras, reverencia por esta vida-desde el momento en que Dios comienza a ordenar los elementos de esa vida en el vientre de la madre. Si un hombre se encuentra en situaciones en que por dar testimonio de Dios está llamado a sacrificar su vida por amor de su Creador, la ofrecerá alegremente convencido de que Aquél que le dio esta vida primero, la restaurará en toda su plenitud, y aún más maravillosamente. En el mismo ofrecimiento de sus vidas en sacrificio, estos siete hijos beben de la alianza del amor de Dios y de su don de vida eterna. El último de los condenados a morir profesa esta fe diciendo al tirano: “Después de soportar un breve sufrimiento, mis hermanos han bebido una vida que no fenecerá, bajo la alianza de Dios” (II Mac. 7.37).

Las Escrituras repetidas veces expresan admiración y gratitud por el misterio de la vida humana formada por Dios en el seno materno. “He engendrado un hombre con la ayuda del Señor” dice Eva cuando concibe y da a luz a su primer hijo (Gén. 4,1). El salmista también confiesa con profunda admiración que las maravillas que lo

configuraron en el vientre eran obra de Dios: "Eras Tú quien creó mi más profundo ser y me entretejió en el seno de mi madre. Por todos estos misterios te doy gracias: por la maravilla que soy, por la maravilla de tus obras". (Salmo 139, 13 ss.).

Las palabras del último de los siete hijos martirizados por su fidelidad a la alianza, muestran que era la fe en la fidelidad de Dios y en su alianza lo que originó su fe en la resurrección de aquéllos que habían sido muertos por la alianza: "Mis hermanos, después de soportar un breve sufrimiento, han bebido de la vida que no fenece, bajo la alianza de Dios". Dios es fiel con los que le son fieles, y dará vida eterna a los que mueren por El.

El amor de alianza con que el hombre responde al amor de alianza de Dios es la plenitud del sacrificio de alabanza. Es el aprecio pleno por el amor de Dios y del don de la vida otorgada por ese amor.

San Pablo habla de sacrificarse a sí mismo por amor de los hermanos y hermanas como de un sacrificio grato, aceptable a Dios: "Caminen en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros, como ofrenda fragante y sacrificio agradable a Dios" (Efes. 5,1). El amor de alianza, como *sufrimiento* por Dios y por el prójimo es un sacrificio que place a Dios.

Mas el amor de alianza como *regocijo* en la plenitud de la vida es también un sacrificio de alabanza a Dios. Y este sacrificio de alabanza es perfecto sólo cuando desborda con la alegría del mayor aprecio posible de las maravillas de la vida y del amor.

El aprecio más perfecto se expresa al vivir esa vida y alianza en toda su plenitud.

El sacrificio de alabanza y de alegría, entonces, es la vida vivida en toda su plenitud por aprecio del amor de Dios. Pero, dijimos, la vida vivida en su plenitud, es el amor de alianza pleno; es amor que con gozo da a los demás todo lo que puede ser dado, ofreciendo con alegría la vida misma en una muerte sufrida por amor a los demás.

No amamos los sufrimientos en cuanto sufrimientos. Amamos solamente la vida, y nos alegramos en los sufrimientos sólo en la medida en que son un camino hacia la plenitud de la vida. "Manten-

gamos los ojos fijos en Jesús, que inspira y perfecciona nuestra fe. Por razón del gozo que tenía delante, sufrió la cruz, no prestando atención a su oprobio” (Heb. 12,1).

Los amigos continúan enfrentando la vida con toda alegría, viviéndola con entero aprecio del amor de Dios que nos ha dado esta vida. Y puesto que la vida es plena sólo por el amor y la amistad, alegrémonos en la amistad y mostremos así nuestro aprecio por el amor de Dios que nos dio esta amistad. Pero sepamos que aun los sufrimientos son un don de su amor que nos está conduciendo a través de los sufrimientos a la plenitud del amor y de la alegría. Continuemos sobre todo siendo apóstoles de la alegría, de la alegría de ser humanos, de ser como niños e imágenes de Dios, por la alegría de que la amistad en el Señor brille también para otros en tu mismo ser, por tu amor a la vida. Esta será verdaderamente la gloria de Dios que brillará a través de nosotros, pues su vida en nosotros brillará a través de la calidez de nuestro amor por todos los que encontremos.

Este debe ser nuestro testimonio: yo debo contrarrestar las fuerzas del mal contrarias a la vida, como el mal del aborto, no en primer lugar por las penalidades que me pueden ser infligidas, sino sobre todo por mi amor a la vida, viviéndola en toda su plenitud, colmada por la alegría de ser hijo de Dios, siendo un apóstol de esta alegría por la alegría que irradia mi corazón, con toda su luz y calor y vitalidad, con el gozo que alcanza su plenitud sólo en la amistad en el Señor, pues el gozo de las maravillas que Dios ha obrado con nosotros sólo es pleno cuando es compartido por otros.

Capítulo 12

El respeto del amor: el espíritu del celibato

No hay verdadero amor sin respeto. Y el respeto es siempre tierno. Quien es valioso, apreciado, respetado, nunca es tratado ásperamente. Es amado, alimentado, asistido. Respetuosamente, tiernamente, el amor hace germinar todo lo mejor en la persona amada. Se le invita a desarrollarse y florecer, a dar fragancia, a brillar con luz y belleza, a cantar alegres melodías, a irradiar vida y calor y luz, a cautivar con su encanto y fuerza y alegría a quienes le aman.

Mi respeto amoroso por ti resulta de mi amoroso aprecio por tu verdadero valor. Eres precioso y amable más allá de todo lo imaginable, cabalmente por ser una persona creada por Dios.

Decir que eres una persona es decir que estás hecho para amar. Como persona, no puedes vivir sin amar. Sólo por el amor se muestra tu belleza. Sólo amando llegas a ser tú mismo de verdad. Sólo por el amor vives plenamente. Sólo cuando estás plenamente vivo glorificas a Dios y brillas con su esplendor.

Mi amor por ti, mi aprecio por tu valor, encuentra su gozo al promover este valor, haciéndolo brotar al invitar a tu amor, inspirando

a tu amor, por mi amor hacia ti. Eres más enteramente precioso y amable sólo cuando amas. Mi amor por ti y mi gozo en ti se acrecientan cuando respondes a mi amor devolviéndome el tuyo, haciéndote más digno de amor y enriqueciéndome con tu amor por mí. Juntos seremos más valiosos.

Amarte es desear que seas tan amable cuanto sea posible y que yo sea tan amable cuanto me sea posible. Querer que seas tan amable cuanto sea posible es querer que seas lo que verdaderamente eres, que seas lo mejor. Mas dado que fuiste hecho para amar, eres máximamente tú mismo sólo cuando amas plenamente.

Para amar plenamente, y por tanto para ser plenamente amable, debes no solamente amarme a mí, sino a todos que puedes y deberías amar. Al amar a todos los que amas, deseas que cada uno de ellos sea tan digno de amor cuanto sea posible, para que cada uno a su vez ame a tantos otros cuanto él o ella puedan y deban amar.

Así, amarte es desear que haya toda una red de amadores que amen de ese modo. Amándote de ese modo, amo con amor universal. Salgo de mí mismo para abrazar a todos los que puedo amar yo mismo, y a través de ti abrazo a todos los que puedo amar yo mismo, y a través de ti abrazo a todos los que tú amas, y a todos aquellos que éstos están amando. Todos estamos ensamblados por el amor. El verdadero amor ama a todos. Jesucristo vino para establecer la fraternidad universal.

Mi verdadero amor por ti necesita de respeto, no sólo por ti sino también por mí mismo. Si he de enriquecerte al máximo por la donación a ti de mí mismo en el amor, debo llegar a ser yo mismo mi más verdadero ser. Amarte cuanto sea posible es ser todo lo que puedo ser para ti. Puedo llegar a ser máximamente para ti, al convertirme en lo mejor yo mismo.

Es por eso que el amor por ti requiere un profundo respeto de mí mismo, y el rehusar ser menos para ti, de lo que debería ser, aunque me lo pidas. El amor genuino por ti me prohíbe degradarme yo mismo al condescender a tus inconsiderados deseos. Mi amor por ti, si es verdadero, rehúsa dejarse degradar delante de ti. No permitiré que me arranques de mis ideales y responsabilidades. No permitiré que me

estorbes en llegar a ser el que Dios quiere que sea. ¡Rechazar ser yo mismo de verdad, es rechazar que sea para ti!

Por tanto si tu amor por mí es amor maduro, tú quieres que yo sea libre para ser óptimamente yo mismo. Rehusarías querer moldearme conforme a tu estrecho amor posesivo. Mas bien, tu amor por mí se llena de alegría al ver que soy amado por Dios y que le soy fiel. Se regocija por ver cómo enriquezco a otros también, por mi amor y amistad con ellos.

Mi amor por ti, deseando que seas enriquecido cuanto sea posible por este amor, desea entonces no sólo que seas verdaderamente tú mismo, sino que, para ti, yo sea verdaderamente yo mismo: yo mismo como amigo de Dios, como pertenencia del Señor y al servicio de su amor, amando universalmente a todos los que me ha dado para amar.

Cuando te amo cuanto me es posible, me alegro también de que tú ames a todos los que puedes amar. Me alegro de que seas feliz con tantos amigos.

Estas cosas son verdaderas en todo amor, aun en el amor del esposo y la esposa. Pues el amor de un hombre por su mujer no le prohíbe a éste tener muchas amistades. El será tanto más feliz y ella enriquecida, cuanto más se encuentre con sus relaciones amistosas; al amar a sus niños, sus vecinas, sus amigas, todos aquéllos a quienes puede irradiar su amor. Ninguna verdadera amistad está jamás completamente encerrada en un círculo de dos. Cada amistad debe permanecer abierta a una comunidad humana mayor.

El amor de la esposa por su marido, a su vez, será tanto más feliz cuanto más vea que su amor por sus semejantes se irradia a lo largo y a lo ancho. La mujer que me ama, me envía a amar a otros y así alcanzo mi verdadero yo mismo, el hombre influyente que debo ser. No por el influjo de la riqueza y del poder y egoísta manipulación de otros, aun con el pretexto de que hago esto por amor de mi mujer y de mi familia, sino por el influjo de una amabilidad amorosa, que ama y nutre el amor y la bondad en cada persona que encuentra.

Si su amor por mí fuese posesivo, la persona que me ama estaría limitando mi poder de amar, me estaría impidiendo amar plena-

mente. Esto es verdad respecto de amigos los posesivos, de las madres posesivas, como de esposas o maridos posesivos. Porque el amor de mi amigo está tan preocupado porque yo sea plenamente yo mismo, amando como debo, me deja andar libre, me envía a irradiar bondad.

Pues quiere que vuelva a él con una multitud de otras personas que me amen y me enriquezcan con su amor. En éstas también él podrá alegrarse por la felicidad y plenitud de vida que yo encuentro al amarlos. Su amor por mí desea que me vuelva rico al dar a otros y, y al promover la felicidad de ellos, por ser fiel a mí mismo amando plenamente, cumpliendo mi misión de amor que me fue dada por Dios.

Pero si dos amigos permanecen enteramente cerrados en sí mismos, viven en un egoísmo-para-dos que sólo concierne el egoísmo de dos individuos. Así, por ejemplo, el esposo y su mujer en su amor recíproco deben permanecer abiertos a toda la comunidad en que viven. Un amor desinteresado de esposo y esposa maduros, deviene siempre más abierto a otras personas, comenzando en primer lugar por sus niños y ensanchándose más y más a medida que cada miembro de la familia amplía el círculo de personas que abarca su amor y amistad. La amistad de los esposos, como toda verdadera amistad, permanecerá abierta a la comunidad mayor, y se integrará completamente en ella por el intercambio de amor.

En el amor conyugal existen factores psicológicos que pueden impedir el crecimiento del amor que quiere abarcarlo todo y estorbar su alcance en longitud y latitud. El esposo y la esposa quedan cautivos de sí mismos al emplear tanta energía en complacerse mutuamente y en cuidar de sí mismos. Es correcto que cuiden de ser complacientes. Pero no están tan libres para amar universalmente como el célibe que está consagrado al Señor y que es como un mediador de su amor. San Pablo habla de esto con notable percepción psicológica cuando dice que el no casado, o la virgen, se preocupan de los asuntos del Señor, de cómo ser santos en cuerpo y alma; en cambio el hombre o la mujer casados están ansiosos por los asuntos mundanos, acerca de cómo complacer a la esposa, o al marido, y se hallan divididos (I Cor. 7,32-35).

Cuando dice que el célibe se preocupa por ser "santo en cuerpo y espíritu (I Cor. 7,34), es claro que Pablo habla de una consagración al Señor. La palabra "santa" es una expresión cultural, que indica un servicio consagrado al Señor, una pertenencia total para el progreso de Sus asuntos. Estos asuntos son los de su reino. Su reino es su reinar con amor de alianza, su reino es la comunión de los hombres con Dios su Padre y con todos sus hermanos en Cristo, en el amor universal derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom. 5,5).

Si resulta más fácil para el célibe alcanzar el amor universal a causa de la consagración de todas sus energías al reinado del amor, esto no quiere decir que los casados no puedan llegar a alcanzarlo. Tienen la misma obligación que el célibe de esforzarse por buscarlo, pues para ellos es también el mandamiento de amar a Dios con todo el corazón y alma y fuerza, y al prójimo como a sí mismos. El valor como signo del celibato consiste precisamente en esto: al ser una consagración a la plenitud del amor: es un desafío para toda la humanidad, incluyendo a los casados, de vivir entrelazados en el amor universal. Los cristianos se aman unos a otros porque Dios ha colocado su mismo amor en sus corazones. Porque el amor matrimonial puede hallarse tan abierto a sus semejantes como el amor celibatario, pues uno y otro son una participación en el mismo amor de Cristo. ¿Quién no ha experimentado algo de esto, por ejemplo la mujer cristiana, esposa y madre, cuyo corazón se ha brindado a todos los que necesitan ayuda y consuelo y aliento, y que está dispuesta en todo tiempo y con toda su energía a ayudar a cuantos la necesitan?

La distancia del amor: el espíritu del celibato

El amor puede alcanzar su mayor plenitud y riqueza sólo cuando existe una cierta distancia entre los amigos. Si mantengo a la persona que amo de modo excesivamente posesivo, obstaculizo su crecimiento. Lo empobrezco, y aun lo privo de su libertad para amarme. No le permito crecer a través de otras relaciones.

Debo mantener con mi amigo cierta distancia, de modo que pueda ser verdaderamente él mismo aun al amarme, de modo que pueda venir a mí con libertad, afectuosamente, y no porque yo se lo pida. Si estoy siempre presionándolo y pidiendo su afecto, él habrá perdido su libertad para dármele espontáneamente. Pues el amor no puede ser forzado, sólo puede ser dado. Si él no es libre para darme su amor por propia iniciativa sino por exigencia mía, no puede ser de verdad él mismo con su amor pleno.

Esto es verdad también en mi relación para con Dios. La oración nunca exige. Con humildad, confío en la bondad del amor de Dios. Sí, deseo ardientemente y en expectativa; mas nunca diré cómo y cuándo se han de dar las señales del amor de Dios.

Debo otorgar distancia al amigo, además, no sólo para que tenga entera libertad para amarme, sino también para que sea plenamente él mismo al amar a otros, ampliando esas otras amistades y, sobre todo, su amistad para con Dios.

Un amor auténtico incluye respeto por el otro no sólo simplemente como persona, capaz de entablar relaciones afectuosas, sino como la persona que Dios quiere que sea. Lo que Dios intenta es que viva en una relación de amor con El. Sólo por esta relación con Dios podrá ser enteramente persona.

Esto significa que debo otorgar distancia a mi amigo para que tenga libertad de estar con Dios. Mi amor no lo respeta debidamente si lo sujeto en forma tan exclusiva a mí, que le obstaculizo el llegar a Dios.

Es por ello que san Pablo, con la misma amplitud con que habla de la relación conyugal, habla también de ir más allá de esta relación para darse a la comunión directa con Dios: "La mujer no puede disponer de su cuerpo como propio; pertenece a su marido. De igual modo, el marido no puede reclamar su cuerpo como propio; pertenece a su mujer. No se nieguen unos y otras, salvo quizá por mutuo consentimiento por algún tiempo, para dedicarse a la oración" (I Cor. 7,5).

Aquí nos encontramos muy próximos a la razón más profunda en favor del celibato cristiano. En su mutuo respeto del uno por el otro como personas creadas para la comunión con Dios, el marido y la esposa se han de dar una distancia suficiente para que cada uno pueda ser él mismo o ella misma en su comunión con Dios. Viven *el espíritu del celibato* al procurar ante todo pertenecer al Señor y permitir que otros les pertenezcan. El espíritu del celibato es de respeto consigo mismo y con otros, hechos todos para la comunión con Dios. Permite al otro tomar distancia para poder estar con Dios, y distanciarse de los otros y de todas las cosas por amor de la comunión directa con el Señor.

La humanidad decaída, fácilmente cae en una exclusividad egoísta, usando al otro en ventaja propia más que respetándose mutuamente como seres creados para abrirse a Dios y a sus semejantes con un amor universal.

Es por eso que el celibato cristiano debe encontrar su lugar junto al matrimonio cristiano. El celibato cristiano es un destacado testigo de la comunión directa con Dios que se encuentra al más profundo nivel del corazón de toda existencia cristiana, y aún del matrimonio cristiano. Todo verdadero amor es célibe en este sentido, que por respeto al otro le permite tomar distancia de modo que tenga la libertad que necesita para encontrar su máxima verdadera identidad en la comunión con Dios.

Al llegar a ser tal, podrá ser más para mí, que soy su amigo, cuando torne amorosamente hacia mí. Su amor por mí no se habrá empobrecido a causa de su amor por Dios; se ha enriquecido infinitamente.

Todo el respeto que tengo por los que amo participa del espíritu del celibato. Al colocarme a un lado, dando a mi amigo la distancia que le permita lograr su propia identidad sin la interferencia de egoísmo y de posesividad por parte mía, cumplo con una especie de celibato. Es una abstención de mi propio placer de poseer a la persona amada a fin de que pueda ser en verdad lo que Dios pretende que sea.

Es por ese espíritu que los padres se abstendrán de ser demasiado posesivos con sus hijos e hijas adolescentes, para permitir-

les ser ellos mismos. Es en este espíritu que los célibes consagrados se aman unos a otros, aman a sus amigos y a todos aquéllos que Dios les ha dado para amar. Este es el espíritu en que todo verdadero amigo ama a su amigo.

El espíritu del celibato consiste en dejar que mi amigo tenga su libertad para amar a Dios, para amarme, para amar a sus amigos. Es dejarle pertenecer al Señor y estar al servicio de su misión de amor.

La realidad del celibato

El espíritu del celibato encuentra su más plena expresión concreta en la realidad misma del celibato consagrado, cuyo propósito más profundo es el de pertenecer enteramente al Señor, y de encontrarse comprometido enteramente en sus asuntos. Sus asuntos, digamos, son las anticipaciones de su reino: la comunión de todos los hombres con Dios su Padre y con todos sus hermanos en Cristo, en el amor universal infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Alguien puede estar enteramente comprometido con los asuntos del Señor tan sólo perteneciendo enteramente al Señor. La consagración a su obra está necesariamente enraizada en su Persona. Por ende, en su más profunda esencia, el celibato consagrado es consagración al Señor mismo y una especie de matrimonio espiritual en el que se está en total apertura hacia El, en vista a la plena comunión con El. El celibato entonces está enraizado en la oración, y no puede sobrevivir sin la oración.

El celibato no es solamente una relación directa con Dios; es también relación con todos aquéllos que amamos en el Señor. El espíritu del celibato debe gobernar todas las relaciones cristianas, sean ellas con respecto a Dios o con los prójimos, con el marido o con la mujer, con los padres o con los hijos, con los amigos o con los extraños.

Celibato sacerdotal y religioso

De este modo, el celibato de un sacerdote o de un religioso no es una mera abstención de la unión sexual. Más profundamente es un espíritu de reverencia por el Señor y por toda otra persona en cuanto pertenece al Señor. Es el respeto por lo que el Señor está obrando en uno mismo y en otros por su Espíritu Santo.

El celibato en su calidad apostólica no es sólo liberación de cuidados familiares a fin de hallarse más disponible para el apostolado. En sus aspectos de relación con otros, el celibato del sacerdote o del religioso es de un gran respeto por todos los que están a su cuidado. ¡Lo que quiere por sobre todo es que pertenezcan al Señor! No quiere ser posesivo con ellos. No los quiere para su propia gloria, como el predicador que quiere hacerse famoso por su predicación, o que pretende que le sigan para asegurarse el éxito o de que es una persona importante.

Como Juan el Bautista, el célibe desvanece delante del Señor: “El que tiene a la esposa es el Esposo (...). El debe crecer, y yo debo decrecer” (Juan 3,29-30). Como Pablo, presenta a la Iglesia (a cada una de las personas a su cargo, que son esa iglesia) como una casta virgen al Señor.

Por cierto que tal actitud apostólica presupone que él mismo pertenece al Señor: “Corro para arrebatar el premio si es posible, puesto que he sido atrapado por Cristo Jesús (...). Estoy atento para llegar hasta el final por el premio al que Dios me llama con su suprema vocación en Cristo Jesús” (cf. Filipenses 3,12-14).

El celibato es por eso mucho más que la pureza en el sentido de abstención corporal del uso sexual. Es la pureza del corazón que sólo desea al Señor, para sí y para otros. Es la pureza que libra de todo deseo e intento de manipular a otros en ventaja propia. Es la liberación de todo uso de los demás en favor de los propios designios. El celibato carece de la impureza de deleitarse en la adulación y zalamería o anhelando atraer la atención como si fuésemos el Señor. El celibato es respetuoso de lo que es más precioso en todas las personas: su comunión directa con el Señor.

Así pues, el celibato puede alegrarse en íntimas amistades con aquéllos que pertenecen al Señor. Sobreabunda de gozo al contemplar las maravillas que el Señor obra en los seres queridos. Experimenta aquello que san Juan Evangelista quiso significar cuando dijo que él proclamaba el evangelio de la Palabra, para que el gozo que le inundaba fuese pleno al llevar a otros a la comunión con el Padre y el Espíritu Santo cual era la suya (I Juan 1,3-4). El celibato experimenta el gozo de Juan el Bautista cuando llevaba a todos al Señor: “El que tiene a la esposa es el Esposo; el amigo del Esposo, que se detiene y escucha su voz, se alegra grandemente al oír la voz del Esposo. Es por eso que mi gozo es ya pleno” (Juan 3,29). Los que responden a la voz del Esposo con fe en su palabra se hallan desposados como una casta virgen con la Palabra misma. Las más hondas alegrías del célibe proceden de ver cómo sus amigos aman al Señor.

Epílogo

“Entretejidos en el Amor”

Los filósofos estoicos hablaban de una especie de fluido misterioso llamado “*pneuma*”, o espíritu, que llena el universo y mantiene juntas todas las cosas, preservándolas de la desintegración y de la dispersión.

Lo que los estoicos atribuían a ese “*pneuma*”, el autor del Libro de la Sabiduría lo atribuye al mismo Espíritu de Dios. Por su Espíritu, Dios se halla presente en todas partes y es todopoderoso: “El Espíritu del Señor ha llenado la tierra, y conserva todas las cosas” (Sab. 1,7).

Un poco más adelante, el autor dice en este libro algo similar acerca de la sabiduría. La sabiduría -dice- penetra en todos los espíritus, aun los más inteligentes, puros y muy sutiles. Porque “la sabiduría, que es más ágil que cuanto se mueve, penetra todas las cosas en razón de su pureza” (Sab. 7,23-24). Y así, la sabiduría parece identificarse con el Espíritu del Señor, “que todo lo abarca y sostiene” (Sab. 1,7).

Pablo, influido por todos los escritos sapienciales del Antiguo Testamento, aplica a Cristo lo que fue dicho de la sabiduría. “En

Cristo, dice, todo subsiste” (Col. 1,17). En los Proverbios, la sabiduría fue llamada “la primogénita”, creada por Dios antes de que hiciera cosa alguna” (Prov. 8,22). Pablo llama a Cristo “el primogénito de toda criatura”, en quien “todo ha sido creado en el cielo y en la tierra” y dice que “en El todas las cosas subsisten” (Col. 1,1517).

Si leemos estas palabras sin confrontarlas con el resto de la carta a los Colosenses y sin alusión a los Efesios, que explica con mayor amplitud el pensamiento de los colosenses, podríamos pensar que Cristo mantiene todas las cosas sólo por su poder creados y sustentador. Pero Pablo ve a Cristo mucho más que como Creador que sustenta todas las cosas por su poder, o aun por su amor expresado en el acto de la creación y conservación de lo creado. Pablo piensa en el amor de Cristo que mantiene todas las cosas en un modo más maravilloso que por el poder que las hace existir.

Los estoicos hablaban de los elementos físicos del universo sostenidos por el pneuma. El autor del Libro de la Sabiduría no se refería sólo a los elementos físicos, sino también a las personas y a los corazones de los hombres: “Dios es testigo de las intimidades del hombre, y veraz observador de su corazón, y oidor de su lengua. Porque el Espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo abarca tiene conocimiento de cuanto se dice” (Sab. 1,6-7).⁴

En otros términos, Dios conoce nuestros corazones y nuestras palabras porque penetra y sostiene a todas las cosas gracias a su presencia y poder.

Pero Pablo lleva este tema a un nivel más sublime cuando dice que el mismo amor divino de Cristo, infundido en los corazones de los hombres al darles el Espíritu Santo, es el vínculo que mantiene unidas todas las cosas en ese Espíritu: “El amor de Cristo me constriñe, me impulsa” (II Cor. 5,14). Pablo está usando la misma palabra griega que emplea la Sabiduría cuando dice que el Espíritu del Señor “mantiene unidas todas las cosas” (Sab. 1,7). Al aludir al Libro de la Sabiduría, Pablo muestra una visión más profunda acerca de cómo Cristo y su Espíritu llenan el universo y mantienen unidas todas las cosas. El Señor resucitado, cuyo cuerpo se halla totalmente penetrado, glorificado, transformado por el Espíritu Santo, llena al universo entero y lo mantiene

unido. El Señor coaduna el universo no solamente con su Santo Espíritu que todo lo llena, sino por el mismo amor de Dios infundido en los corazones de los hombres por el Espíritu Santo que colma esos corazones y mora en ellos, por el amor operativo del mismo Dios en esos corazones, entretejiéndolos en el amor.

Pablo habla del mismo amor de Dios que obra en su corazón: "El amor de Cristo me constriñe, me urge" (II Cor. 5,14). El amor de Cristo toma posesión de mí, impulsándome a proseguir el ministerio de reconciliación en favor de toda la humanidad por ese mismo amor (II Cor. 5,13-15). El amor de Cristo en el corazón de los hombres los impulsa a la unidad y la reconciliación (II Cor. 5,18-19). Es así como el amor operativo de Cristo en nosotros une y mantiene unido al universo.

Todas las cosas se mantienen unidas en ese amor, no simplemente en ese amor como Espíritu Santo y poder creador, sino en ese amor en cuanto correspondido por nuestro amor, nuestro amor que responde *en* ese amor.

Pues el mismo amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado; por el Espíritu Santo, respondemos a Jesús y al Padre (Rom. 8,15). Y en ese amor, que es el mismo amor de Cristo en nosotros, nos correspondemos unos con otros como hijos de Dios. Y así, estamos entretejidos por el amor de tal modo que en ese amor todas las cosas están unidas.

Mas el amor estará siempre causado y sostenido en nosotros por la Persona misma del Espíritu Santo que mora en nosotros, pues el amor en el Señor es una participación del Espíritu Santo.

La plenitud de Cristo

Pablo nos dice todo esto usando otro término tomado de los estoicos: el *pleroma*, la plenitud. "El Dios de la gloria, dice Pablo, levantó a Jesús de entre los muertos y le sentó a su mano derecha en el cielo. (...) Ha colocado todas las cosas bajo sus pies y le ha hecho cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que *"llena todo en todos"* (Efes. 1,20-23).

En el Libro de Sirac, al universo se lo llamó la plenitud de Dios, y de Dios se dijo que “era todo en todos” porque llenaba todas las cosas por su presencia creativa y poder de unificar (Sir. 43,28). En la carta a los Efesios, a la Iglesia se la llama “la plenitud de Jesús que lo llena todo en todos” (Efes. 1,23), porque llena a la Iglesia con su Santo Espíritu, el poder vivificador de su resurrección, y de ese modo hace de la Iglesia su cuerpo. Y a través de la Iglesia llena el universo, al que restaura y reconcilia con Dios, y así de un modo nuevo “Dios es todo en todo” (I Cor. 15,28), de una manera más maravillosa de lo que pudiera soñar Sirac.

Por doquier donde la Iglesia comienza a existir porque hay hombres que son llenados por el Espíritu de Jesús resucitado, el cuerpo personal del Señor Jesús ya está presente, llenando a los creyentes con su Espíritu Santo, incorporándolos a ese cuerpo, hasta que su cuerpo que es la Iglesia llene al universo. De tal modo, en el cuerpo de Cristo, su cuerpo resucitado que se expande en su cuerpo místico -que es la Iglesia,- las criaturas de Dios son colmadas con su misma vida divina en el Espíritu Santo. La Iglesia es la plenitud de Cristo, porque está llena de Cristo, como Cristo mismo está lleno de Dios. “Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de El, que es la cabeza” (Col. 2,9-10).

La Iglesia es la plenitud del Cristo resucitado, no en el sentido de que le añada algo a El, sino en el sentido de que la llena con vida divina en el Espíritu Santo, y a través de ella obra para santificar la humanidad con esta vida divina. La Iglesia es el cuerpo de Cristo porque todo el poder espiritual del cuerpo resucitado de Cristo es poseído por ella. Es su plenitud, porque tiene la plenitud del Espíritu de Cristo, su vida y poder. Mas en otro sentido, como a través de su poder santificador, la humanidad más y más es incorporada al cuerpo de Cristo, ella crece hacia la plenitud, “hasta que todos alcancen la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la talla (que corresponde) a la plenitud de Cristo, (...) llegándonos a Aquél que es nuestra cabeza, Cristo, por quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren según la operación de cada miembro, va obrando mesuradamente su crecimiento en orden a su conformación por la caridad” (Efes. 4,13-16).

Y en este cuerpo de Cristo que es la Iglesia, “somos llenados de toda la plenitud de Dios” (Efes. 3,19), porque somos llenados del conocimiento o experiencia del amor de Cristo que supera todo conocimiento (ibid.). Esto es, la plenitud de vida de Dios mismo, ese amor comunicado en Cristo con la extensión, la anchura, la altura y la profundidad del universo (3,18), que llena los corazones de los hombres para que estén “entretejidos en el amor” (Col. 2,2). En el mismo amor que une a los hombres, se experimenta el amor mismo de Dios, y en este amor todas las cosas toman consistencia. Dios mora en este amor como en un templo, pues en este amor El es poseído y adorado y abrazado. “El mismo Cristo Jesús es la piedra angular, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien también vosotros sois edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efes. 2.20). Todas las cosas se consolidan en una comunión viva con Dios. Conocemos a Dios aún como somos conocidos por El (Gal. 4,9). Conocer a Dios, según el lenguaje de la Escritura, significa experimentar su amor. Significa experimentar su amor por nosotros en el amor nuestro que corresponde al suyo. “Yo conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen como el Padre me conoce y yo conozco al Padre” (Juan 10,15). La comunión cristiana es una participación en la comunión de conocimiento y amor que es la misma vida de las tres divinas Personas. Por ende todas las cosas toman consistencia por el amor que Dios nos otorga en el Espíritu de Cristo y en nuestro amor que le responde. El universo se mantiene unido en el amor sólo cuando el género humano recibe el don del amor en el Espíritu Santo, y en este amor edifica el cuerpo de Cristo amorosamente. Esto no sucede como por obra de magia, llega a ser sólo gracias a nuestra cooperación. De donde Pablo, después de decirnos que la Iglesia es la plenitud de Cristo, quien llena todo en todas las cosas, insiste en que debemos crecer hacia esa plenitud: “Esfuércense para preservar la unidad que tiene su origen en el Espíritu y la paz como lazo de unión. No hay más que un cuerpo y un Espíritu, como no hay sino una esperanza para todos por su vocación. No hay sino un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos que está por encima de todos, y está en todo” (Efes. 4,3-6). A través de este amor por el que todo lo mantiene unido, Jesús gobierna el universo. Su reinado se establece efectivamente en la medida en

que todas las cosas se mantienen unidas en el amor que El mismo forma en nuestros corazones por su Santo Espíritu, fruto de su sacrificio pascual. Pues entregando su espíritu humano al Padre por su muerte en la Cruz, recibió el Espíritu Santo, que derrama en nuestros corazones, llenándolos con el amor de Dios y por el prójimo.

Esta gloriosa plenitud del Espíritu Santo que une en el amor es posible sólo a través de la muerte a uno mismo. Jesús, el Servidor sufriente, alcanzó su exaltación como Señor sólo por su obediente muerte en la Cruz. Únicamente por su muerte sacrificial en humilde obediencia, recibió el Espíritu que derramó sobre nosotros.

Por consiguiente, Pablo presenta al Siervo sufriente (Filip. 2,5-11) como modelo del humilde servicio cristiano sin el cual no podemos unirnos en el amor (Filip. 2,1-4). El modo fundamental de morir con Cristo, para que podamos recibir la plenitud de su Espíritu que nos une en el amor, es la muerte al egoísmo que nos enfrenta a unos con otros; egoísmo que es muerto por el amor expresado en el humilde servicio mutuo y presencia de unos a otros, amor que nos es comunicado en la celebración eucarística.

“Si hay pues entre ustedes algún poder de consolar en Cristo,

algún refrigerio de amor, alguna comunicación del Espíritu y entrañas de misericordia, hagan cumplido mi gozo, teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir.

No hagan nada por espíritu de rivalidad, nada por vanagloria;

antes, llevados por la humildad, tengan unos a otros por superiores,

no atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros.

Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en forma de Dios,

no reputó como hurto ser igual a Dios,

antes se anonadó, tomando la forma de siervo

y haciéndose semejante a los hombres;

*y en la condición de hombre se humilló,
hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz,
por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre sobre todo
nombre”*

(Filip. 2,1-9).